

UN BOSQUEJO DE MI VIDA

*Ministerio y milagros del difunto
hermano*

W. B. Hall, vaquero de Tejas

Por William B. Hall

UN BOSQUEJO DE MI VIDA

**Por
William B. Hall**

**(Traducción al español)
Ministerio de Literatura de la iglesia de Dios
Panamá, República de Panamá**

Un Bosquejo de Mi Vida

**Ministerio de Literatura de la Iglesia de Dios
República de Panamá**

**Traducción y edición:
Tanya de Tomlinson**

2004-2005

Calle Turín, Don Bosco, Samaria

-♦-

Río Abajo, calle 16

-♦-

Nueva Esperanza, Pacora

-♦-

Mamoní, Chepo

-♦-

Calle a Galera, Corozal, Macaracas, Los Santos

-♦-

Finca 11, Changuinola, Bocas del Toro

Teléfonos: 221-9275; 221-1608; 221-5527; 238-8694

FAX: 238-8694

Correo electrónico: laverdad98@cwpanama.net

A LOS LECTORES DE ESTE LIBRO

Estoy muy feliz de poder decir que he conocido al autor, el Hno. Hall, por varios años, y he encontrado en él a uno de los mansos y humildes hijos de Dios.

Leí “**Un Bosquejo de Mi Vida**” a medida que iba saliendo en el periódico “**Camino de Verdad**”. Resultaría ser una bendición para todo pecador, y le alentaría a buscar al Señor; porque si Dios le perdona y luego usa su vida como ha utilizado al Hno. Hall, nadie tiene por qué perderse.

Hay una verdad sobresaliente que se percibe al leer este libro, y es la siguiente: un estudio de la Biblia, sin la influencia de las ideas de hombres, sólo puede producir la Iglesia de Dios. Cuando el hno. Hall fue encarcelado, era un pecador empedernido. Después de cierto tiempo, una Biblia llegó a las manos del hno. Hall, y comenzó a leerla. Quedó bajo convicción, le confesó sus pecados al Señor, y Dios lo salvó. Se convirtió en una nueva criatura en Cristo Jesús. La Biblia se hizo real para él, y él se entregó a estudiarla y leerla con ahínco. No tuvo necesidad de un maestro, pues leemos en 1 Juan 2:27: “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.”

H. E. Marquiss.

Nota de Imprenta: Hasta donde tenemos conocimiento, este libro se imprimió por primera vez (*el original en el idioma inglés*) alrededor de 1948-1950. Esta es la segunda impresión, enero de 1989.

Notas de traducción:

La primera impresión en español se realizó en el año 2004.

Las palabras que aparecen entre paréntesis *en tipo de letra cursiva* (), se han añadido como ayudas a los lectores y oyentes donde se estimó útil o necesario.

UN BOSQUEJO DE MI VIDA

CAPÍTULO I



William B. Hall, vaquero del antiguo oeste de Tejas, y evangelista de las cárceles conocido a nivel de todos los Estados Unidos de Norteamérica, nació y creció en lo que entonces se conocía como la frontera del oeste de Tejas. Mi abuelo, Wash Hall, construyó la primera casa en donde ahora existe el poblado de Lockhart. Allí él crió a nueve varones y a tres niñas. Todos han contraído matrimonio y se han dispersado por todo el estado de Tejas y por otros estados. Mi abuelo materno, W. B. Keith, se estableció en Cow Creek, diez millas al oeste de Meridian, Mississipi, en Grain Switch. Crió a dos varones y a seis niñas. El mayor de mis tíos, Rankin Keith, perdió su vida en la guerra. El menor de ellos, James Munroe Keith, fue al Brasil como ingeniero civil. Trabajó para el gobierno, y aparece en la historia del Brasil. Mi madre, la penúltima, y mis cinco tías, todas se casaron y levantaron familias numerosas que se han dispersado por todos los Estados Unidos.

Mi padre, C. C. Hall, conoció a mi madre mientras visitaba a algunos familiares cerca de Meridian, Mississipi, y se casó con ella. Se establecieron en la frontera del oeste de Tejas, cerca del extremo suroeste del condado de Tarrant. Nací allí en una granja ecuestre, el 19 de abril de 1871. Mi padre vendió su rancho y se mudó al condado de Bell cuando yo todavía era un bebé. Se estableció cinco millas al oeste de Belton, en la quebrada Nolan. Allí nació mi hermano, Robert Munroe Hall.

Antes que yo tuviese suficiente edad para poder recordarlo, mi padre fue asesinado, dejando a mi madre, una mujer muy joven y hermosa, con dos varoncitos, aún bebés. Como un año más tarde, mi madre conoció a Miles James Estes, de Alabama, y se casó con él. Resultó ser uno de los mejores hombres que jamás tuvo el oeste de Tejas. Se ganó la admiración de todos cuantos lo conocieron. Él se ubicó en el nacimiento de la quebrada Pond cerca de Piolet Grove, en el condado de Falls, cinco millas al suroeste de Durango, Tejas. Allí pasé la etapa más feliz de mi vida. Casi lo primero que puedo recordar es que yo montaba un caballo “pony”. Entonces mi padre vendió su rancho y se mudó al condado de Coleman, en los años “80” (1880), y se estableció dos millas y media al sur de Coleman City, al comienzo de la Vía Brady, donde crecí.

Pronto empecé a trabajar en ranchos ganaderos grandes. Primero trabajé para Mahoney bajo la dirección de Joe Copeland. Entonces fui al rancho de la viuda Day sobre el río Colorado. Bill y Fog Coffee y yo fuimos buenos amigos durante nuestra juventud. Esto fue antes de que la viuda Day se casase con el capitán Lea, y se mudase a Rosewell, Nuevo Méjico. Entonces estuve también con ellos en Rosewell. Su hermano, Bill Doss, era el gerente general. O. L. Gann era el capataz, y nunca hubo uno mejor. Pasé varios años de mi vida allí amansando potros salvajes. Mientras trabajaba con cuarenta cabezas para el coronel Overrall, O. L. conoció a Bugger Red en Belton, Tejas, y lo trajo a casa consigo. Lo habían recomendado altamente como amansador de potros. A primera vista no me cayó bien. El primer caballo que lo mandé a montar lo tumbó, pero era un verdadero jinete, y aprendí a apreciarlo. Bugger Red y yo fuimos a la primera

Feria del Condado de Tom Green en San Angelo, Tejas. Bugger montó un viejo bronco de color pardo y un “Steer” de cachos largos, y estoy seguro que nadie ha hecho una exhibición mejor que esa en ningún otro tiempo o lugar.

Poco tiempo después fui a la primera Feria del Condado de Dallas. Allí conocí a Bob Slaughter, y después de haberme llevado a conocer su pueblo natal, estuvo muy ansioso de que fuese con él al rancho de su padre en las praderas del oeste de Tejas. Durante ese tiempo su padre, C. C. Slaughter, era dueño de un rancho de treinta y cinco millas de ancho y setenta de largo, y estaba bien provisto de ganado. Era el ranchero más grande del estado en ese entonces. Bob era su gerente general y Henry Perkins era el capataz. Tomé un contrato para amansar sesenta cabezas de broncos de cuatro y cinco años, y cuando terminé crucé las lomas arenosas y el río Pecos para llegar a Nuevo Méjico. Primero fui a Eddie, que ahora se llama Carlsbad, Nuevo Méjico. Durante ese tiempo, justo al otro lado del canyón Dark, una milla al sur del pueblo, había cuatro salas de baile grandes, cuatro cantinas, y cuatro casas de apuestas y juegos de azar grandes, y estaban abiertas día y noche. Pasé seis semanas en ese lugar. Entonces fui a Seven Rivers, Nuevo Méjico. Este fue el lugar más rudo en el cual jamás estuve. Todo el mundo decía palabras obscenas y peleaba con revólveres. Casi todos los días mataban a alguien, y eran algunos “hijos de mamá”.

Entonces trabajé para Wallace Holt, y allí tuve algunas verdaderas experiencias. De ahí fui a Rosewell, Nuevo Méjico. Allí trabajé para la L. F. D. y para los ranchos “Diamond A”, y ayudé a formar los caballos de raza “Window Sash” que le habían donado a Earnest Bloom y a Lee Smith de

parte de C. G. Barney. Me pagaban con caballos, así que Bill Kelly y yo los partimos en las praderas de Tejas. Él llevó su parte a Luisiana, y yo llevé los míos a la Feria de Dallas y los vendí. Durante ese tiempo aprendí a tomar whisky, a “chinguear” (practicar todo tipo de juegos de azar), a apostar a los caballos, y cometí casi todos los pecados que aparecen en el catálogo del pecado. Verdaderamente puedo decir que el Apóstol Pablo no tenía nada por encima de mí, porque yo en verdad era el peor de los pecadores. Trataba de creer que Dios no existía, y pensaba que de existir, seguramente tendría que odiarme por la terrible clase de vida que vivía en pecado. Querido lector, he aprendido por experiencia que Dios no odia a nadie; él odia los pecados que cometemos; pero ama al pecador. Como nos lo dice en Juan 3:16 : “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna.”

Después de pasar cierto tiempo en casa, decidí regresar a Nuevo Méjico donde podría “chinguear” (entregarme a los juegos de azar) sin que nadie me molestara. Mi padrastro trató de disuadirme de ir. Me dijo: “Si vas, te vas a meter en problemas”. Pero yo, como todos los muchachos, pensaba que sabía mejor, y le dije que yo podía valerme por mí mismo. Me dijo: “Si vas, quiero que sepas que acabo de gastar el último dólar que espero gastar en tu persona”. Lector, fui, y como sabrá más adelante, me metí en serios problemas, y él gastó miles de dólares en mi persona. Cuando regresé a Rosewell, decidí que un hombre que trabajaba y “chingueaba” era un tonto. Lamento decir que dejé de trabajar. Por cierto tiempo, todo iba bien. Pero una mañana, mientras llevaba la vida de un “Chingueador” profesional, caí bajo profunda convicción

debido a la vida pecaminosa que estaba viviendo. Fui donde el cantinero y le pedí que me abriera una botella grande de cerveza. Salí a la parte de atrás de la vieja cantina, y me senté bajo un árbol grande, y parecía que todas las campanas de todos los templos del pueblo habían comenzado a sonar, y cada una parecía decirme: “Ven, ven”. ¡Oh! Si tan sólo hubiera escuchado el tierno llamamiento del Espíritu Santo de Dios aquella mañana, ¡qué montón de problemas me habría evitado! Pero era rebelde, y traté de ahogar mis penas con el aguardiente. Dos semanas antes de meterme en problemas, soñé que había matado al mismo hombre al cual en efecto maté más adelante; lo único que ocurrió de manera distinta fue que soñé que lo había matado con una escopeta en vez de un revólver. También soñé que veía la vieja prisión federal en Santa Fe, Nuevo Méjico, con las pequeñas garitas en la parte superior de los muros, y cuando me llevaron allá, era tal como lo había soñado. Y era la primera prisión que yo había visto en mi vida.

Uno a quien yo había considerado mi mejor amigo había tratado de hacerme matar a este mismo hombre. Me había dicho que yo me iba a hacer el tonto y me iba a dejar matar por él. Una mañana, justo después de medianoche, mi supuesto amigo atendía la cantina en la taberna “Legal Tender” al otro lado de la calle. Entré; sólo había cuatro personas allí dentro, y mi enemigo estaba totalmente ebrio. Le habían quitado su arma, y mi amigo dijo: “Ésta es tu oportunidad. Mátalo, y yo colocaré su arma junto a él, y nosotros te sacaremos del asunto testificando a tu favor”. Le dije que él estaba equivocado acerca de este hombre (de mí), que yo no consideraría una cosa semejante, y que si él no me molestaba a mí, yo tampoco lo molestaría a él. Supe después

que mi supuesto amigo había estado instigando esta pelea desde semanas antes que ocurriera.

Entonces un día, justo antes del alba, este hombre rompió dos puertas para entrar adonde yo estaba, diciéndoles a los demás que me iba a hacer tumbar la parte de atrás del edificio para huir de él. No salí por la parte de atrás, sino que salí caminando por encima de él, sintiendo que tenía todo el derecho de hacer lo que había hecho. Fui a la casa del sheriff y me entregué. Esa mañana me pusieron tras las rejas, y en menos de tres meses me juzgaron por homicidio. Mi supuesto amigo fue adonde mis familiares y les dijo que no contrataran a un abogado, que le dieran a él el dinero y que él me sacaría de la situación. Un amigo de verdad vino a la cárcel y me dijo que le avisara a mi gente que no tuviese nada que ver con él. Cuando mi supuesto amigo supo lo que yo le había dicho a mi familia, se volvió en mi contra e hizo todo lo que estaba a su alcance para que me condenaran.

Contratamos a los mejores abogados que se podían contratar por dinero. Mi juicio duró ocho días y ocho noches, pues tenían sesiones nocturnas. Me declararon culpable de homicidio en primer grado y me sentenciaron a la horca. Nadie puede entender el significado de esto, a menos que haya estado en tal condición. El hombre con el cual yo había tenido problemas era una persona muy desesperada, siempre buscando pleitos. Estaba bajo fianza cuando ocurrió el incidente, por haber matado/disparado a otro hombre. Él acostumbraba subir y bajar por las calles cantando: “Ando buscando al más malo del pueblo.” Era práctica común en esos días que los hombres portasen armas, y peleaban con armas. Yo había matado a este hombre en defensa propia, y

normalmente me habrían dejado en libertad, pero los políticos corruptos me utilizaron como “prenda empeñada” para estafar a mi gente. ¡Cuánto agradezco a mi amado Señor el no haber sido puesto en libertad, porque entonces habría perseverado en el pecado! Dios en su infinita sabiduría y misericordia sabía qué era lo mejor para mí, y mi estadía en esa prisión me hizo buscar al Señor, y hoy día soy infinitamente feliz en Él. Querido lector, ¿qué son unos cuantos años en prisión, comparados con una eternidad con Jesús en el cielo? Si no conoces a Dios como quien ha perdonado tus pecados, búscalo ahora. No lo dejes para después, porque no sabes qué te espera al día siguiente.

Mis abogados pidieron un nuevo juicio, el cual fue denegado. Entonces apelaron a la Corte Suprema, y allí ordenaron que quedara preso sin derecho a fianza. El juez también ordenó que me encadenaran el tobillo al de otro prisionero, y que nos esposaran juntos. Nos mandaron por el camino de Amarillo, Tejas, y a través de Trinidad, Colorado, y entonces de regreso a Santa Fe, Nuevo Méjico, uno de los poblados más antiguos de los Estados Unidos, a la que entonces se conocía como la antigua Prisión Federal, para guardarnos bajo alta seguridad. En la oficina principal de la prisión, nos quitaron los grilletes y las esposas. Tomaron mi dinero y mi reloj, y me pasaron por el gran portón de hierro. Esos guardas mejicanos me despojaron de todo lo que tenía, inclusive mis mancuernas y botones de cuello. Me hubieran quitado también la ropa, pero todos eran hombres pequeños, y no les habría quedado. Me guiaron a subir cuatro pisos, hasta lo que llamaban la “fila de la muerte”, y me empujaron a un pequeño calabozo de nueve pies de largo por cinco y medio de ancho, en la parte alta de un edificio de cuatro pisos, contra un

muro de piedra. Había un pequeño camastro que colgaba de la pared y se podía bajar para dormir en él. Un banquillo rudimentario de tres patas y un cubo sucio completaban los muebles de mi nuevo hogar. ¡Oh, qué noche más miserable! Aprendí para mi pesar que el camino del transgresor es duro.

La siguiente mañana el capitán de las celdas y un custodio mejicano subieron y me tiraron un plato viejo y rudimentario con un poquito de lo que llamaban “slungulion” (*debe ser algún tipo de “guacho”*) y un pedazo de pan viejo. Después de echarme un vistazo, lo patearon por debajo de la puerta. Les pregunté qué era. El capitán respondió: “Tu desayuno”. Lo volví a patear por debajo de la puerta, y pasó por el espacio entre las rejas de la baranda, y cayó cuatro pisos abajo hasta el suelo de las celdas, encima de los presos que estaban desayunando en el sótano. Éstos se rieron de mí y dijeron: “Ya acabarás comiéndotelo”, y así fue. Por todo este país hay gente murmurando, quejándose y refunfuñando a pesar de la abundancia que poseen, sin darse cuenta de lo poco que tienen los desafortunados para poder sobrevivir. Doy gracias por haber aprendido a contentarme con lo que tengo, y a tener todas las cosas por sumo gozo, y a regocijarme sin cesar, y a alabar a Dios por todo lo que viene a mi vida, de manera que Él pueda abrir las ventanas del cielo y derramar abundancia de bendiciones sobre mí. Vale la pena obedecer la Palabra de Dios.

Un anciano, predicador bautista, estaba preso allí por haber matado a otro hombre peleando por su esposa. Obtuvo autorización para ir a verme. Llegó frente al calabozo y dijo: “¿Cómo llegaste aquí?” Nunca olvidaré la mirada que le di. Él dijo: “Tal vez Dios te mandó aquí.” Aprendí más adelante

que Dios en efecto me había mandado allí. El predicador me trajo un Nuevo Testamento viejo escrito con letra gruesa. Era justo lo que necesitaba, pues sólo sabía leer y escribir un poquito. Me pidió que lo leyera, diciendo que él había recibido mucho bien por haberlo leído. Decidí hacerlo. Ustedes saben cómo comienza el libro de Mateo, éste engendró al otro, y ése otro engendró a aquel otro, etc. Bueno, me fastidié tanto con eso, que tiré el Nuevo Testamento a la esquina opuesta del calabozo, y no lo volví a tocar hasta después que el Señor me había salvado. Entonces lo recogí y me di cuenta que era el pan de vida, por falta del cual yo había estado matando de hambre a mi pobre alma por veintiocho años. Todavía sigo comiendo de él, y cada vez se pone mejor. Si usted es hijo de Dios y no está leyendo el Nuevo Testamento cada día de su vida, está matando de hambre su alma hambrienta, que necesita comida espiritual tanto como el cuerpo necesita comida física para sustentarlo a través de la vida. Si quiere que la bendición de Dios descansa sobre usted, no se limite a leerlo, pero haga lo que dice. El Nuevo Testamento es un espejo, y si usted mira en él, se verá a sí mismo.

Antes de ser salvo, sólo el Señor sabe lo que sufrí. Llegué hasta veinte días antes de la fecha de mi ejecución. Demasiado cerca para estar a gusto. Mis abogados, mis familiares, los oficiales, y aun los presos, me decían: “Hall, te van a ahorcar”.

CAPÍTULO II

Muy bien recuerdo cómo me sentía al sentarme solo en este mundo oscuro, con la muerte mirándome frente a frente. Finalmente me quebranté, y dije: “William Hall, más te vale ser honesto con Dios y con tu alma; si te sacan y te ahorcan, sólo hay dos posibles lugares adonde ir, el cielo o el infierno”. Pasé ocho días y noches buscando a Dios. Si hubiera sabido entonces lo que ahora sé, no me habría tomado ni ocho minutos, aún con todos mis pecados y culpa, para hacer las paces con Dios. La Palabra dice que Cristo derramó su sangre por el pecado del mundo entero. Eso incluye todos los míos y los tuyos. Los cielos y la tierra están fundados en la Palabra. Dios no puede mentir. Él dice que si abandonamos nuestros pecados, se los confesamos a Él y creemos que Cristo sufrió en nuestro lugar, él nos perdonará. Apenas creas, recibirás el perdón--¡gloria al Señor! Todos mis pecados están bajo la sangre, y esa es mi única esperanza para ir al cielo. Si hubiera una contraseña para poder entrar al cielo, ésta sería “sangre”, la sangre preciosa de Cristo. La manera más sencilla de venir es la mejor.

Yo era ignorante y estaba espiritualmente ciego. Me arrodillaba y oraba lo mejor que podía, y parecía que mi carga se hacía más y más pesada. Éste era mi problema: yo oraba un rato, entonces me levantaba y maldecía otro rato. Me mantuve así durante ocho días y ocho noches. Si usted desea que Dios escuche sus oraciones, lo primero que tiene que hacer es dejar el asunto del pecado. Ningún mentiroso puede ir al cielo, pero si usted deja de mentir, ya no sigue siendo un mentiroso. Ningún ladrón puede ir al cielo, pero si usted está dispuesto a dejar de robar, ya no sigue siendo un ladrón.

Recuerde, el primer paso a tomar es decirle al Señor, de corazón, que está cansado y enfermo de pecar, que ya acabó con eso, darle la espalda, estar arrepentido por lo que se dio en el pasado, y humildemente confesárselo todo a Dios. Pida perdón y crea que Cristo sufrió en su lugar. Sí, es para el que cree, y en el instante en que cree, será perdonado y será una nueva criatura en Cristo. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.” (Rom. 8:16). Dios ya hizo su parte--¿qué más puede hacer? A usted le toca creer y obedecer su Palabra. Es para el que cree.

Quedé en una condición terrible—se me fue el hambre, se me fue la sed, se me fueron las fuerzas, y yacía allí boca abajo en ese viejo piso de cemento de mi celda, tan débil que apenas podía levantarme. El Espíritu Santo comenzó a ayudarme, y empecé a clamar: “¡Oh, Señor, ten misericordia de mí, que soy pecador!” Dios habló paz a mi alma, y la carga de pecado y de culpa fue quitada, y quedé liviano como una pluma de ave. Nunca lo he podido explicar. Fue tan real que el diablo nunca ha tratado de decirme que no nací de nuevo. Sí, nací a la familia o iglesia de Dios a través del nacimiento espiritual. Tuve un cambio de corazón, una obra de la gracia de Dios en mi corazón, obra que ningún hombre ni escuela de hombres me podría dar.

Estimado lector, obtuve una experiencia bíblica de salvación. No obtuve meramente una religión, pues hay cientos de diferentes tipos de religiones. Algunas muy baratas, por cierto. Algunas las puedes conseguir con sólo estrecharle las manos a un predicador o firmar una tarjeta, o enyugarte con incrédulos. Pablo nos advierte que no hagamos esto en 2 Cor. 6:14-18: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos:

porque, ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.”

Nací a la iglesia de Dios, que se menciona trece veces en el Nuevo Testamento, por un nacimiento espiritual, y mi nombre fue inscrito en el Libro de la Vida del Cordero, en medio del regocijo de los ángeles de Dios en el cielo (Lucas 15:7, 10). Recuerde, si pudiera decirse que Dios amara a uno más que a otro, no sería a las noventa y nueve que están a salvo en el redil, sino al pobre hombre o mujer que se ha descarriado lo más lejos de Él. Él llegó hasta la misma boca del infierno, por así decirlo, para rescatarme. Hasta allí llegan el gran amor y misericordia de Dios. Aquel a quien mucho se le perdona, ama mucho. Se ha dicho con frecuencia que la cárcel siempre ha sido una de las grandes escuelas de Dios. ¿Has leído alguna vez acerca de José, cómo sus hermanos lo vendieron y fue llevado a Egipto, y cómo la mujer perversa mintió acerca de él, y lo echaron en la cárcel, y todo lo que sufrió? Dios lo envió allí y lo preparó para cuidar a su pueblo. Mientras Pablo estaba preso en Roma, escribió sus maravillosas epístolas a las diferentes iglesias--epístolas que aún disfrutamos. Estoy seguro que nos encontraremos con ellos en el cielo. Fue mientras estaba presa en la Torre de Londres que Frances Baker escribió el himno que comienza diciendo: “Jerusalén,

mi hogar feliz”. Sé por experiencia que ella pensaba en la Nueva Jerusalén, que es el hogar del alma. Samuel Rutherford escribió muchas cartas maravillosas llenas del amor y la misericordia de Dios mientras estaba en la cárcel de Aberdeen. Algunas de las mejores poesías escritas por George Withers vinieron de tras las rejas de la prisión. Creo que el mejor libro que he leído, con la excepción de la Biblia, es **El Progreso del Peregrino**, que John Bunyan escribió cuando estuvo encarcelado por un total de doce años en la cárcel de Bedford. Muchos otros, demasiados para mencionarlos ahora, han dado algunos de los mensajes más consoladores e inspiradores de su tiempo desde el otro lado de las rejas de una prisión.

Ha llegado el momento de compartir algunas de mis experiencias, sólo para la gloria de Dios. Ahora reconozco que Dios ha estado lidiando conmigo y protegiéndome desde cuando era un chiquillo descalzo. Pasé diez años, menos tres meses y cinco días, encerrado tras las rejas, sin contar el tiempo cuando me estaban enjuiciando. Diecinueve de esos meses estuve sentenciado a la horca. Sólo aquéllos que han estado en esta misma situación pueden entender lo que significa. Dios, que conoce los corazones de todos los hombres, conoce mi corazón, y de haber podido hacerlo, yo habría vuelto al pasado para deshacer cada error y maldad que había cometido. El diablo me impulsó a hacer cosas que yo no podía deshacer, y es por eso que Cristo vino y sufrió la muerte, para poder destruir las obras del diablo. Tuve suficiente sencillez, si quiere llamarlo así, para creer, y fui librado en cuerpo y alma. Dios es un Dios que escucha y contesta oraciones. La sencilla oración de fe moverá montañas de problemas.

Poco después de mi conversión, recogí el mismo Nuevo Testamento que había tirado, y me maravillé por la sencillez de sus enseñanzas. La primera vez que lo leí completo pude ver claramente que tenemos un solo Dios verdadero, y que sólo hay dos destinos finales: el cielo o el infierno. El Nuevo Testamento es un salvoconducto de la tierra al cielo--acéptalo y vivirás, recházalo y te juzgará. Es nuestro verdadero guía y claramente dice que todos debemos ser de una misma mente, un solo corazón, una fe, un bautismo, estar de acuerdo, y que todos debemos hablar la misma cosa, y que no debe haber divisiones entre nosotros. “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Cor. 1:10). “Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos” (Rom. 16: 17-18). Pronto pude ver que las ideas, opiniones y doctrinas de hombres que la Biblia condena están engañando y arruinando al mundo. Se nos manda a ser cuidadosos, pues de lo contrario aun los escogidos seremos engañados.

Tres meses después fui recluído en la prisión de Santa Fe para custodia. La Corte Suprema se reunió, pero mis abogados no se presentaron. Me retiraron la sentencia de muerte y me acortaron la condena a treinta años. Mis abogados alegaron que su estenógrafo tenía la culpa de que ellos no hubiesen tenido las sumarias listas a tiempo, y volvieron a apelar a la Corte Suprema. La Corte aceptó la

revocación, y así volví a quedar sentenciado a muerte. Después de haberme dejado esperando durante diecinueve meses, me volvieron a llamar y revocaron mi caso. Después de dejarme allí muchos meses más, me volvieron a llevar a Roswell para un segundo juicio. Después que hube llegado a Roswell para el juicio, William McKinley resultó electo y se programó que él hablase en El Paso, Tejas. Levantaron la sesión, y todos se fueron a escuchar a McKinley, y así me dejaron en la cárcel de Roswell durante seis meses hasta que la corte se volviera a reunir. Cuando reanudaron sesiones, trasladaron mi caso al tribunal de Lincoln, Nuevo Méjico, para que fuese juzgado allá.

Yo, al igual que muchos otros, tenía suficiente religiosidad para cargar mi Biblia por donde iba. Pero estaba tratando de agarrarme de Dios con una mano y de mis abogados perversos con la otra. Así que estaba como guindando en el medio, por así decirlo, y no podía ejercer fe ni en el uno ni en los otros, pero trataba de creer que de alguna manera me sacarían adelante. De nuevo estuve en juicio por ocho días, y el jurado, al no poder llegar a un veredicto, estuvo en una especie de limbo por otros ocho días más. Once de ellos me querían dejar en libertad, pero uno, que había sido sobornado por mis “abogados”, quería que me ahorcaran. Después de haber deliberado durante ocho días, el portavoz del jurado quiso preguntarle algo al juez. El juez me mandó a llamar, y dijo: “El defendido está presente, puede preguntar a la corte lo que usted desee.” El portavoz se levantó y dijo: “Nosotros, los que formamos parte del jurado, queremos saber cuál es la sentencia mínima que le podría dar al defendido si llegamos a un acuerdo y lo hallamos culpable de homicidio en segundo grado.” El juez dijo: “De acuerdo con las leyes de Nuevo

Méjico le puedo dar tres años.” “Sí, le puedo dar tres años,” pensé yo; y todos en la sala pensaron que él me daría tres años. Mi hermano se acercó al jurado tan pronto como ellos se pusieron de acuerdo, y once de ellos firmaron una petición en la cual solicitaban al juez que me diera tres años. Aquel al cual mis “abogados” habían sobornado no quería firmarla. Después de dejarme encarcelado hasta el cierre de la sesión, el juez hizo que me sacasen con el resto de los prisioneros, un montón de mejicanos. Me censuró severamente y me sentenció a trabajos forzados en prisión por el resto de mi vida natural. Mi “abogado” dio un salto y solicitó que se me volviese a juzgar. Esta petición fue denegada. Entonces apelaron a la Corte Suprema. El juez ordenó que se me retuviese sin derecho a fianza, y me puso detrás de los muros de la antigua prisión de Santa Fe bajo custodia como un encarcelado.

El Señor me reveló mi verdadera condición; que me estaban utilizando como un instrumento para estafar a mi familia y amigos, y a los contribuyentes del territorio de Nuevo Méjico. El Señor me dijo, como lo había dicho al apóstol Pablo: “Mi gracia te bastará,” y me mostró claramente que en el tribunal de Dios yo aparecería redimido por la sangre preciosa del Cordero, un testigo silencioso, donde yo me encontraría con el juez (de mi caso terrenal), mis “abogados,” y todo aquel que tuviese algo que ver con mi caso. Fue una escena preciosa. Sólo había unos pocos, como nuestro Salvador dijo que sería, a la derecha, que habían sido purificados por la sangre del Cordero, pero a la izquierda había grandes multitudes que habían andado por la senda ancha que conduce al lugar preparado para el diablo y sus ángeles. Había un ex-convicto en la prisión que había sido promovido al puesto de

superintendente--se le conocía como Bill Martin. Este hombre me trató de un modo nada razonable. Yo oraba por él. Yo tenía poco tiempo de haber salido en libertad cuando supe que él había fallecido. Lo veré a él allí también. “Los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que ellos vengan a juicio, mas a otros se les descubren después.” (1 Timoteo 5:24).

Se me dijo que mi “abogado principal,” el juez Freeman, era tan pecador y perverso en Washington, D. C., que para deshacerse de él algunos de los políticos más influyentes en Washington habían persuadido al presidente Teddy Roosevelt de que lo nombrara juez distrital sobre el Territorio de Nuevo Méjico. Ocupó ese puesto por un corto período, y como había tantos homicidios en Nuevo Méjico en ese tiempo, él vio una manera fácil de enriquecerse, así que renunció y se dedicó al derecho penal. Se estableció en Carlsbad, Nuevo Méjico, donde tenía una casa muy bonita. Tenía dos hijos varones y una hija. Su hija se había casado con un abogado joven del pueblo donde yo vivía, y así fue como entré en contacto con él.

Cuando me metí en problemas, mi madre poseía una hermosa cabellera de color castaño oscuro. Cuando salí diez años más tarde, su cabello estaba blanco como la nieve. Mientras que él castigaba a mi querida madre y a su hijo, manteniéndome sepultado por años en un calabozo, su hijo mayor, John, se entregó a la vida del bajo mundo. Quedó convertido en un drogadicto. Se echó a perder, y el juez Freeman lo repudió y lo echó de la casa, diciéndole que no regresara nunca más. El hijo se fue para el estado de Arizona, donde vivió por cierto tiempo con los del bajo mundo. Una

tarde regresó a casa. Su madre lo recibió en las escaleras del frente y trató de convencerlo para que fuese a un hotel, donde ella le conseguiría una habitación. Él la quitó del paso y pasó de la sala a su antiguo cuarto. Ella escuchó un disparo: él se había suicidado. Justo después de esto, Hugh Freeman, el hijo menor, un joven muy promisorio, empezó a ejercer el Derecho. Tenía un par de caballos bayos de Cleveland y un carruaje ligero. Colgó su anuncio en Carlsbad, el pueblo en donde vivía, enganchó los caballos al carruaje, y los caballos salieron corriendo de tal manera que él fue lanzado violentamente del carruaje, y se le regaron los sesos por toda la acera. Cuán cierta es la Palabra de Dios: lo que sembramos, cosechamos. Así fueron avergonzadas las canas de este juez desdichado.

Amado lector, no vale la pena ir en contra de la santa ley de Dios. Haga a los demás lo que usted quisiera que le hicieran a usted, y se evitará angustias y dolores indecibles. Que estos incidentes lo constriñan a caminar por la senda angosta que conduce al Reino de Gloria Eternal.

CAPÍTULO III

Cuando me volvieron a llevar a Santa Fe después de mi segundo juicio, me pasaron por el portón grande y los guardias dijeron: “Hall, esta cárcel está repleta; tenemos presos durmiendo en camillas por todo el piso del hospital. Vamos a tener que volverte a encerrar en tu antigua celda.” Cuando me volvieron a meter allí, me postré en el piso de concreto. Le confesé mis errores a Dios y le pedí que me perdonara. Dije: “Señor, tu palabra dice que Tú no haces acepción de personas, y yo confío que estoy adorando al Dios de Daniel, el Dios de los tres jóvenes hebreos, y te prometo que quitaré mis ojos del brazo de carne, y me pararé sobre tus preciosas e infalibles promesas, y por tu gracia, viva o muera, nunca quitaré mi vista de mi Salvador.”

La Corte Suprema rechazó mi apelación, así que mis abogados prepararon sumarias para llevar mi caso a la Corte Suprema de los Estados Unidos de América. Mi abogado principal, el Juez Freeman, entró en el área donde se conversa con los presos, y me mandó a llamar. Me bajaron cuatro pisos hasta donde él se encontraba, y allí estaba él, todo bien vestido con sus zapatos de cuero de marca fina, sombrero de seda y saco largo. Me dijo: “Hall, firma aquí.” Le pregunté: “¿De qué se trata, Juez Freeman?” Me respondió: “Son sumarias para llevar tu caso a la Corte Suprema de los Estados Unidos. Sabemos que tenemos puntos técnicos para revocar tu sentencia, y finalmente te libramos de todos tus problemas.” Yo le dije: “Juez Freeman, he puesto mi caso enteramente en las manos de mi Salvador. He decidido pararme en las promesas inquebrantables de Dios, y por la gracia de Dios, nunca quitaré los ojos de Cristo. Puede darse por despedido

en lo que a mi caso se refiere, y hacérselo saber a mi otro abogado también.”

Él dijo: “Un momento, Hall. No podremos llevar tu caso ante la Suprema Corte de los Estados Unidos a menos que firmes estas sumarias”. Yo le respondí: “Entonces no llegará allá,” y volví a subir por las escaleras. Dios me abrió las ventanas de los cielos y me bendijo abundantemente. Le escribí a mi madre haciéndole saber que había despedido a mis abogados, y que por lo tanto no les diera más dinero. Me enteré por los periódicos de mi pueblo que mis abogados habían ido a mi casa. Le dijeron a mi gente que la Biblia me había vuelto loco. Alabado sea Dios por esta bendita locura, se pone cada vez mejor. Mi madre, hermanos, y hermanas, y mis amigos me escribieron: “Will, obedece a tus abogados.” Pero la gracia de Dios probó ser suficiente para mí.

Mamá tenía una casa de dos pisos a tres cuerdas del juzgado. Mi familia ya había vendido el rancho y el ganado para darles dinero a esos rufianes (*mis abogados*). Bueno, mi madre hipotecó su casa por \$1,300⁰⁰ y se los dio, y mi hermano falsificó mi firma en esos documentos, y llevaron mi caso a la Corte Suprema de los Estados Unidos. El Juez Freeman publicó cuatro cartas en los periódicos--una en el **New York World**, una en el **New York Sun**, y asimismo una en los periódicos de Los Ángeles y de San Francisco. Dijo que había estado ejerciendo el Derecho durante cincuenta años, y que mi caso era el más difícil con el cual se había encontrado, pero que tenía puntos técnicos y sabía que podía lograr la revocatoria de la sentencia y que “finalmente sacaría a ese muchacho de todos sus problemas.”

Alrededor de este tiempo una mujer del Ejército de Salvación en California escuchó al hermano J. W. Byers predicar acerca de la iglesia de Dios, y aceptó la verdad, se quitó el uniforme, y se paró con los santos. Su familia la repudió; ella empezó a propagar tratados y escritos que presentaban el evangelio. Obtuvo mi nombre y dirección en el periódico de Los Ángeles y me envió tres **Trompetas del Evangelio** (*una revista de la iglesia de Dios*), y el Espíritu de Dios vino juntamente con ellas. ¡Oh, cómo se gozó mi espíritu cuando aprendí que Dios tiene un pueblo que lo ha dejado todo para seguir a Cristo, tal como me había estado dirigiendo a mí! Le escribí al editor, el hermano E. E. Byrum, haciéndole saber la posición que había adoptado, y pidiéndole que orase por mí. Él publicó mi notita con mi petición en la **Trompeta**, y Dios cargó a los hermanos alrededor de todo el mundo para que orasen por mí. Se suponía que en la cárcel revisaban toda la correspondencia que llegaba; pero en respuesta a mi petición que había aparecido en la **Trompeta**, me trajeron un saco lleno hasta la mitad de cartas, y lo vaciaron en el piso de mi celda. ¡Oh, qué fiesta tuve! El periódico **Santa Fe New Mexican** publicó un artículo en el cual decían: “Hall, el condenado a muerte, recibe dos terceras partes de toda la correspondencia que llega a esta cárcel en la cual hay cientos de prisioneros.”

Unos cuantos días antes de esto, Dios había hecho brillar sobre mí una luz más brillante que la luz del sol; había bendecido mi alma de una manera maravillosa. Yo había mirado hacia arriba y había dicho: “Oh, Señor, ¿por qué has derramado tan grande bendición sobre alguien tan indigno como yo?”

Había muchas cartas alentadoras entre aquellas que recibí, y una decía algo así: “Aférrate a Dios, hermano Hall; la pequeña congregación de aquí (en la línea fronteriza entre Oklahoma y Tejas) separó un día para orar y ayunar por ti, y Dios ha dado testimonio aquí de que Él te va a librar. Manténte fiel.” Conté cuántos días habían pasado, y me percaté que el mismo día en que el Señor les había dado testimonio a ellos de que me libraría había también hecho brillar esa luz intensa sobre mí. ¡Oh, gloria a Dios por un pueblo que ora!

La oración de fe es la que trae las bendiciones. He aprendido por experiencia que si lo tenemos todo bajo la sangre de Cristo, con un cielo espiritual totalmente claro y la dulce aprobación de Dios sobre nuestras almas, es igual de fácil ofrecer la oración de fe como lo es respirar. Pero si hay algo en el camino, algo encubierto, puedes orar toda la noche y tus oraciones no producen el efecto necesario. Si deseas que Dios te sane, quita tu vista del brazo de carne y del hombre, y pon tu caso completamente en las manos de un Dios vivo, y Él no te defraudará. Ezequías estaba enfermo de muerte. Dios envió a Isaías adonde él y le dijo: “Pon tu casa en orden porque de cierto morirás y no vivirás”. Ezequías volvió su rostro hacia la pared. Oró fervientemente al respecto. Oró y lloró. El gran Dios de amor y misericordia escuchó la oración de Ezequías y envió a Isaías nuevamente a verlo. “Dile a Ezequías: he escuchado tu oración, he visto tus lágrimas; he aquí, yo te sanaré, y añadiré a tus días quince años.” Yo sirvo al Dios de Ezequías, ¡gloria sea a su nombre!

El rey Asa, en el año treinta y nueve de su reinado, enfermó. Enfermó gravemente. Confió en los médicos y murió en el

año cuarenta de su reinado. Debió haber sufrido durante más de un año. Si hubiera obedecido a Dios y confiado en Él, habría podido pedirle a Dios, y Dios lo habría sanado. La idea de que Dios bendecirá la medicina es errónea. El camino de Asa es para los incrédulos. Hablo por experiencia. El rey David sabía qué hacer en caso de enfermedad: “Bendice, oh alma mía a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, oh alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades; el que sana todas tus dolencias.” (Salmos 103:1-3). “Envío su buena palabra, y los sanó, y los libró de su ruina. ¡Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres!” (Salmo 107:20-21).

Isaías profetizó que cuando nuestro Salvador viniera, por sus llagas seríamos sanados. El último capítulo del Antiguo Testamento dice que Jesús vendría con salvación (*“salud” en versiones más antiguas*) en sus alas. Ahora lea los primeros diecisiete versículos del capítulo 8 de Mateo en un espíritu de oración. Jesús no sólo sanó a los enfermos, sino que escogió a doce discípulos y los envió a hacer lo mismo. Vea Lucas 9:1,2,6. Jesús asignó a otros setenta y los envió a salir, y les ordenó que fuesen y sanasen a los enfermos. Lucas 10:3-17.

Cuando el Señor “tumbó” a Saulo en el camino a Damasco y lo escogió, envió a Ananías a verlo, y el mismo le dijo: “Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino, me ha enviado para que recobres la vista, y seas lleno del Espíritu Santo. E inmediatamente cayeron de sus ojos...escamas. Y recibió la vista, y se levantó, y fue bautizado.” (Hechos 9:17-18. Pablo creía en la sanidad divina.

“Y había cierto hombre en Listra, imposibilitado de los pies, cojo de nacimiento, que jamás había andado. Éste oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y él saltó, y anduvo.” (Hechos 14:8-10). Dios también hizo milagros especiales a través de las manos de Pablo: “ Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían.” (Hechos 19:11-12).

Dios nunca llama a una persona a predicar su evangelio sin mandarla asimismo a sanar los enfermos: “Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y ESTAS SEÑALES SEGUIRÁN A LOS QUE CREEN: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.” (Marcos 16:15-18).

Dios coloca en el cuerpo los diferentes dones según a Él le place: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente, apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas” (1 Cor. 12:27-28). Dios les dice a los hermanos qué deben hacer: “¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de

fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.” (Santiago 5:13-15).
Vea Lucas 5:17; Heb. 13:8.

Pecador, pídale a Dios que le quite el deseo de todo lo que usted sabe que es malo y pecaminoso. Dios sólo nos pide que caminemos en la luz que hemos recibido. Ámelo, guarde sus mandamientos, obedezca su Palabra y confíe en que Él lo dirigirá y lo guiará. “Siga a Cristo.” Él ha prometido establecernos en la verdad, y la verdad nos hará libres. Jesús dijo: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32).

Mis hermanos me estaban enviando dinero, y yo podía mandar a buscar cositas para comer, pero cuando entré en contacto con los santos, comencé a enviar a mis seres queridos **Trompetas (del Evangelio)**, tratados y libros para que los leyesen, y dejaron de enviarme dinero. La esposa de mi hermano dijo: “¿No le van a enviar más dinero a Will?” Ellos dijeron: “¿Para qué? Lo va a gastar en esa ‘basura de santidad’.” Ella dijo: “Ustedes saben que él necesita dinero, y yo se lo voy a enviar.” Ella me envió \$50^{oo}, y ¡oh, cómo alabé al Señor! Toda mi ropa estaba desgastada. Yo había tomado una sábana barata de algodón doble, le había abierto un agujero cerca de uno de los extremos, había metido la cabeza por el agujero, había cortado la sábana por debajo, y entonces le había sacado punta a un fósforo para que me sirviese como aguja, y así había cosido la sábana alrededor de mis piernas con hilo de bramante, un hilo grueso del que se usa en los almacenes. Había cortado pedazos de la parte de abajo de la sábana y con ellos me había hecho unas mangas. Estuve

“cosido” dentro de esa sábana por meses. Pasé más de dos años dentro de ese calabozo sin darme un corte de cabello ni afeitarme. Parecía más una sabandija que un ser humano. Estuve más de dos años sin ver el sol, la luna ni las estrellas. Todo lo que podía ver era como cinco pies de tierra a través de una ventana grande que había en la parte de abajo de mi celda.

Yo tenía el testimonio en mi alma de que Dios me iba a liberar, así que cuando recibí el cheque de mi cuñada por \$50^{oo}, lo firmé y lo envié a la oficina principal. Mandé llamar al capitán de celdas y le dije que deseaba un catálogo de Montgomery Ward (*un “figurín” de ese almacén*). Le pedí que trajese al sastre principal y que le dijese que trajera una cinta métrica. Me tomó las medidas, y yo ordené uno de los mejores vestidos del catálogo de Montgomery Ward. También incluí en la orden un sombrero, zapatos, una camisa, y todo lo que necesitaba; gasté cincuenta dólares en ropa. Preparé la orden y la envié. Al día siguiente Bill Martin, el Asistente, subió y me dijo: “Hall, te has vuelto loco. No te permitiríamos ponerte esa ropa aunque la tuvieras. ¿Por qué mejor no gastas ese dinero en algo para comer? Para eso te lo mandó tu gente.” Yo le dije: “Sí, te gustaría que yo hiciera eso, para poderte robar la mitad.”

Bueno, oré al respecto, y volví a enviar la orden la siguiente mañana. Esta vez H. O. Bursom, el superintendente, subió y pegó la orden en la puerta de hierro, y dijo: “Hall, cuando despediste a tu abogado principal, el Juez Freeman, te despediste de cualquier oportunidad que hubieras podido tener de salir de aquí. Te vas a podrir aquí mismito.”

Lo miré con una sonrisa y le dije: “H. O. Bursom, ¿podrías hacerme un solo favor?” Él dijo que haría cualquier cosa que

tuviera sentido. Le dije: “Entonces manda esa orden.” Él agarró el sobre, lo enrolló y dijo: “La voy a mandar, pero tú jamás te pondrás esa ropa.”

CAPÍTULO IV

Bueno, mi hermano fue donde el Juez Woodward, un buen amigo de mi familia, y yo sé que le dijo que yo estaba loco. El Juez Woodward tomó mi caso con el Senador Joe Bailey en Wahington, D. C., y seguro estoy que le dijeron que la Biblia me había vuelto loco. En ese tiempo, Nuevo Méjico era un Territorio (*es decir, no era oficialmente un estado todavía*) y sólo tenían un representante, el cual tenía que lograr que algún senador introdujese sus proyectos de ley; y Joe Bailey era esa “mano derecha” de Nuevo Méjico. George Curry, a quien yo consideraba uno de mis mejores amigos cuando me había metido en problemas, había sido nombrado Gobernador de Nuevo Méjico por el Presidente Teddy Roosevelt. Había oído que el gobernador había estado de visita en la cárcel muchas veces, pero nunca subió a verme. Pues, Joe Bailey le escribió una carta a George Curry, y éste le escribió a mi hermano para que se subiera al tren y me fuera a buscar. El gobernador me dijo: “Will, mi decisión estaba hecha, y te iba a soltar como lo último que hiciera antes de salir de mi cargo; pero ahora tenemos a Joe Bailey, que se ha interesado en tu caso, y he venido a decirte que tú serás el primer hombre que salga de aquí apenas pasen las elecciones generales.”

Bueno, sonaba bastante bien, sólo unos tres meses más de espera. Sin embargo, apenas se hubieron retirado, empecé a

orar: “Padre Celestial, ¿será posible que yo tenga que esperar en la política corrupta de Nuevo Méjico para obtener mi libertad?” El gobernador me había permitido leer la carta del Senador Bailey, como seis líneas escritas a máquina. Había escrito: “La familia y los amigos de Hall me han estado apoyando en ambas cámaras durante los últimos diecisiete años; quiero que lo sueltes.” Mi hermano le escribió al Senador Bailey lo que el gobernador había prometido. Él estuvo de visita cuando iba camino a casa con dos hermanos que tenemos en El Paso (*Tejas*), y cuando llegó de vuelta a casa, lo esperaba allí otra carta de Bailey, que decía: “Súbete al primer tren disponible y regresa allá, y esta vez lo sacarás.” En ese tiempo Nuevo Méjico era un Territorio, y estaban teniendo luchas para convertirse en un Estado. Bailey le escribió a Curry esta vez: “Si quieren convertirse en Estado, suelten a Hall,” y no tardaron en hacerlo.

La mañana en la cual el gobernador y mi hermano se habían ido la primera vez (yo sabía que él permanecía despierto hasta la una o dos de la mañana, “chingueando” (*entregándose a los juegos de azar*) y tomando licor) caí de rodillas y le pedí a Dios que me despertase cuando él estaba a punto de acostarse, y por tres madrugadas me desperté y le pedí a Dios que me sellara sobre el corazón del gobernador, de tal manera que él no pudiese cerrar los ojos para dormir sin antes verme de rodillas implorando a Dios por mi liberación. Había dos hombres que habían jurado en falso en mi contra a fin de que se me quitara la vida, y supe que ellos habían ido adonde él y le habían dicho que si él me dejaba libre ellos tendrían que matarme, o de lo contrario yo los mataría a ellos. El gobernador les dijo: “Tengo que soltarlo; no puedo cerrar los

ojos para dormir sin antes ver a ese muchacho de rodillas implorando a su Dios.”

Mi hermano, su esposa e hijito se subieron en el próximo tren y vinieron a Santa Fe. Entraron a la oficina principal de la prisión, y el superintendente tomó el teléfono y llamó al gobernador, y le dijo que ellos habían llegado. Él dijo: “Suelta a Hall, y diles a esos muchachos que vengan a mi oficina; quiero verlos.” ¿Quién ha oído de un preso que haya salido en libertad por medio de una llamada telefónica, cuando sus abogados tenían su caso en la Corte Suprema de los Estados Unidos? El superintendente dio la orden y mandó a buscar la ropa que yo había comprado por fe, y me ayudó a vestirme. Por alguna razón, las mancuernas que yo había mandado a comprar habían desaparecido, y el superintendente se quitó sus mancuernas de oro y las puso en las mangas de mi camisa. Tenían un carruaje fino que era tirado por dos hermosos caballos grises. Sólo la gente de alto rango lo montaba, pero dieron orden de sacarlo, y en él nos enviaron a mi hermano, su esposa, su hijito y a mí, al pueblo. Se estaba haciendo tarde, así que fuimos al hotel y separamos unas habitaciones. Mi hermano salió a visitar a algunos amigos.

Mi madre me había mandado un pastel, mitad blanco y mitad amarillo, y una canasta llena de pollo frito y otras cosas buenas para comer. ¡De veras que lo disfruté! Mi cuñada dijo: “Hermano Will, si no tienes cuidado, te vas a enfermar,” pero yo seguí con el banquete, y no me hizo daño. Al día siguiente mi hermano y yo fuimos al Capitolio. Bajamos por un pasillo; al final estaba la oficina del gobernador, y él nos vio venir, y salió a recibirnos “en manga y camisa” (*es decir, sin su saco, sin formalismos de por medio*). Me abrazó, y

mientras le corrían lágrimas por las mejillas, me dijo: “Will, sólo te pido una cosa: Sal de Nuevo Méjico y no vuelvas a entrar. De lo contrario, vas a matar a alguien, o alguien te va a matar a ti.”

Yo dije: “Gobernador, si el mismo Will Hall que entró en la cárcel fuera el que ahora ha salido, yo no confiaría en un revólver, sino que me buscaría una escopeta cargada con balines, y los saldría a buscar. Pero, ¿sabe una cosa? He sido hecho un hombre nuevo en Cristo Jesús, y he estado arrodillándome por varios meses, pidiéndole a Dios que los perdone, porque no saben lo que hacen. El diablo en el infierno es quien está engañando vidas, y hogares, y descarriando a padres y a madres, a hijos e hijas, y yo creo en echarle la culpa a quien la tiene, al diablo en el infierno. No hay nada en Nuevo Méjico que me detenga, así que me iré de aquí.”

El problema era que yo sabía demasiado. Cuando llegué a casa, recibí una carta en donde me decían: “Te vamos a agarrar.” Y yo sabía de algunos que ellos habían “agarrado”. Subí las escaleras en casa de mi madre, y respondí a esa carta. Les dije que no les temía a ellos ni al mismo diablo que estaba detrás de ellos, y que ellos no me podrían tocar a menos que pasasen primero a través de la presencia de mi Salvador.

Mi Biblia me dice claramente que no participe en pecados ajenos, pero que me conserve puro. Desde entonces he visitado el Antiguo y el Nuevo Méjico en distintas partes, y también Canadá. He estado en las islas de Nueva York, y he visitado treinta y cinco de los Estados Unidos, y jamás me han molestado. He aprendido por experiencia que el Señor es nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. La Palabra dice:

“Huye el impío sin que nadie lo persiga.” “El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen.” “Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas.” La obediencia a su Palabra traerá la bendición.

Siento la dirección de relatar la experiencia que tuve con un sacerdote católico. Por todo el derredor de la prisión de Santa Fe, el noventa por ciento de las personas era mejicano y católico. Después que Dios me había salvado de una manera tan maravillosa, y me había abierto los ojos espirituales para ver y conocer la verdad, yo les dije a algunos de ellos que yo no era protestante. Bueno, amado lector, es mejor que seamos sinceros con nuestra alma y con Dios. No había un solo protestante en el mundo hasta el siglo dieciséis. Todo lo que es, o alguna vez será un protestante, es una persona que protesta contra el catolicismo. El sacerdote escuchó que yo no era protestante, y vino a verme. Me encontró leyendo mi Biblia. Él dijo: “Ese es un libro fabricado por el hombre. Nosotros tenemos la Biblia original.” Le pregunté si me permitiría leer su Biblia. Me dijo que sí. Yo quería comparar ambas Biblias. Él venía cada dos semanas a decir la misa para los presos. Me trajo un libro grande titulado: “La Fe de Nuestros Padres.” Leí tan solo un poquito en la primera página, y lo puse a un lado. Cuando él vino a verme, le dije: “**Esa** es una fabricación de hombres. Usted me dijo que me iba a traer su **Biblia**.” Dijo que lo haría, y así lo hizo. Comencé a comparar las dos, y me di cuenta que nuestra Biblia dice: “ministro,” y la de él dice: “sacerdote.” La de él dice: “haced penitencia,” la nuestra dice: “arrepentíos.” Había muy poca diferencia; el significado era prácticamente el mismo. Sí tomé nota de algunas **referencias** en su Biblia por las cuales yo no podría ser un católico.

Cuando él volvió, comencé a leerle de su propia Biblia. La primera cita que utilicé fue Mateo 23:9: “Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos.” Él me miró con una sonrisa, y dijo: “Tú no entiendes. ¿No tenías tú un padre aquí en la tierra a quien llamabas ‘padre’? Yo le dije: “Sí, era mi padre según la carne; pero usted no será mi padre espiritual. Dios es mi Padre espiritual.” Él dijo: “Tú no entiendes.” Entonces le leí de su propia Biblia. Marcos 12:38-40: “Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las saluciones en las plazas, y las primeras sillas en la sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.” Se enojó, me quitó la Biblia de un jalón, y dijo que yo había nacido para ser condenado, y me pronunció la maldición católica. Me dejó “atado con las llaves de San Pedro”, y se fue de lo más furioso. Le pedí a Dios que tuviera misericordia de su pobre alma ciega.

Se regó la noticia de que él me había “atado”, y desde entonces los guardias y custodios mejicanos comenzaron a tratarme de un modo nada razonable. El celador (nocturno) subía con una vara puntiaguda (como las que usan para lidiar con el ganado cuando los van a transportar en algún vehículo), y con esa vara me puyaba y me hacía bajarme de mi “cama”. La única forma de evitar que me hiciese daño era que yo colgase la cama en la pared (como cuando está guardada) y me escondiese tras la cabecera de la misma, donde él no me pudiese alcanzar.

A ellos les correspondía llevarme un cubito de galón y medio lleno de agua para beber y para otros usos, y me tenía que bastar durante veinticuatro horas. Pero se pasaban dos o tres días sin traerme agua. El guarda y el custodio solían subir a traerme el desayuno. Me miraban, y a veces el custodio escupía en mi comida, y entonces me la pasaba. Me traía el agua, entonces metía su mano sucia dentro del cubito, y después lo ponía allí para que yo bebiese. Bueno, el Señor me enseñó a ayunar y a orar. Yo estaba en una de las grandes escuelas de Dios, y aprendí algunas tremendas lecciones. Pasé en más de una ocasión siete días y siete noches durante los cuales no comí ni bebí absolutamente nada. La gracia de Dios me capacitó para amar a mis enemigos y orar por ellos.

Alguien me mandó una bolsita con manzanas, muy rojas, y estaban deliciosas. Pensé: “Esta es mi oportunidad de que vengan ‘ascuas de fuego’ sobre la cabeza de este custodio mejicano.” “Brillé” una de esas manzanas lo más que pude, y cuando subió el custodio, le pregunté si le gustaría comerse una manzana. Él dijo: “Sí, sí, señor,” en español. La empujé hacia donde él estaba. Seguí brillando las manzanas para él, y cuando él se aparecía por allí, yo le daba una. Bueno, para mi sorpresa, un día él subió y me entregó un “pie” (pastel) entero. Lo trajo del comedor de los guardas. Comenzó a traerme carne y otras cosas buenas para comer. Llegamos a ser buenos amigos, comprobándose así la veracidad de la palabra de Dios en Romanos 12:20: “Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza.”

Después de volver a casa en Tejas, fui a Alabama a visitar a algunos familiares, y allí conocí y contraje matrimonio con

quien yo suponía era una de las mejores muchachas en el mundo entero. Nunca había conocido a ninguno de los hermanos personalmente, pero me había comunicado algunas veces por carta con el hermano E. E. Byrum, y yo deseaba ir a Anderson, Indiana. Mi esposa rehusó ir conmigo. A ella le habían enseñado que que todos los que predicaban y creían en la santidad eran “Holy Rollers” (*un término que da a entender que son locos fanáticos*).

Tomé el tren y fui hacia Anderson en el otoño de 1913. Todo estaba cubierto de nieve. Se estaba realizando una reunión de asamblea, y ¡qué montón de gente! Un hermano se me acercó y me preguntó si yo conocía a alguien allí. Le dije: “Deseo ver a E. E. Byrum.” Llegó en un momentito y me estrechó las manos. Le dije: “Mi nombre es Hall.” Él dijo: “¿De Tejas?” Yo dije: “Sí.” Me dio un abrazo fraternal, y dijo: “Estoy tan contento de conocerlo. Soy un hombre muy ocupado, pero póngase a gusto aquí. Está en su casa.” Llamó a un joven, y le dijo que me preparase un lugar donde dormir, y me dijo: “Nos veremos mañana.” A la mañana siguiente conversamos por un largo rato, y le mostré mis referencias bíblicas, las que Dios me había dado cuando yo estaba en su gran escuela. Puedo decir juntamente con el Apóstol Pablo: “Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11-12).

Al día siguiente, algunos de los hermanos vinieron hacia mí y me dijeron: “Hermano Hall, lo que necesitas hacer es quedarte aquí hasta que te establezcas en esta verdad.” Yo estaba dispuesto a hacerlo. El domingo en la mañana, en el

templo, el hermano Byrum se levantó y dijo: “Tengo entendido que algunos están aconsejándole al hermano Hall que se quede aquí hasta que esté establecido en la verdad. Quiero decir: ‘Dejen al hermano Hall’. Yo he revisado sus referencias bíblicas, y Dios le ha dado esta verdad; ahora dejen que Dios guíe y dirija al hno. Hall.”

Yo tenía un baúl de los que se usan para viajar en barco, y un maletín. Llené ambos con todos los diferentes tipos de tratados que tenían disponibles, y compré un boleto para ir a Frankfort, Kentucky. Como Pablo, comencé a compartir de casa en casa. Allí fui a hablar en la prisión estatal. Le dije al carcelero que tenía un mensaje para los presos. Él dijo que ni siquiera me dejaría asomar la cabeza dentro de los muros de la prisión, y mucho menos hablar allí, debido a mi “récord”. Alquilé un cuarto y me entregué a la oración, y lo puse todo en manos del Señor. Comencé a ministrar al día siguiente, el viernes, y el Señor me bendijo. Repartía tratados de casa en casa y le hablaba a la gente acerca de mi maravilloso Salvador.

Esa tarde descendí a las riberas del río Kentucky. Llegué a una casita de dos pisos, pintada de blanco. Toqué el timbre, y vi a una niña de raza negra bajar las escaleras. Abrió la puerta y dijo: “Usted no puede entrar; mi mamá está muy enferma.” Yo empecé a orar calladamente, y le dije: “¿No podría ver a tu mamá?” Ella dijo: “Espere un momento.” Al poco tiempo regresó y dijo: “Pase adelante.” La seguí por las escaleras, y allí estaba una mujer de raza negra postrada en cama, con una fiebre altísima. Empecé a hablarle de lo maravilloso que era mi Salvador, y a decirle que Él había derramado su sangre tanto por el cuerpo como por el alma de las personas; que Él

había venido para sanarnos de todas nuestras aflicciones y enfermedades. Ella dijo: “El Señor me mostró que me va llevar p’al cielo.” Era bautista, y allí había dos mujeres bautistas de raza blanca, que la estaban visitando. Tenían grandes penachos (*adornos hechos de plumas de ave*) blancos colgándoles sobre los hombros. (*¿Se estarían haciendo pasar por ángeles?*) Mientras yo le decía a la enferma que Dios me había sanado muchas veces en respuesta a la sencilla oración de fe, ellas se pusieron muy inquietas. Una le hizo señas a la otra, y se retiraron calladamente.

Mientras le leía a la enferma algunas de las preciosas promesas de la Palabra de Dios, ella dijo: “Yo sé que el Señor me puede sanar si Él quiere.” Yo respondí: “Cómo no, Él dice que quiere sanar a todos los que están enfermos”. Yo le pregunté que si el Señor tocaba su cuerpo afligido y la sanaba, si ella le daría a Él toda la gloria y lo serviría por el resto de su vida. Ella dijo que lo haría, y yo puse mis manos sobre ella, reprendí la aflicción en el nombre de Jesús y le pedí al Señor que la sanase. Dios mandó su virtud sanadora a través del cuerpo de ella, le quitó la fiebre, y ella comenzó a alabar al Señor.

CAPÍTULO V

El siguiente domingo por la mañana parecía que todas las campanas de todos los templos del pueblo habían empezado a sonar. Le dije al Señor que en ninguno de esos templos aceptarían el mensaje que Él me había dado, y humildemente le supliqué que me guiase adonde pudiese ser de bendición a alguna preciosa alma. Sentí la dirección de subir la cuesta para ir a la cárcel. Le dije al carcelero que deseaba visitar a los presos. Dijo que estaba ocupado, pero le pedí que me llevase allá arriba, y me dejase ahí dentro con ellos, porque yo tenía un mensaje para ellos. Él dijo que ellos estaban dispersos en diferentes actividades. Subimos; él abrió la puerta y yo entré. Él trancó la puerta y dijo: “Cuando quieras salir, golpetea la puerta.” Había como catorce presos allí. Tenían un montón de revistas viejas que la gente de las iglesias les había llevado, pero no había ni un solo tratado ni un Nuevo Testamento en ese lugar. Pasé como dos horas con ellos, hablándoles del maravilloso Salvador que tenemos y de lo que Él había hecho por mí. Hice sonar la puerta, y el carcelero vino y me dejó salir. Era una buena persona.

Cuando comenzaba a bajar la cuesta, vi que un hombre venía a verme. Me dijo: “¿Es usted el hombre que está sanando gente? Yo dije: “No.” Él dijo: “¿No es usted el hombre que oró por la mujer de raza negra el viernes en la noche, y la mujer fue sanada?” Yo dije: “Sí, yo tengo un Salvador que está sentado a la diestra de Dios Padre; Él sana a la gente.” Él dijo: “Ve usted esa casa grande allá abajo cerca del lodazal? Allí hay una muchacha a la cual tres médicos desahuciaron ayer. Pensé que tal vez usted estaría dispuesto a ir a verla.” Le dije que lo haría. Fui, susurrando una oración por ella.

Atravesé un portón y bajé por una vereda grande hecha de ladrillos, y luego entré por un pasillo; llegué a un cuarto grande, y allí había unas ocho a diez parejas de jóvenes y de ancianos tomando cerveza. Me detuve en el umbral de la puerta, y la anciana encargada de aquel lugar me miró con menosprecio. Dije: “Vine a ver a la joven enferma.” Ella dijo: “Baje por el pasillo hacia la tercera puerta—allí la encontrará.”

Fui hacia allá, y ahí estaba acostada una joven, sólo hueso y pellejo. Tenía una hermosa cabellera negra, y parecía tener unos veinte años de edad. Apenitas podía susurrar. Le pedí al Señor que la ayudara. Ella susurró: “Yo crecí asistiendo a la Escuela Dominical, pero he sido tan malvada que Dios no quiere hacer nada por mí.” Tenía los ojos hundidos, y se le llenaron de lágrimas. Le dije: “Si el Dios a quien sirvo con todo mi corazón toca tu cuerpo afligido y te sana, ¿nos prometes a Dios y a mí que abandonarás esta mala vida y vivirás para Él?” Ella volteó la cabeza, lloró profusamente, y prometió: “Lo haré.” Puse mis manos sobre ella, y entré en un espíritu de oración. No sé por cuánto tiempo ni cuán alto oré, pero cuando “volví en mí” ella estaba exclamando: “¡Estoy sana! ¡Estoy sana! ¡Lo siento en los dedos de las manos y de los pies!”

Dos de esas jóvenes vinieron corriendo a la habitación. Una de ellas metió las manos dentro de mi maletín, sacó algunos tratados, y dijo: “Esta es alguna religión nueva; nunca hemos oído de algo así. “Yo dije: “No, no es nada nuevo. Es lo más antiguo que hemos tenido desde la venida de nuestro Salvador.”

La muchacha que había estado enferma pidió un poco de leche. Le dijeron: “No, tres doctores dijeron ayer, al partir, que no te diéramos nada, ni siquiera agua.” Yo les dije que le trajesen un vaso de leche. Le dije a ella que se lo tomara en el nombre del Señor. Cuando me fui de allí todos habían salido de la pequeña cantina y estaban parados a la izquierda de la vereda con botellas de cerveza semi-vacías en sus manos.

Seguí caminando hasta llegar a un viejo establo y a algunos potreros, los cuales rodeé, y entonces subí la cuesta. Había un poste de línea telefónica ahí, y yo sentía que podía saltar hasta la mitad de su altura, y de hecho salté tan alto como pude. Había dos hombres dentro de uno de los potreros, y empezaron a reírse a carcajadas. Supongo que se imaginaron que yo estaba loco. ¡Oh, esta bendita locura, se pone cada vez mejor!

Fui hacia Louisville, Kentucky, y mi esposa se encontró conmigo allí. Nos dirigimos a la congregación que pastoreaba la hermana Meyers, y le conté las experiencias que había tenido en Frankfort. La hermana Meyers se me acercó y dijo: “Una hermana de la congregación está muy enferma. Hemos ido a orar por ella, pero no parece recibir ayuda alguna. ¿Iría usted a orar por ella?” Me dio la dirección de la hermana enferma. Subí al tranvía y fui hacia allá. Encontré a una mujer muy enferma, con una fiebre altísima. Le impuse mis manos y oré por ella, pero al parecer, no recibió ayuda alguna. Le dije que estaba muy fatigado, pues había estado en movimiento todo el día y toda la noche. Ella dijo: “Hermano Hall, suba las escaleras, entre por la puerta a mano derecha, acuéstese y tenga un buen descanso.” Subí, derramé mi corazón ante Dios en oración por la hermana, y el Señor me

bendijo maravillosamente. Entonces me acosté. En un momentito, escuché a alguien cantando a todo volumen. Descendí, y allí estaba ella, totalmente vestida (*es decir, no en ropa de dormir, como probablemente estaría una enferma*), caminando y cantando y alabando a Dios. Dios la había sanado y la fiebre se había ido. Su hijo vino y trató de hacerla volver a la cama. Ella dijo: “El Señor me ha sanado y yo voy a culto con el hermano Hall esta noche.” Él me trató de una manera vergonzosa; tenga el Señor misericordia de él, porque él no comprendía. Él le dijo a su madre que si no la podía hacer cambiar de parecer, no le permitiría atravesar la ciudad en un viejo tranvía, sino que mandaría a llamar un taxi. Ella dijo: “Hijo, Dios me ha sanado, y yo voy con el hno. Hall.”

Nos alistamos y fuimos. Llegamos justo cuando el culto iniciaba. Caminó hacia el frente y testificó lo que Dios había hecho por ella, y de su poder sanador. Ella era una viuda, y se casó tres semanas más tarde. La hermana Meyers me dijo: “Hermano Hall, lo necesitamos, y deseo que usted se quede con nosotros durante el invierno.” Mi esposa y yo alquilamos un cuartito de 12’ x 12’ en una planta alta. Conseguimos una “estufita” de un solo quemador, y en ese cuartito cocinábamos, comíamos, dormíamos, y vivíamos. La hermana Meyers vivía en el centro de la ciudad, en 1700 E. Main (“*Calle Principal Este*”). Ellos vivían arriba, y alquilaban la planta baja. Joyce, la hija de la hna. Meyers, estaba en las últimas fases de la tuberculosis. Muchos ministros habían orado por ella, pero iba empeorando cada vez más, y estaba al borde de la muerte. Casi siempre que oraba por ella, se aliviaba, pero no era sanada. Bien, recibí el peso para la sanidad de Joyce. Dije: “Padre Santo, voy a orar y ayunar siete días y siete noches para la sanidad de Joyce, y te pido que estés con nosotros dos,

y que me quites el hambre y la sed, y que esté tu dulce aprobación sobre lo que estoy haciendo.” La Palabra dice que si ayunamos en secreto, Él nos recompensará en público. Me aferré, y el Señor estuvo conmigo. Tuve que hacérselo saber a mi esposa, y ella se lo dijo a la gente que vivía en la planta baja. El hombre era muy malvado; era capataz en una compañía productora de whisky, y ellos hicieron todo lo que estaba en su poder para tratar de hacerme romper el ayuno. Finalmente él dijo: “Si Dios sana a Joyce Meyers, yo creeré.”

Me aferré con una fe sencilla como la de un niño. A las dos de la madrugada de la última noche del ayuno, desperté, y el Señor dijo: “Vé.” Me senté en la cama, y vino por segunda vez: “Vé.” Yo dije: “Amén, Señor.” Me levanté y comencé a vestirme. Mi esposa me preguntó: “¿Qué vas a hacer?” Le dije que iba para donde la hermana Meyers. Ella dijo: “Sabes que el último tranvía pasa a la medianoche, y no podrás ir hasta que sea de día.” Le dije que el Señor me había dicho que fuera. Me apresuré y recorrí dos cuadras hasta la línea principal, y justo cuando llegué, venía pasando un tranvía. Le hice señas para que se detuviera, y me preguntaron hacia dónde me dirigía. Les dije: “1700 E. Main” (*1700 de la calle Principal Este*). Dijeron que iban al garaje que quedaba a una cuadra de allí. Me subí, y les pregunté: “¿Qué hacen ustedes aquí afuera a estas horas de la noche?” Los jóvenes respondieron: “Este carro se descompuso a la medianoche, y hasta ahora fue que lo pudimos hacer funcionar para al menos llevarlo hasta el garaje.” ¡A sólo una cuadra de la casa de la hermana Meyers!”

Llegamos hasta el garaje en el tranvía, y caminé hacia la casa de la hermana Meyers. Mientras subía las escaleras, la

hermana Meyers vino a recibirme. Cuando estaba llegando al final de las escaleras, la hermana Meyers me dijo: “Hermano Hall, tenemos que ser sumisos a la voluntad del Señor. Él se va a llevar a Joyce. Tiene las extremidades frías, y las uñas se le pusieron negras.” Había cinco o seis ministros en la habitación--habían estado allí durante toda la noche. El hermano Meyers estaba al pie de la cama, de rodillas, con el rostro hundido entre las manos. Me acerqué silenciosamente a la cama de Joyce, puse mis manos sobre ella, reprendí la aflicción en el nombre de Jesús, y ofrecí la oración de fe, fe sencilla como la de un niño. Dios envió su virtud y poder sanador a través del cuerpo de ella, y ella comenzó a exclamar: “¡Estoy sana! ¡Estoy sana!” Sacó sus extremidades huesudas de la cama, y la hermana Meyers la cubrió con una sábana. Ambas empezaron a recorrer las dos habitaciones amplias de arriba a abajo alabando a Dios. Yo fui a la carnicería, y compré unos bistecques y un molde de pan. Cuando regresé, Joyce estaba completamente vestida, y se sentó a desayunar conmigo—se comió un bistec.

Era domingo en la mañana, y Joyce dijo: “Me voy al culto con ustedes.” Su madre dijo: “Oh, Joyce.” Yo dije: “Sí, vé en el nombre y en el poder del Señor.” Todos nos alistamos, y fuimos al templo. Joyce fue derecho hacia el púlpito y dio el mensaje, y su rostro resplandecía como el de un ángel. El hombre que había dicho que si Joyce Meyers era sanada él iba a creer, entró al templo justo cuando el culto estaba comenzando. Se apresuró hacia el frente, y cuando estaba a unos ocho a diez pies del altar, cayó rostro a tierra, llegó hasta el altar y le entregó su vida a Dios.

Si les contara todos los diversos milagros que he presenciado en los diferentes estados, se escribiría todo un libro. Sólo menciono estos para la gloria de Dios. Usted nunca ha mirado a la cara a un hombre por el cual Dios ha hecho más que lo que ha hecho por mí, y el diablo y todos los diablillos del infierno han procurado arruinarme y destruirme; pero aún sigo reinando aquí en esta vida por encima del mundo, la carne y el diablo, con la victoria en mi ser. ¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios!

El buen Señor me rescató de la misma boca del infierno en respuesta a las oraciones de mi madre. Dios me escogió a mí, yo no lo escogí a Él. “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Juan 15:16). Él me salvó, me capacitó, me ordenó, me libró en alma y cuerpo, y me envió con un mensaje directo de Su trono. Me mostró claramente que el evangelio de Cristo es un evangelio de amor, y que Él no quería que yo saliera a cobrarle a la gente por él. Debe ser tan libre y gratuito como el aire que respiramos. Él dijo: “Tú sal, ámame, guarda mis mandamientos, entrega el mensaje que yo te doy, y yo te alimentaré, te vestiré, y haré más por ti de lo que podría hacer cualquier padre terrenal, siempre y cuando te mantengas en el centro de mi voluntad y me obedezcas.” Yo soy un testimonio viviente de la bondad de Dios.

He estado en ambas costas (*Atlántica* y *Pacífica*), he recorrido la mayor parte de los Estados Unidos, y el Señor jamás me ha fallado. He compartido en muchos cultos, predicando todas las noches, y hasta tres veces los domingos, y siempre les he dicho a los hermanos y a las demás personas

que no quería ningún dinero para mí mismo. Dios suple todas mis necesidades, y no recibo nada aparte de ofrendas voluntarias. La mayoría de los hermanos a quienes he conocido son pobres--“Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová.” (Sofonías 3:12)--y mientras que ellos han hecho lo mejor que han podido, la mayor parte de mi ayuda ha venido de personas de afuera que me la han dejado en las manos al saludarme. Dios les bendiga. Me he hecho el propósito de alentar a los pastores y a las pequeñas congregaciones que están batallando. Les digo que Dios se encargará de mí.

Después de haber estado en Louisville durante unos tres meses, una tarde estaba en New Albany, Indiana, que se encuentra cerca de allí. Me había subido a un tranvía, y mientras cruzaba el Río Ohio de regreso a Louisville, el Espíritu de Dios me dijo claramente: --Vé a Frankfort. Vino por segunda vez: --Vé a Frankfort. Yo dije: --Amén, Señor. Cuando el tranvía llegó a la calle 7^a, me bajé, caminé dos cuadras hacia la estación, y pregunté: --¿Cuándo podría tomar un tren hacia Frankfort? Me dijeron: --Dentro de siete minutos.

Cuando llegué a Frankfort, me dirigí al director de la cárcel (el carcelero). Él dijo: --Hall, ¿qué puedo hacer por ti? Le respondí: --Todavía deseo hablarles a los presos. --¿Cuándo?—preguntó. Le dije: --Cuando a usted le sea más conveniente. Él dijo: --Mañana es domingo, el día del “Ejército de Salvación”. Preséntate al portón a las diez de la mañana, y te daré cinco minutos.

Yo estaba allí a las diez a. m. El “Ejército” y algunos visitantes llegaron, y los hicieron pasar. Yo los seguí, pero a

mí me empujaron hacia atrás. Dejé todo el asunto en las manos del Señor. Al ratito, el carcelero vino con un guardia. Abrió el portón, y entramos. El guardia se encargó de mí. Me llevó detrás de donde habían acomodado al “Ejército” con todos sus instrumentos, me dio una silla y se sentó junto a mí. Allí había un predicador metodista; dijo que tenía el mensaje. El carcelero le dijo: --Aquí hay otro hombre que dice que él tiene el mensaje. Lo mejor que puedo hacer por ustedes es darle cinco minutos a cada uno. El predicador dijo: --Voy a entonar una canción, y volveré en otra ocasión. Intentó cantar “Soy Salvo”, y se marchó. El carcelero me llamó; hablé apoyado en la unción de Dios, y cuando supe que había hablado durante cinco minutos, miré al carcelero. Él dijo: “Continúa, Hall.”

Hablé durante dos horas bajo la unción del Espíritu de Dios, y cuando terminé, los presos estaban llorando por todas partes, y una buena cantidad de los que eran más ancianos se estaban acercando al carcelero. Él se dirigió a un teléfono y le dictó una carta a su asistente, y dijo: “Prepárela; este hombre ha tenido una experiencia que debe ser contada en todas las cárceles de los Estados Unidos.” Se volvió hacia mí, y dijo: “Hall, estos hombres desean hablar contigo. Te voy a dejar solo con ellos, y cuando quieras salir, golpetea el portón.” Ese fue el inicio de mi trabajo en las cárceles.

CAPÍTULO VI

Una mañana, mientras pasaba el invierno con la congregación de la hermana Meyers, recogí una **Trompeta del Evangelio**, y mis ojos se enfocaron en una noticia en la cual solicitaban a la iglesia que estuviese de acuerdo en oración para que Dios levantase un superintendente y una matrona para el Hogar de Ancianos (obra llevada a cabo por fe) en Anderson, Indiana. Claramente vino la impresión: “¿Estarías dispuesto a llenar esa vacante?” Comencé a orar al respecto, y le dije al Señor que Él conocía mis planes, y que yo pensaba que un hombre de mayor edad sería más adecuado para ocupar esa posición. Traté de creer que el Señor me había escuchado, y retiré el asunto de mi mente. Como dos semanas más tarde, mientras caminaba por las calles, la impresión volvió a venir: “¿Estarías dispuesto a llenar esa vacante?” De nuevo comencé a orar, y le dije al Señor que yo quería llevar este evangelio de la luz de la tarde a todas las prisiones que pudiese, a hijos e hijas de padres y madres, a los que estaban tras las rejas. Nuevamente, retiré el asunto de mi mente y traté de creer que el Señor me había escuchado.

Yo había prometido hablar en la prisión de Jeffersonville, Indiana el siguiente domingo por la mañana. El director de la cárcel me había dicho que no se permitía entrar a mujeres. Le dije que mi esposa y una hermana muy querida, Jennie Siebert, deseaban venir conmigo. Él dijo: “Esas dos, y ni una más.” Cuando nos dirigíamos hacia la prisión, mi esposa me preguntó cuánto dinero tenía. Le dije: --\$1.50. Ella dijo: -- Se ve que vas a poder ir a la Reunión de Campamento de Anderson (“Camp Meeting”).

Cuando llegamos a la prisión, el director carcelario me dejó en manos del capellán, y él se encargó de las mujeres. Yo le dije al capellán que abreviara los puntos preliminares, y que me diera todo el tiempo que pudiese. El director, mi esposa y la hermana Siebert se sentaron en la parte de atrás. Hablé como por una hora, y vi que el director se levantó de un salto, y comenzó a hacerle señas a alguien. Dios me dio una inspiración fresca por medio de su Espíritu, y hablé durante dos horas, desde las once de la mañana hasta la una de la tarde. Supe después que la hora de almuerzo para todos los presos era las doce, y que a esa hora debería sonar un “gong”, y al oírlo los presos deberían bajar al comedor, pero el director carcelario le había hecho señas al guardia para que no sonara el gong, de manera que yo tuviese todo el tiempo necesario para ministrar. Él envió a las mujeres por las escaleras del frente, me rodeó con su brazo, y dijo: “Hall, el mensaje que predicaste esta mañana ha beneficiado a los hombres de esta prisión más que todos los demás mensajes aguados que he escuchado desde que estoy aquí.” Mi esposa y la hna. Siebert salieron al patio frontal, y estaban admirando las bellas flores que había allí.

Nosotros entramos a la oficina principal. Él dijo: “Sr. Hall, aquí no tenemos nada separado para ayudar a una persona involucrada en el tipo de trabajo que usted realiza.” Yo le dije: --No deje que eso lo turbe. No espero recibir ayuda alguna cuando hablo en las cárceles ni en las misiones. Pero él comenzó a caminar de un lado para el otro, y dijo: --Tiene que haber algo separado para un hombre como usted. No puedo dejarlo ir con las manos vacías.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó un rollo de dinero, tomó tres billetes de \$5^{oo}, y me los entregó. Le di las gracias, y en mi interior empecé a alabar a Dios. Le pregunté: --¿Tienen algún prisionero encerrado bajo máxima seguridad? Él dijo: --Sí; tenemos a un hombre joven en la celda oscura a pan y agua; lo hemos castigado casi hasta matarlo, y no lo hemos podido quebrantar. Es un hombre desesperado. Está determinado a fugarse de esta prisión, y quiere llevarse a otros consigo. ¿Estaría usted dispuesto a regresar a verlo? Prometí que lo haría; salí hacia el frente, y encontré a las mujeres. Mostré los tres billetes de \$5^{oo}, y dije: --Sí, vamos para el Camp Meeting (reunión de campamento). Mi esposa me preguntó: --¿Dónde conseguiste eso? Yo le dije: --El Señor me lo dio.

Volví a entrar a la prisión, y el carcelero mandó a llamar un guarda y le dijo que me llevase a ver al hombre condenado. Cuando llegamos allí, él abrió la puerta sólida de hierro que había encima de la puerta interior, y en la celda no había más nada—sólo el prisionero. Cuando se encendió la luz, él se quedó ahí sentado, tratando de mirar hacia arriba, parpadeando repetidas veces. Le dije al guarda que abriera la puerta, pero dijo: --No, es un hombre desesperado. Yo le dije: --Abra la puerta—y entré, y dije: --Soy tu amigo, también estuve preso como tú. Sé cómo te sientes. Pasé diecinueve meses en una celda para condenados a muerte, sentenciado a morir en la horca. Estás cometiendo un grave error. Estos oficiales te van a matar. Él dijo: --Preferiría morir antes que pasar el resto de mi vida en este lugar. Le dije que yo había atravesado lo mismo, pero que yo había encontrado un Salvador que me había librado de todo aquello, alma y cuerpo, y que si él me hacía caso, no tendría que pasar el resto de su vida allí. Le

compartí mi experiencia, y lo que el Señor había hecho por mí. Le dije: --Este carcelero es un buen hombre, y si estás dispuesto a hacerme caso, él hará todo lo que pueda para ayudarte. Quiero que le mandes a decir que si él te perdona, tú lo vas a obedecer y vas a andar derecho. Él dijo: --Dígaselo.

Salí y el guarda trancó las puertas. Fui adonde el director carcelario y le dije: --Director, deseo que mande a llamar a este hombre. Lo hizo, y cuando entró, ¡qué bella escena! Fue directo hacia el carcelero, le extendió su mano y dijo: --Señor Director, si usted me perdona, yo lo voy a obedecer. El carcelero lo abrazó, y con su rostro lleno de lágrimas, respondió: --Hijo, si tú haces eso, yo haré cualquier cosa que esté dentro de mi poder por ayudarte. Los dejé abrazados como padre e hijo.

He lidiado con algunos de los peores criminales de los Estados Unidos—cada cual es hijo de alguna madre. No he encontrado a uno solo, que si logras ganarte su confianza y lo tratas con bondad, hará menos que obedecerte y ser obediente. Pero si lo condenas y lo castigas, lo convertirás en un demonio. Algunos de los peores bandidos en este país son caballeros por dentro, si los comparamos con algunos de los que gobiernan la nación hoy día. Tan sólo un poquito, y todos tendremos que dar cuenta de las vidas que hemos vivido aquí. “El Dios de Israel ha dicho: “Me habló la Roca de Israel: Habrá un justo que gobierne entre los hombres, que gobierne en el temor de Dios” (2 Samuel 23:3).

Bueno, mi esposa y yo fuimos al “Camp Meeting”. Yo estaba “en las nubes”, por así decirlo, espiritualmente hablando. Vi el Hogar de Ancianos, y pensé que seguramente ya Dios habría colocado a alguien allí. Bien, cuando íbamos

por la mitad de los días de cultos, el hermano E. E. Byrum se me acercó, y dándome un abrazo fraternal, me dijo: “Hermano Hall, hemos sabido por largo rato que tendríamos que encargarnos del Hogar de Ancianos. Publicamos una noticia en la **Trompeta**, solicitándole a la iglesia que estuviésemos de acuerdo en oración para que Dios escogiese a una persona que se hiciera cargo del Hogar. La antigua Junta, que constaba de tres directivos--uno en California, uno en la Florida y uno en otro lugar--renunció, y se ha designado una nueva Junta que consta de cinco directivos, todos residentes aquí en Anderson. Todos estábamos aquí afuera esta mañana, y puestos de acuerdo en oración, pedimos al Señor que nos mostrase Su elección, y Él nos lo puso a usted por delante de una forma tan maravillosa, que **sabemos** que usted es la persona a quien Dios ha elegido.” Bueno, yo me quebranté y comencé a llorar como un niño, y le conté al hno. Byrum mi experiencia. Él dijo: “Vaya y déle la noticia a la hna. Hall, y esté listo para comenzar la última noche de los cultos.” Le dije a “Lady Hall” (siempre la llamo “Lady Hall”), y ella dijo que no, que ella no se echaría esa responsabilidad encima. Yo le dije que esto venía de parte de Dios y que debíamos ser hijos obedientes.

Entramos allá la última noche de los cultos. El superintendente que había estado a cargo antes de nosotros se había ido con toda su familia, y se habían llevado todo. Nos condujeron a una “suite” de tres habitaciones vacías. El hermano Noah Byrum me dijo que enviara una orden para obtener un escritorio y unas sillas para la oficina, y que fuese al centro de la ciudad (“la Central”) para conseguir los muebles, y que cargara los gastos a nombre de la Oficina de la **Trompeta**. Descendimos al sótano para cenar. Había tres

mesas largas en las cuales comían los ancianos; cabían doce personas en cada una. Para nosotros había bistec, papas fritas, etc., para la cena. Observé las mesas largas, y los ancianos estaban comiendo papilla. Le dije a la hermana encargada de la cocina que se llevara todo para atrás, y que lo juntaran todo, y que habría una sola gran familia aquí, y que todos comeríamos lo mismo.

Ella dijo: “¡Oh, hno Hall! Esta es la mesa del Superintendente. Aquí es donde usted atenderá a sus visitas.” Yo dije: “No tendremos visitas que no estén dispuestas a comer lo mismo que nosotros comemos.” Levanté una silla y la coloqué a un extremo de la mesa larga del centro, y dije: “Yo voy a comer aquí.” --¿Pero dónde va a comer la hermana Hall? Yo dije: --Ella puede comer al otro extremo de esta misma mesa. --¿Dónde van a comer sus invitados? Yo dije: --No tendremos invitados aparte de aquellos que estén dispuestos a comer lo mismo que nosotros comemos. Esta será una sola familia. Miré a lo largo de las mesas, y los ancianos estaban sonrientes, esperando para darme las gracias. Tanto a mi esposa como a mí nos trajeron un plato de papilla. Después, cuando subimos las escaleras, los ancianos se nos acercaron y comenzaron a hablarnos de lo mal que se les había tratado, y algunos no se hablaban entre sí. Bueno, todo lo que pudimos hacer fue alzar nuestras manos y decirles que estaban contristando al cielo entero, y que deberían estar dispuestos a olvidar todo aquello y orar por ellos.

Todos entraron al templo, y el Señor bendijo de una manera maravillosa, y se inició un avivamiento que continuó durante siete meses. Personas de afuera venían a los cultos. Predicadores nuevos venían con frecuencia y predicaban, y

esto continuó durante siete meses—el templo se llenaba todas las noches.

El día después de la noche cuando comencé a estar a cargo del Hogar de Ancianos, comenzaron a llegar las cuentas de todas partes de la ciudad, y no había ni un dólar para pagarlas. Fui y se lo dije al hno. Noah Byrum. Él dijo: “Oh, hno. Hall, eso ha estado fuera del orden del Señor por meses, y Dios ha retirado sus bendiciones de allí. La oficina de la **Trompeta** tiene que darles de comer y están endeudados por más de \$7,200^{oo}, y no hay con qué pagar. Ore por que el Señor cubra todo el pasado bajo la sangre, y bendiga el Hogar.”

Bueno, las hormiguitas recorrían puertas y ventanas, había cucarachas y chinches desde el sótano hasta el desván, y mi esposa y los obreros tuvieron un tremendo trabajo de limpieza, pero los eliminaron todos. Dios bendijo en los cultos. Pusieron todo bajo la sangre, y Dios comenzó a moverse en los corazones de la gente por todo el país. Empezaron a entrar los cheques y el dinero en efectivo, desde cinco hasta más de cien dólares, y en menos de siete meses todas las deudas se habían cancelado, y yo les daba de comer a los ancianos (es decir, ya no dependían de la oficina de la **Trompeta**).

La Junta se reunió; revisaron los libros, yendo hasta varios años atrás, y me enviaron al hno. Longbrake a fin de que yo recortase los gastos en todas las áreas. Él dijo: “Hno. Hall, ¿sabe usted cuánto está gastando?” Yo le dije: “Sí; vuelva allá y dígales que tienen a la persona equivocada. Mientras yo esté aquí, yo voy a alimentar a estos ancianos.” Le dije: “Hno. Longbrake, tendrá que reconocer que el Señor ha bendecido maravillosamente desde que estamos aquí, y casi lo único que estos ancianos consiguen en el corto tiempo que les

queda en esta vida es lo que disfrutan al comer; y si las buenas cosas de esta tierra no fueron puestas aquí para los hijos de Dios, ¿para quién fueron puestas? Éste es un hogar de fe, una gran familia, y ni un solo obrero aquí, ni mi esposa ni yo, cobramos ni un solo centavo de salario. Estamos donando nuestros servicios, y confiamos en el Señor para suplir nuestras necesidades, y mientras Él lo siga haciendo, seguiré alimentando bien a estos ancianos.” Él me abrazó, y dijo: “Hno. Hall, no sé más que decir que usted tiene razón.” Yo dije: “Yo sé que tengo razón.” Se fue, y nunca volví a escuchar más nada acerca del asunto de la alimentación de los ancianos. Estuvimos a cargo del lugar durante doce meses, y nos tomó cinco meses más encontrar quien nos reemplazara. Donamos nuestros servicios durante diecisiete meses, y entonces salimos respaldados por el Señor. La aprobación de Dios estaba sobre el hogar de fe.

CAPÍTULO VII

Un día, durante nuestra estadía en el Hogar, el hno. Noah Byrum pasó por allí, y me encontró cepillando el templo (limpiándolo). Me dijo: --Hermano Hall, ¿recuerda usted al anciano bautista que se alegró tanto en los últimos Cultos de Campamento (“Camp Meeting”)? Le dije: --Sí. Él dijo: --Acabamos de recibir un telegrama de él, de allá en Michigan. Tiene una hija al borde de la muerte, deshauciada por los doctores, y él desea que enviemos a alguien que pueda orar la oración de fe. El hermano E. E. (Byrum) está en California, el hno. Hale está de viaje, y no tenemos a quién más enviar, a menos que usted esté dispuesto a ir.

Le dije: --Le daré una respuesta en breve. Deseaba ir a mi habitación para orar. Tenía las manos sucias, y entré al cuarto de baño para lavármelas. Cuando iba a secarme las manos, el Espíritu de Dios me dijo claramente: “Vé, sin duda alguna.” Regresé adonde estaba el hermano, y le dije: “Estoy listo para ir.”

El hno. Byrum dijo: “Vaya, hno. Hall, y recuerde que aquí hay más de cien obreros, y estaremos de acuerdo con usted en oración.”

Tomé el tren nocturno y viajé toda la noche, y hasta las diez de la mañana siguiente. Cuando el tren se detuvo cerca de unos depósitos, donde yo me bajé, había dos vehículos esperándome. El anciano había enviado uno y sus hijos habían enviado el otro. Había un anciano en un carro viejo y dos hombres en un carro nuevo. Los dos hombres me dijeron que entrara en su carro, porque ellos podían llegar más rápido que el otro. No había carreteras, sólo caminitos. Y teníamos

que recorrer treinta millas de distancia. Eran ganaderos. Uno de ellos miró hacia atrás, y le pregunté cómo estaba la enferma. Él dijo que si ella no había muerto aún, habría muerto antes que nosotros llegásemos allá. Cuando llegamos adonde podíamos ver la casona de campo, había hombres, mujeres y niños por todas partes llorando y sollozando. Dos hombres grandes y de buena apariencia bajaron las escaleras justo cuando llegábamos y se metieron en un carro nuevo grande. Me acerqué a un hombre que estaba frente a las escaleras, y le pregunté quiénes eran. Dijo que eran dos de los mejores especialistas que habían podido conseguir en Chicago. “Pero esperamos demasiado tiempo—ya la inflamación está demasiado avanzada, y no hay oportunidad de que ella viva.”

Subí las escaleras, me di vuelta y dije: “Tened buen ánimo—nuestro Salvador aún está en su trono.” Entré; había mujeres y niños llorando dentro de la casa. La enferma estaba acostada en un rinconcito al principio de una sala grande. Era puro hueso y pellejo, y el vientre se le veía como si le hubieran puesto un barrilito encima y lo hubiesen cubierto con una sábana. Yo le dije a su padre que entrara y que estuviese de acuerdo conmigo; él había presenciado algunos casos maravillosos de sanidades en los Cultos de Campamento. Él entró y se arrodilló al pie de la cama. Le pregunté a la enferma si era salva. Ella tan sólo podía susurrar, y dijo: “Eso espero—pertenezco a la iglesia.”

Pude ver que ella estaba demasiado débil para recibir instrucción. La ungué con aceite y le impuse las manos. En el nombre de Jesús reprendí la condición y le ordené salir de allí. Tan sólo ofrecí una sencilla oración de fe, como la fe de un

niño. Dios honró esa oración y envió su virtud sanadora a través de todo el cuerpo de la joven, y ella comenzó a gritar de modo que se le podía oír por toda la casa: “¡Estoy sana! ¡Estoy sana!”

Vinieron corriendo de todas partes. Se reunieron alrededor y comenzaron a decir: “Esta es una clase de religión nueva; nunca antes hemos oído de algo así.”

Yo dije: “No, ustedes están equivocados. Esto no es nada nuevo; es lo más antiguo que hay desde que vino nuestro Salvador.”

En unos cuantos minutos, la hinchazón de su vientre estaba desapareciendo, y la sábana descendiendo. Pidió un vaso de leche, y yo le dije que se lo tomara en el nombre del Señor. Les dije que le diesen toda la gloria al Señor y que estuviesen allí para las siete de la noche, y que tendríamos culto de sanidad divina. Nos reunimos, y les presenté una escritura que Dios me había dado cuando yo estaba en su gran escuela (la cárcel); así les mostré que la sanidad divina es una doctrina tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. El sencillo plan de salvación de Dios nunca ha cambiado. Es la incredulidad de los hombres la que ha cambiado las cosas. Ella tenía siete hermanos y hermanas, todos miembros de iglesia; ellos se reunieron con nosotros esa noche, y cinco de ellos se arrodillaron y le entregaron sus vidas a Dios.

Yo estaba cansado y desgastado por haber pasado tanto tiempo sin dormir. Me llevaron a una habitación grande al final de las escaleras, y me fui a dormir. A la mañana siguiente, justo al amanecer, entré al baño, me asexé, me vestí, y bajé. Ellos dijeron: “Oh, hno. Hall, lo hemos estado esperando para desayunar.” Me dirigieron a un rinconcito

donde estaba el desayuno. Allí estaba sentado el esposo con sus dos hijos pequeños--un varoncito y una niña. Me senté, y justo cuando empecé a preguntar por la madre, ella entró, completamente vestida, se sentó a mi lado, y se comió un pedazo de bistec para el desayuno. Yo nunca antes había presenciado un cambio semejante en una mujer. Con Dios no hay nada imposible. Hubo regocijo en ese hogar y en esa región. La Palabra de Dios es veraz (Santiago 5:13-16).

Como dos años después que hube visitado al hombre en la cárcel de Jefferson, Indiana, cuando los había dejado a él y al carcelero abrazados como padre e hijo, volví allá. El carcelero dijo: “Señor Hall, quiero llevarlo por un recorrido de la prisión”, y después de haber visitado todos los puntos de interés, entramos a un taller de sastrería, y el director carcelario hizo señas al encargado, que vestía ropa particular (*es decir, no estaba uniformado*). Cuando él se acercó, el carcelero me preguntó: --¿Conoce usted a este hombre? Yo dije: --No recuerdo haberlo visto anteriormente. Él dijo: “Éste es el hombre al cual usted sacó de la celda oscura. Se ha conducido bien, y lo he promovido a esta posición. Se le ha restaurado todo su tiempo (*de buena conducta*) y espero verlo en libertad.” ¡Oh, vale la pena servir al Señor! Dios no retendrá ningún bien de los que andan en integridad. La obediencia a su Palabra traerá las bendiciones.

Mi esposa y yo fuimos a Detroit, Michigan, y pasamos el invierno allá. Mientras estábamos allí, Billy Sunday realizaba sus grandes reuniones. Después de esos cultos, varios ministros salieron tratando de imitar a Sunday. Un hombre grande llamado Buck fue a Flint, Michigan, e hizo arreglos con cinco de los principales ministros para realizar cultos

unidos en la iglesia metodista. Buck eligió a sus ayudantes, se fue a Flint, y se hospedó en el hotel más importante de la localidad. Empezó a hacer cosas que había visto hacer a Sunday, y todos se fastidieron de él y todo el asunto fue un rotundo fracaso. El domingo por la noche en el cual se suponía que él predicaría a mujeres, jovencitas y niñas solamente, enviaron a un predicador a Detroit; querían saber si yo estaría dispuesto a ir allá para hablarles a los varones adultos, jóvenes y niños esa misma noche. Yo fui, y la armería (*el lugar donde se realizó el culto*) estaba completamente llena de gente, y se me dijo que tuvieron que dejar por fuera a ciento cincuenta personas porque ya no cabía más nadie. Me dieron un puesto sobre la gran plataforma, detrás de una mesa. Los cinco ministros estaban sentados cerca del piano, consultando entre sí.

Un hombre grande de nacionalidad escocesa, pastor metodista, se me acercó, y me preguntó: --¿Quién financia sus viajes, Sr. Hall? Yo le dije: --Estoy bajo los auspicios del Espíritu Santo de Dios. Él dijo: --Sí, yo sé, pero ¿cómo cubre sus gastos? Yo le dije: --No se preocupe por eso. Mi sostén viene únicamente de ofrendas voluntarias. No deseo que se recojan ofrendas para mí. Dios suple todas mis necesidades. Él dijo: --Cuánto me alegro. Este Buck es un fracaso, y nos ha endeudado por más de \$400⁰⁰, y teníamos la esperanza de recaudar esos fondos aquí esta noche.

Él volvió a su puesto, y todos esos ministros me sonrieron. Le dijeron a la audiencia de hombres, jóvenes y niños el problema en el cual Buck los había metido, y les pidieron ayuda. Así que entonaron una canción, y recogieron una ofrenda, pero no recaudaron la cantidad que querían. Así que

dijeron: “Vamos a recoger otra ofrenda”, y realmente les rogaron a los presentes que los ayudasen. El escocés les dijo que ya él había dado hasta el último real que podía dar, y les suplicó que los auxiliaran. Nuevamente dieron sus reales y sus monedas de diez centésimos, como se les había enseñado.

Cuando el ministro escocés iba a presentarme a la audiencia, dijo: “Aquí hay un vaquero del oeste de Tejas que tiene algún tipo de experiencia que le anda contando a la gente—Sr. Hall.” Bien, comencé a hablar, y compartí como por dos horas bajo la unción del Espíritu Santo de Dios, y estaban llorando por todos lados, pañuelos afuera, secándose las lágrimas. El pastor metodista volvió a la mesa, se armó de valor, y finalmente dijo: “Tengo entendido que este hombre recibe todo su sostén de ofrendas voluntarias solamente, y quiero tener el privilegio de ser el primero en aportar.” Volteó mi sombrero Stetson, un sombrero grande, sobre la mesa, sacó dos billetes, uno de cinco y el otro de \$1^{oo}, y tiró el billete de cinco dólares dentro de mi sombrero, y dijo: “Todos los que deseen dividendos de la obra de este hombre, vengan y depositen en este sombrero.” Bueno, empezaron a venir por todos los pasillos, y llenaron mi sombrero con billetes de uno, cinco y diez dólares, y parte cayó sobre la mesa por lo repleto que estaba. ¡Gloria a Dios! Él nunca ha fallado. Esto me ha ocurrido en más de una ocasión.

Volví a Detroit, y enviaron a un hombre a verme; querían saber si yo estaría dispuesto a volver el próximo domingo por la noche. Sus esposas y sus hijas querían oirme. Prometí que iría, y así lo hice. Cuando llegué, dijeron: “Hall, estuviste a punto de convertir a nuestros predicadores y a los hombres más malvados de este lugar. Hombres que rehusaban ir a la

iglesia han estado en los establos, campos y bosques buscando al Señor.” Dije: Denle toda la gloria a Dios y oren por los predicadores.”

Cuando llegué a Flint, Buck se encontró conmigo y me dijo que deseaba que sostuviésemos una conversación. Caminamos cuatro cuadras. Dijo: “Yo jamás permito a otro hombre hablar en mis reuniones. Nunca te mandé a buscar, y quiero que te subas al primer vehículo disponible y te regreses adonde estabas.” Le dije que yo no quería hablar a menos que fuese con la dulce aprobación de Dios, y que los ministros me habían mandado a buscar. Cuando regresamos al hotel, los cinco ministros estaban de pie a un costado del mismo. Me dirigí hacia ellos y les hice saber lo que Buck me había dicho.

Ellos respondieron: “Sr. Hall, estas son nuestras reuniones, y si alguien ha de irse, que sea Buck. Nos agradecería que así lo hiciera.” Todos entramos al templo y me llevaron a la plataforma. Buck se me acercó y le pedí que acortara los preliminares al mínimo y me diese la mayor cantidad de tiempo posible. Tomó media hora para “presentarme”. Dijo que yo venía de Tejas, y que tenía algún tipo de experiencia que contar. Entonces procedió a hablarles de cuán maravilloso era él. Él había pastoreado una de las iglesias presbiterianas más grandes del estado de Illinois durante doce años. Continuó diciéndoles todas las cosas maravillosas que él había hecho, y dijo que toda la gente buena por todo ese territorio había mandado a ampliar la fotografía de él, y que la tenían colgada en sus salas. Cuando se sentó, me miró y dijo: “Sr. Hall.”

Hablé durante una hora y media, y el Señor bendijo en ese culto. Cuando terminé, él dio un salto, y dijo: “Pueden

considerarse despedidos” (*es decir, ya pueden irse*). Dos de los predicadores, con sombreros en sus manos, se dirigieron a la entrada amplia, y la gente me dio una buena ofrenda. Muchos de ellos me estrecharon las manos y depositaron sus ofrendas en ellas.

Pasé la noche allí. Al día siguiente me dijeron que al pastor de la iglesia metodista se le había torcido el tobillo y no podía caminar. Me sentí impresionado de ir a verlo. Lo encontré con unas muletas y con el pie vendado. Lo tenía alzado sobre una silla, y estaba terriblemente hinchado. Le dije que el Señor había vertido su sangre tanto para el cuerpo como para el alma, y que en respuesta a una oración sencilla de fe, el Señor podía remover el dolor y la hinchazón. Proseguí diciéndole las cosas maravillosas que el Señor había hecho por mí, cómo me había sanado muchas veces, antes que yo supiese que había otros confiando en él para su sanidad. Él dijo: “Oh, el tobillo se me va a componer, pero una de mis mejores miembros está postrada en cama, al borde de la muerte. ¿Estaría usted dispuesto a ir a orar por ella?”

Le dije que lo haría. Le dijo a su asistente que acercara el vehículo a la puerta de enfrente, y con las muletas se las arregló para entrar al carro. Viajamos unas cuantas cuadras, y nos detuvimos delante de una casa de dos pisos. Ella estaba en el piso de arriba, y él, con sus muletas, se las arregló para subir las escaleras. Ahí yacía una mujer muy enferma, madre de dos niñas pequeñas, con su hermana. El pastor me detuvo, y dijo: “El esposo de ella es el médico más importante de esta localidad, y quiero llamarlo.”

El doctor subió. El pastor metodista me presentó, y entré a la habitación de la enferma, la ungué con aceite, impuse mis

manos, reprendí la aflicción en el nombre de Jesús y le ordené que dejase a la mujer (lea Marcos 5:25-34 y Santiago 5:13-16). El Señor envió su virtud sanadora a través de ella. La fiebre desapareció y ella dijo: “Estoy sana.” Les dije que le dieran a Dios toda la gloria y la alabanza.

Me fui para el centro (“*la Central*”), a fin de prepararme para regresar a Detroit. Mientras me preparaba, el pastor me mandó a buscar. Dijo: “El doctor tiene una casita de campo muy bonita al pie de los lagos, y él y su familia desean que usted vaya con ellos a pasar unos días por allá.” Subí al carro con el doctor, su esposa y sus dos hijitas. El doctor había conseguido un enrollado de bistec, un pollo compuesto, y muchas otras cosas buenas para comer. Salimos la misma tarde de la mañana en la cual su esposa había sido sanada. Ella cocinó, y verdaderamente la pasamos bien. Pasé dos días y noches con ellos. Muchas veces he deseado volver a Flint, Michigan. Me agradaría mucho volver a ver a esas buenas personas.

Mi “pequeña esposa” (*como una expresión de cariño para referirse a su esposa*) me ha dicho muchas veces: “Si el Señor te da algo, tú das la vuelta de una vez y se lo das a otro.” Bueno, ¿qué dice la Palabra?: “Es más bienaventurado dar que recibir.” La Palabra nos dice que nuestras limosnas y nuestras ofrendas están registradas en los cielos. Usted puede quedarse con todo el mundo y con sus supuestos placeres, pero déme a Cristo. Hay un solo hogar para mí, y ése es el hogar del alma. Todos mis tesoros están allá arriba. Yo le digo que si yo tomase lo que Dios me da para usarlo en mi propia forma egoísta, Dios detendría la avenida de esas provisiones. “Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias.

El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él. Temed a Jehová, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen.” (Salmos 34:6-9).

CAPÍTULO VIII

Después de haber pasado el invierno en Detroit, el Señor me mostró claramente que Él quería que yo llevase este evangelio de la luz de la tarde en toda su pureza al estado de Nueva York, y que visitase todas las prisiones que pudiese, y que diera mi experiencia a los hijos e hijas de papá y de mamá que estaban tras las rejas. Vino la impresión: “Toma el tren hacia Búfalo el martes en la mañana.” Yo dije: “Amén, Señor.” Yo había oído que cuando uno viaja a la ciudad de Nueva York, no debe llevar equipaje, pues es más costoso movilizar el equipaje de un lugar a otro que lo que cuesta moverse uno mismo. Mi esposa tenía un baúl grande y una maleta. Yo tenía un baúl de camarote, una maleta grande y un maletín de cuero. Persuadí a mi esposa para que metiese su maleta dentro de su baúl, y que ambos pusiésemos sólo lo necesario en mi maleta. Yo cargaría mi maleta y ella mi maletín, y dejaríamos ambos baúles en Detroit. La A.C.J. (Asociación Cristiana de Jóvenes—Y.M.C.A.) había sido mi cuartel de operaciones, por así decirlo, durante todo el invierno. Teníamos una habitación pequeña en la planta baja de uno de los mejores hoteles. Era un cuarto lateral, con calefacción--cómodo, pero más económico. Comíamos en los diferentes restaurantes, y en

muchas ocasiones nos invitaron a comer en algunas de la mejores casas de Detroit.

Fui a ver al Dr. A. C. Studer, el secretario general del “Y” (*abreviatura de la Asociación Cristiana de Jóvenes*)--uno de los mejores hombres que he conocido en toda mi vida, y le dije que estaríamos partiendo para ir al estado de Nueva York, y que yo deseaba guardar nuestros baúles en el depósito de equipaje, que se encontraba en el desván. Él dijo: “Sr. Hall, anote claramente su nombre y dirección en los baúles, y no importa adónde usted vaya, ni en qué país se encuentre, cuando usted los necesite, avíseme, y se los enviaremos prepagado.” Dios aún está bendiciendo a este hombre. Recibí una carta de él una cuantas semanas atrás.

Mi pequeña esposa me preguntó cuánto dinero tenía. Le dije que como \$1.50. Me dijo: “Se ve que ahora mismo vamos para Nueva York” (*dando a entender que no había dinero con qué pagar semejante viaje*). Yo le dije: “Me es necesario estar en los negocios de mi Padre. ¿Acaso me ha fallado alguna vez?” Esto ocurrió el viernes, y yo había prometido ir a hablar esa noche en una antigua misión. Los hombres de negocios de Detroit habían organizado un Club de Billy Sunday de quinientos miembros. Uno de ellos tenía que morir o mudarse lejos antes que otro pudiese unirse al club. Me enviaron a decir que tendrían una reunión grande esa noche, y les estarían dando cinco minutos a tres oradores distintos para hablar, y deseaban que yo estuviese allí. Les dije que no podría ir, porque ya había prometido hablar en la misión. Insistieron, diciendo: “Sr. Hall, usted tiene que venir.”

Finalmente, les dije que iría a hablar en la misión, y que cuando estuviesen listos para mi participación, enviasen un

carro a recogerme al frente de la misión, y que entonces yo pediría permiso e iría con ellos. Cuando hube hablado como por unos cuarenta y cinco minutos, ellos llegaron. Le hice una seña al capellán, y salí con ellos. Me introdujeron por la parte de atrás al lugar de reunión, y ocupé mi puesto sobre la plataforma. Hubo tres o cuatro que hablaron, y mientras lo hacían, alguien les tomaba el tiempo con un reloj, y cuando pasaban los cinco minutos, la persona levantaba su dedo índice, y el orador se sentaba. Me llamaron y dijeron: “Queremos saber por qué usted está en esta obra, y cómo la está realizando.” Yo sabía que no podía decir mucho en cinco minutos, así que cuando percibí que los cinco minutos habían pasado, me detuve y los miré, y ellos dijeron: “Continúe, Sr. Hall.” Bueno, hablé durante unos veinte minutos y me senté. Dos o tres personas vinieron y me estrecharon las manos sobre la plataforma. Fue una reunión especial. Cada miembro había traído a un amigo, y el lugar estaba repleto. Entró un montón de muchachos vestidos de blanco, y recorrieron cada pasillo repartiendo emparedados, que estaban deliciosos. Después salieron con bloques de helado, que estaban igualmente deliciosos. Entonces salieron con cajas de cigarros. Dios me había salvado del hábito del tabaco. Noté una luz que indicaba una salida a un lado de la plataforma, así que salí.

Cuando llegué a mi habitación, mi pequeña esposa preguntó: “Te dieron algún dinero?” Yo dije: --No. Ella dijo nuevamente: --Se ve que ahora mismo vamos para Nueva York. Yo le dije: --Por favor, no murmures, ni te quejes, ni critiques; el buen Señor me mostró claramente que quería que fuésemos, y ni siquiera me he puesto a pensar en cómo lo hemos de realizar. Mi confianza está en el Dios viviente.

El lunes en la mañana, el mismo club me mandó a buscar. Fui a una pequeña oficina que ellos tenían. El secretario-tesorero me dijo: “Sr. Hall, los miembros de esta organización aportaron un dólar cada uno, y aquí tiene \$500⁰⁰ para que lleve el evangelio al estado de Nueva York.” Bueno, ¡Gloria a Dios! Sí, puedo confiar en Él. Lea y entienda lo que la palabra de Dios dice acerca de un asalariado: “Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen.” (Juan 10:12-14).

La mañana siguiente mi esposa y yo fuimos a la Gran Estación Central, y compramos nuestros boletos para ir a Búfalo, Nueva York. Cuando llegamos a Búfalo, nos enteramos de que recientemente habían terminado de levantar un tabernáculo grande para Billy Sunday, y que sus cultos recién habían comenzado. Comencé a hablar en todo lugar donde se me abriera un camino. Deseaban saber si yo estaría dispuesto a hablar en la Primera Iglesia Bautista el domingo en la noche a los hombres y muchachos solamente, la misma noche en la cual Billy Sunday estaría hablándoles a las mujeres y a las muchachas en el tabernáculo. Les dije que lo haría. Dijeron: “Haremos que Sunday anuncie la reunión.”

Sunday, al igual que Buck de Michigan, tenía una regla de que él no anunciaría la reunión de ningún otro hombre en sus reuniones. “Bueno--dijeron ellos--nosotros construimos el tabernáculo, y nos vamos a asegurar de que él anuncie el culto en el cual usted va a hablar.”

Fueron adonde él estaba. Cuando se reunieron con él, esta vez él quedó acorralado, y su única escapatoria consistió en decir: “Ustedes díganle a Hall que yo quiero verlo.” Cuando hubo terminado aquella noche (todas las noches, después que él terminaba, lo llevaban rápidamente por un pequeño corredor a un baño, donde lo frotaban con alcohol como si fuese un caballo de carreras), me dirigí al frente, y el sobrino de la Sra. Sunday dijo: “Ahí viene Hall.” La Sra. Sunday me tomó del brazo y me condujo hacia el baño, y cuando ella habló, él dijo: “Entren.” Cuando entramos, él estaba allí parado desnudo, sosteniendo una toalla delante de sí. Dijo: “Bill el Grande, ¿estás dispuesto a dejar que yo anuncie el culto a mi manera?” Yo dije: “Sí, Señor.” Él dijo: “Eso es todo.”

Él siempre tenía a Rodeheaver para hacer los anuncios, y cuando estaban listos para que Sunday comenzara, solía salir corriendo a la plataforma con un pañuelo en la boca, sacudiendo la cabeza como un perro, o si no salía corriendo a la plataforma, ponía un pie en el espaldar de una silla y se trepaba al púlpito, donde se quitaba el saco y lo tiraba en una dirección, después se quitaba el chaleco y lo tiraba en otra dirección, y después se quitaba la corbata, y la tiraba también en otra dirección. Entonces saltaba del púlpito, corría a través de la plataforma, se caía y gritaba: “Quieto.” Pero durante las dos siguientes noches, él salió tranquilamente, y dijo: “Madres, hermanas, esposas, hijas y noviecitas, el domingo por la noche estaré hablándoles a las señoras y a las muchachas solamente. Quiero que cada una de ustedes traiga a sus padres, esposos, hermanos, a los muchachos, y a sus novios. Ellos las dejarán a ustedes aquí, e irán dos cuadras más adelante a la Primera Iglesia Bautista, donde el gran Bill Hall de Tejas les estará hablando a los hombres y a los

muchachos solamente. Nunca lo he escuchado, pero se me dice que tiene un mensaje maravilloso, y no serán defraudados. Rodeheaver estará dirigiendo las canciones aquí y el Dr. Ward dirigirá las canciones para Hall.” Lo anunció de la misma manera la noche siguiente. Todos los ayudantes de Sunday que eran del sexo masculino vinieron a escucharme. El templo, el balcón y los pasillos estaban repletos, y de igual manera estaba la parte de afuera, hasta donde yo alcanzaba a ver. Hablé durante más de dos horas por la unción del Espíritu Santo de Dios, presentándoles este evangelio de la luz del atardecer en toda su pureza y belleza. Muchos dijeron: “Este es un culto que jamás se olvidará.”

Salimos de Búfalo, y visitamos muchas prisiones, hasta que finalmente llegamos a Albany, la capital del estado. Allí nos embarcamos para ir por el río Hudson a la Ciudad de Nueva York, que cubre cuatro condados, y, según se dice, tiene más gente que cuatro estados del oeste de los Estados Unidos (*en ese entonces*). Pasamos tres meses y medio allí, y no pudimos atender todas las llamadas. Hablé en los templos grandes de la ciudad de Nueva York, y nunca me quedé sin hablarles de la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento, y de que el evangelio de la luz del atardecer brilla tal como lo hizo en la mañana de este día del evangelio. Nunca encontré un recinto en el cual cupiese toda la gente que iba a escuchar. Se me pidió que hablase en la Misión de la calle 8ª, y quedó repleta. Dios bendijo maravillosamente, y supe después que no había más que obreros del evangelio de ese distrito presentes en esa ocasión.

Recibí una llamada de Trenton, Nueva Jersey. La persona deseaba saber si yo estaría dispuesto a ir allá y estar con ellos

durante el fin de semana. Habían hecho arreglos para que yo hablase durante dos horas, desde las diez de la mañana hasta las doce del mediodía, en la prisión estatal. Dije: “Sí, iré; y ¿puedo llevar a Lady Hall también?” Ellos dijeron: “Sí; no sabíamos que había una Sra. de Hall.” Dijeron que nos encontraríamos la siguiente tarde. Mi esposa me había dado a entender que había una cosa que ella no iba a hacer--y ésta era, pasar por debajo del río Hudson a través de un tubo, en un tren, setenta y cinco pies por debajo del agua. Le dije a mi esposa: “Recibí una llamada para ir a Trenton, Nueva Jersey, y pasar el fin de semana allá. ¿Te gustaría ir?” Dijo que sí le gustaría.

Abordamos el ferrocarril subterráneo y nos dirigimos a la Gran Estación Central. Compré nuestros boletos, y subimos al tren que iba hacia Trenton. El tren salió de la estación, y fue justamente por debajo del río Hudson a través de un tubo. Se sentía mucha humedad en el coche en que viajábamos, y mi esposa “se desplomó” en el asiento. Cuando íbamos como a mitad de camino, el tren pasó por debajo de una luz. Mi esposa se levantó y dijo: “No sabes, si el agua se mete, nos ahogamos como ratas,” y “zip”—quedamos a oscuras de nuevo. Bueno, cuando el tren salió al otro lado, mi esposa protestó enérgicamente, y me dio a entender que jamás volvería a pasar por ese túnel. (Al regreso, tuvimos que bajarnos del tren, y cruzar el río embarcados.)

Nos recogieron en la estación de tren; nos llevaron al mejor hotel, y nos alojaron en una “suite” de tres habitaciones. Salimos a cenar, y al volver nos sentamos en unos sillones muy cómodos. Las calles estaban bellamente iluminadas, y le dije a mi esposa: “Vayamos a conocer la ciudad.” Ella me

dijo: “Tú puedes ir si quieres, pero yo estoy más feliz aquí de lo que he estado en un largo tiempo.” Salí y subí por la calle. Después de haber caminado unas dos cuadras, sentí dirección de girar por una bocacalle. Caminé media cuadra, y llegué a una misión grande, que estaba llena hasta la mitad. Eran entonces las nueve de la noche. Entré y me senté detrás del resto de las personas que estaban allí. Apenas me hube sentado, una mujer que estaba hablando en el frente dijo: “Pase aquí adelante, hermano Hall. Precisamente le estaba hablando a esta gente acerca de usted.” Pasé al frente, y hablé durante unos cuarenta y cinco minutos. Ella me había escuchado en la Misión de la calle 8^a en la Ciudad de Nueva York. Volví al hotel, y obtuve un buen descanso. A las nueve de la mañana del día siguiente, sonó el teléfono, y el Sr. H. M. Voorhees dijo: “Espérennos en el frente. Mi esposa y yo queremos mostrarles algunos puntos interesantes de nuestra ciudad antes de ir a la cárcel.” Nos recogieron, y fuimos con ellos, y a las diez de la mañana llegamos a la antigua prisión. Entramos, y había cientos de presos sentados, y cuatro o cinco amigos del Sr. Voorhees. Hablé durante más de dos horas, y muchos de los oyentes quedaron llorando por todas partes. Fue una reunión inolvidable.

Volvimos al hotel, y el Sr. Voorhees y su esposa se fueron a casa. Entonces, como a las tres de la tarde, volvió a sonar el teléfono, y el Sr. Voorhees dijo: “He hecho arreglos para que usted les hable a cuatrocientos presos en la prisión del condado. ¿Vendrá usted a hacerlo?” Dije que lo haría. Fuimos a la cárcel, y hablé durante una hora. Volví al hotel, cené, y a las siete de la noche el teléfono volvió a sonar. El Sr. Voorhees dijo: “Espérennos a mi esposa y a mí en el frente.” Nos condujo a la iglesia presbiteriana, donde habían

anunciado que yo estaría hablando esa noche. Él me dejó a cargo de su pastor, y nuestras esposas, junto con los dos hijos de los Voorhees, entraron al templo.

La gente no paraba de entrar, y el pastor “se excitó” en gran manera. Se me acercó, y preguntó: --¿Cuánto tiempo toma contar su historia?-- Yo le respondí: --Una hora, y a veces, dos horas.--Él dijo: --Imposible; usted no puede hablarle a mi congregación por más de media hora.

Yo le dije: --En media hora apenas estoy comenzando.

Él dijo: --No más de cuarenta y cinco minutos. Tengo una congregación muy adinerada, y ellos no van a soportar más allá de eso.

Yo comencé a orar, y cuando vi que el Sr. Voorhees estaba mirando hacia donde yo estaba, le hice una seña para que se acercara. Le dije lo que el pastor había dicho.

El Sr. Voorhees dijo: “Esta reunión corre por mi cuenta. No le preste atención a él. Usted deje que el Señor lo utilice libremente.”

La gente seguía entrando. Llenaron el templo; se pararon contra las paredes por todo el derredor, y tan lejos como yo alcanzaba a ver hacia afuera. Salió un artículo en el periódico matutino; y decía que el enorme templo de ladrillo tenía treinta años, y que esta era, a saber, la primera vez que se había llenado. El Señor me bendijo de una manera maravillosa, y hablé durante dos horas. La gente dijo que les pareció que no habían sido más de cuarenta y cinco minutos. El pastor los despidió. El Sr. Voorhees se dirigió a una mesa en el frente, y dijo: “No se ha dicho una sola palabra acerca de dinero; pero tengo entendido que este hombre solamente

acepta ofrendas voluntarias--y volteó mi sombrero sobre la mesa, tiró un billete de diez dólares dentro de él, y añadió-- todos los que deseen intereses de la obra de este hombre, vengan y depositen en su sombrero.” Como la mitad de la congregación salió por la parte de enfrente. Los demás vinieron y llenaron mi sombrero hasta el tope con billetes de uno, cinco y diez dólares, monedas de veinticinco y de cincuenta centésimos, tanto así que se desbordó, y parte cayó sobre la mesa.

Nos quedamos allí conversando hasta cuando prácticamente todos hubieron salido. El Sr. Voorhees dijo: “Ahí está su ofrenda voluntaria, Sr. Hall.” El pastor corrió hacia la mesa, como si quisiese contar el dinero. Yo metí mi mano en el sombrero, y empecé a poner el dinero dentro de mi bolsillo, y dije: “Oh, el Señor ya sabe todo al respecto.”

Regresamos al hotel, y a la mañana siguiente comenzamos a hacer nuestras maletas, preparándonos par volver a Nueva York. El teléfono sonó, y el Señor Voorhees dijo: “Los hombres de negocios de la ciudad desean escucharlo. ¿No podría usted hablarles de doce a una en la A. C. J. (“Y. M. C. A.”—*Asociación Cristiana de Jóvenes*)?” Le dije: “Sí, señor.” Fui allá, y hablé como por una hora, y al estrecharme las manos, ellos me dieron algo más de treinta dólares. Sí, Dios se encarga de cuidar a los suyos. ¡Gloria sea a Él!

CAPÍTULO IX

Regresé al hotel, y nuevamente nos preparábamos para volver a la Ciudad de Nueva York. El teléfono volvió a sonar, y dijeron: “Hemos hecho arreglos para que usted les hable a veinte mil soldados acá afuera en el campamento. Salen mañana hacia Francia. ¿Vendrá usted?” Dije: “Sí.” Esa noche, tres parejas y yo fuimos al campamento de los soldados. Tenían el lugar iluminado, y se veía como si fuese de día. Tenían tres cajas—una grande, una pequeña junto a ella, y una mediana encima de la grande. Me subí encima de esas cajas, que estaban en el centro del campamento, y hablé durante dos horas. Me volvieron a llamar. Volví a hablar, y me llamaron por tercera vez, y una vez más los insté a entregar sus corazones a Dios y a ir confiando en Dios. Cada uno de ellos era el hijo de alguna madre. “Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová.” (Salmos 40:1-3).

Al día siguiente, después de haber hecho nuestras maletas, me dirigí al mostrador, y la persona encargada alzó sus manos y dijo: “Todas las cuentas ya están pagas.” “¡Gloria a Dios!” Si el buen Señor así lo quiere, espero hacerles otra visita en un futuro cercano. Trenton, Nueva Jersey, es una ciudad maravillosa, llena de gente maravillosa, y ellos, al igual que toda la gente buena, aman la verdad y admiran a un hombre que esté dispuesto a predicar la Palabra de Dios.

Retornamos a la Ciudad de Nueva York, donde tenía compromiso para predicar en el templo más grande de Brooklyn. Hablé bajo la unción del Espíritu Santo de Dios durante dos horas. Dios bendijo maravillosamente en ese culto. Una pareja muy adinerada bajó a lo largo del pasillo, y la señora me estrechó la mano. Sostuvo mi mano, y dijo: “Oh, hno. Hall, usted tan sólo tuvo suficiente sencillez para tomar a Dios por su Palabra y creerla.” Yo le dije: “Sí, y me alegro de haberlo hecho.” Ella dijo: “Un hombre que realiza la obra que usted está llevando a cabo debería estarse hospedando en los mejores hoteles, viajando en coches Pullman, y movilizándose como todo un caballero. Si usted se hace miembro de nuestra iglesia, nosotros financiaremos su trabajo.”

Le dije: “Aprecio mucho su interés; pero ¿sabía usted que si la Palabra, la sangre y el Espíritu de Dios me hacen libre, soy libre en verdad? Soy tan libre como los pajarillos que vuelan de aquí para allá, tan libre como el aire que respiramos. Y si Dios me impresiona para que vaya a los barrios bajos a llevar un mensaje, puedo decir: ‘Amén, Señor.’ Pero de unirme a su iglesia, en un momentito “sus grandes” me estarían indicando qué predicar y adónde ir. Oh, no; eso sería esclavitud. Sólo opero bajo los auspicios del Espíritu Santo de Dios, y si el Espíritu me hace libre, soy verdaderamente libre.”

Poco después de esto, yo estaba en unos cultos con el hno. Riggle en Oklahoma City. Hablé el domingo en la noche, y Dios nos dio un buen culto. El Señor me impresionó a llevar un mensaje a las prisiones de Kansas. Me detuve en Venita, Oklahoma, donde John Harmon estaba realizando cultos. El pequeño templo no estaba lleno ni siquiera hasta la mitad.

John Harmon presidía la Junta Estatal de Ministros—un trabajo que el Señor no le había dado. Tuvo que ausentarse durante tres días, porque lo llamaron a lidiar una situación con unos supuestos predicadores corruptos. El pastor anunció que yo estaría predicando, y durante tres noches, la gente que vino a escucharme no cabía en el templo y en el patio. Harmon regresó y tomó el púlpito, y la audiencia volvió a la cantidad que tenía originalmente. Esa noche el pastor, Harmon y yo fuimos a orar por una hermana enferma, y el Señor la sanó. Llegamos a la casa del pastor a las once de la noche, y yo dije: “Parto hacia Kansas City en el tren de las tres de la mañana.” El pastor dijo que si yo me quedaba una noche más, él recogería una ofrenda para mí. Yo le dije que el Señor se encargaría de mí. Justo antes de marcharme, él me dio diez dólares y su hijastro me dio cinco.

El tren entraba en Kansas City justo al amanecer; el Espíritu me dijo, tan claramente como se lo dijo a Pablo: “No temas, yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.” Yo dije: “Amén, Señor.” Había planeado quedarme tan sólo por unos cuantos días. Visité la prisión estatal, la prisión de los Estados Unidos, y la cárcel de mujeres, cuando se abrió el camino, y comencé a hablar en los templos grandes. No pude asistir a todos los lugares adonde se me llamó. Me volvieron a llamar por segunda vez para que hablase en la prisión estatal. Dios bendijo de manera maravillosa en todas estas reuniones.

Salí a lo que solía ser la escuela que el hermano Peterson había construido, pero al llegar allí me di cuenta que el enorme edificio había sido vendido a dos hermanas, que lo habían convertido en una casa de huéspedes. Les dije que deseaba una habitación; dijeron que lo sentían mucho, que el

lugar estaba lleno. Les dije que estaba muy cansado, que había estado en movimiento día y noche, y que todo lo que quería era un lugar donde acostarme a descansar. Dijeron: “Tenemos una cama, una luz, y una silla en el desván; si así lo desea, puede utilizarlas.” Subí y obtuve un buen descanso. Bajé a la mañana siguiente y les pregunté cuánto les debía. Dijeron: “Cincuenta centavos.” Los pagué, y salí a realizar mi jornada. Regresé esa noche, y les dije que me gustaría volver a usar mi cama. Ellas dijeron: “Muy bien.” Pasé otra noche allí, y me dije a mí mismo: “Esto es mejor que lo que tuvo mi Salvador; Dios es amor.”

A la mañana siguiente, bajé y noté una mesa larga que iba de un extremo del edificio al otro, y los hombres y los muchachos se acababan de sentar a desayunar. Sólo había un puesto vacío, a un extremo de la mesa. Me dirigí a ese puesto, y dije: “Muchachos, antes de comer pidamos la bendición de Dios para con nosotros durante este día.” Se habría podido oír la caída de un alfiler. Todos sus ojos estaban sobre mí mientras yo pedía las más ricas bendiciones de Dios para con nosotros, que nos protegiese durante el día, supliese nuestras necesidades, y nos permitiese ser de bendición a alguien. Todos disfrutamos del desayuno, y cuando hubimos terminado, le pregunté a la dueña: “¿Cuánto debo?” Ella respondió: “No nos debe nada. Nosotros lo necesitamos aquí. Puede hacer de este su hogar.”

Desayunaba y cenaba allí, y dormía allí, a menos que tuviese compromiso para hablar en algún lugar. Después de haber estado ahí por unos cuantos días, vi que metieron una cama, un gavetero, y algunas otras cosas, en la oficina. Cuando hubieron terminado, dijeron: “Hermano Hall, suba a buscar su

maleta y el resto de sus cosas; esto es suyo, múdese para acá.” Bueno, ¡gloria a Dios! Pasé tres meses en ese sitio, y ¡oh, lo bien que me trataron! Si yo iba a predicar a cierta distancia, llamaban al mozo para que me llevase en el carro.

La Iglesia de Dios en calles 11ª y Toping quedaba a sólo dos cuadras; G. T. Neal era el pastor. Cuando no estaba comprometido, me congregaba allí. Había cinco o seis ministros ordenados en Kansas City que también asistían allí.

Sentí la dirección de encaminarme hacia el “Camp Meeting” en Anderson, Indiana, y el viernes hice mi maleta, preparándome para salir. Esa tarde el hermano Neal vino en su vehículo adonde me hospedaba, y sonó la bocina. Salí, y él me dijo: “Hermano Hall, mi padre anciano vive allá en Kansas, y ha estado ciego los últimos doce años. Mi esposa y yo quisiéramos pasar el fin de semana con ellos. Deseaba que usted me reemplazara durante mi ausencia.” Yo dije: “¡Oh, hermano Neal! ¿Por qué buscarme a mí? Aquí hay varios ministros de la Iglesia de Dios que están mejor calificados que yo, y ya hice mi maleta, y estoy listo para partir.” Él me señaló con su dedo, y dijo: “Dios me mostró que lo buscase a usted.” Era viernes por la tarde, y yo dije: “Hermano, ore por mí.” Él dijo: “Lo haré.”

Volví a entrar en la oficina, y no comí ni bebí absolutamente nada hasta que hube entregado el último mensaje el domingo por la noche. Pasé al púlpito el domingo en la mañana, y Dios habló a través de esta casa de barro (*mi persona*). Dios nos dio un culto maravilloso. Esa noche el templo estaba lleno, y Dios me dio una doble porción de su gran amor y de su Espíritu, y hablé durante dos horas. Toda la congregación se

conmovió en gran manera, y el poder de Dios se percibió en nuestro medio. Les dije que le diesen a Dios toda la gloria.

Los comentarios acerca de ese culto se difundieron por toda la ciudad, y el lunes, cuando el hermano Neal regresó, vino a verme, me dio un abrazo fraternal, y dijo: “Dios le bendiga, mi hermano; le voy a mostrar algo; no deje que eso le moleste. Yo sé que Dios está con usted.” Me mostró una carta escrita a máquina. La había escrito un ministro que quería dirigir los negocios de Dios en todos los Estados Unidos, y que tenía un espíritu que hubiera querido controlar el mundo entero. Le escribió al hermano Neal: “Estás cometiendo un error al dejar a Hall predicar.”

Hermanos, si rehusamos escuchar u obedecer al mundo, y no hacemos lo que dice, nos van a condenar. “Esto os mando: Que os améis unos a otros. Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.” (Juan 15:17-21).

Cuando llegué a Anderson, me enteré de que este hombre y los que le habían hecho caso habían planeado “llamarme a capítulo” (*reprenderme o disciplinarme*). Comencé a orar y dejé todo enteramente en las manos del Señor. Dios bendijo mi alma. Los hermanos E. E. Byrum, H. M. Riggles, G. T. Neal, y otros, vinieron a mi rescate y dijeron: “Déjenlo

tranquilo. Conocemos al hermano Hall y sabemos que Dios está con él. Dios le ha dado un mensaje y un espacio que llenar que nadie más puede llenar.” Me dijeron: “Hermano Hall, mantenga todo en el altar y obedezca al Señor. Dios lo está utilizando para alcanzar a las personas del mundo, a la gente que no quiere ir “a la iglesia,” con este evangelio de la luz del atardecer. El Señor está bendiciendo y está con usted.”

Sentí dirección de ir al gran estado de California para llevar este evangelio de la luz del atardecer. Pasamos tres meses y medio allí, con nuestro “centro de operaciones” en Los Ángeles. No pude atender todas las solicitudes, pero hablé en todo lugar donde se abrió el camino, y prediqué en varias series de cultos. Tenía compromiso para predicar durante dos semanas en el borde de Bakersfield, California. Pero cuando llegamos, quisieron que lo pospusiésemos para dos semanas más tarde, a fin de que sus esposos pudieran estar en los cultos también.

Como unos tres años antes, había dirigido cultos en Pryor, Oklahoma, y allí había conocido al hermano y a la hermana Seaton. Me enteré de que el hno. Charley Seaton estaba pastoreando una Iglesia de Dios en Taft, California, cuarenta millas al sur de Bakersfield. La carretera estaba pavimentada, y le dije a mi esposa: “Vamos a ir a verlos.” La hermana Seaton se alegró de vernos. El hermano Seaton había ido a una reunión de ministros, pero estaría de regreso esa noche. Tenían el templo más grande del pueblo, a sólo dos cuadras de su casa. Le pedí la llave a la hermana; entré y pasé al frente, y me puse a orar. Dios me bendijo, y me impresionó a llevar a cabo cultos allí. El pueblo tenía dos pequeñas hojas informativas a manera de periódicos. Redacté una nota para

cada una de ellas, anunciando que los cultos comenzarían la noche siguiente.

El hermano Seaton llegó a casa, me abrazó fraternalmente, y dijo: “Oh, hno. Hall, cómo quisiera que tuviésemos los cultos, pero es imposible. Sólo tenemos nueve miembros, y son todas mujeres pobres.” Yo le dije: “Usted sabe que yo no predico a cambio de dinero.” Le di los anuncios, y dije: “Llévelos al pueblo para que los publiquen.” Me volvió a abrazar, y preguntó: “¿Está hablando en serio?” La siguiente noche, el templo estaba repleto, y había muchos afuera en el patio. Dios nos bendijo.

Había cinco grupos distintos de gente que hablaba “en lenguas” en ese pueblo, y cada uno se sentaba en su grupito durante los cultos. En la tercera noche, uno de los grupos que se sentaba cerca del centro del templo comenzó a quedar bajo el poder del espíritu falso de lenguas, y empezaron a balbucear. Yo los detuve, y les dije: “Buenas personas, es en el espíritu de amor fraternal que les digo esto. Hay almas buenas y sinceras que quedan atrapadas en este engaño, pero es del diablo, y en el nombre de Jesús reprendo ese espíritu y les mando en el nombre de Jesús que se sienten y se comporten debidamente en la casa de Dios.”

Se sentaron, y yo terminé de predicar. Después de haber despedido a la congregación, un grupo salió por el frente, y uno del grupo dijo: “Ya habíamos acordado que le íbamos a dar al hno. Hall nuestros diezmos esta semana, pero ahora no lo vamos a hacer.” Aquellos a quienes yo había reprendido se acercaron, y uno de ellos me dijo: “Usted pecó contra el Espíritu Santo.” Yo les dije que todo estaría bien.

El hermano Seaton dijo: “Oh, hno. Hall, los echó a todos.” Le dije: “Podrán huir de mí, pero no pueden huir del Señor.” Cuando llegamos a casa, mi esposa apoyó al hno. Seaton, diciendo que yo había arruinado los cultos.” Yo dije: “Oremos,” y dejé todo en manos del Señor. La hermana Seaton elevó una oración que fue directo al trono del Señor, y todos nos acostamos a dormir.

La mañana siguiente, la dulce aprobación de Dios estaba sobre mí. Después de haber desayunado y de haber tenido un tiempo de oración, el hno. Seaton dijo: “Hno. Hall, ayer trajeron a una mujer que venía de Los Ángeles. Está en las últimas fases de la tuberculosis, y la han desahuciado. Las hermanas me pidieron que lo trajese a usted, y que nos encontrásemos con ellas en el templo a las 10:00 a. m. para orar por ella. Yo fui, y traté de estar de acuerdo. Después que hubieron terminado de orar, una de ellas dijo: “Vayamos a visitarla.” Ella estaba en la casa de su hermana, a unas cinco cuadras del templo. Las nueve hermanas fueron a pie, y el hno. Seaton y yo fuimos en su cupé (*coche de dos asientos*). La enferma se encontraba en una pequeña habitación lateral, y era sólo huesos y pellejo. Los mejores doctores y especialistas de California la habían desahuciado. Llevaban meses atendiéndola, y ahora habían dicho que no se podía hacer más nada. Ella estaba muy débil, y escupía todo lo que salía de sus pulmones en un frasco para conservas de un cuarto de galón (*aproximadamente un litro*). Los esputos (*lo que ella escupía*) eran amarillos, y a duras penas podíamos soportar el olor que tenían. A cada ratito le cambiaban el frasco. Le pregunté si era salva. Dijo que lo había sido, pero ahora no profesaba salvación. Leí unas cuántas escrituras y le hablé del maravilloso Salvador que tenemos, y de lo que había hecho

por mí. Le pregunté que si el Dios a quien yo servía tocaba su cuerpo enfermo y afligido y la levantaba, ¿prometería ella a Dios que lo amaría y le serviría por el resto de sus días? Mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, ella prometió que lo haría. Yo dije: “Venga, hno. Seaton.” La unguimos en el nombre de Jesús y le pedimos a Dios que matase todo germen, y les ordené (*a los gérmenes*) salir del edificio. Dios envió su virtud sanadora a través del cuerpo de ella, y ella comenzó a exclamar: “¡Estoy sana! ¡Estoy sana!” Les dije (*a los que estaban reunidos allí*) que le dieran a Dios toda la gloria y la alabanza. Cambiaron el frasco para conservas, y noté que los esputos salían claros (*es decir, ¡como la saliva de una persona sana!*). Las hermanas comenzaron a cantar, y se percibió la presencia del Señor en ese hogar. Después de un momentito, la que había estado enferma les dijo a las hermanas que le buscaran su traje, y dijo: “Voy a levantarme.” El hno. Seaton y yo salimos al comedor, y poco tiempo después, ella salió con una hermana a su izquierda y otra a su derecha, todas cantando y alabando a Dios.

“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.” (Santiago 5:14-15). Ellas se quedaron disfrutando de un tiempo feliz; el hno. y yo nos retiramos.

El hno. Seaton y yo acabábamos de entrar en su vehículo cuando la hermana de la que había estado enferma salió corriendo al porche, y dijo: “Mi hermana dijo: ‘Dile al hno. Hall que yo voy a culto esta noche’.” Yo dije: “Dígale que venga en el nombre y en la fuerza del Señor.”

La noticia se regó por todo ese pueblo de diez mil habitantes, y esa noche fueron tantas personas, que entre el templo y un gran espacio abierto que había alrededor no hubo suficiente espacio para toda la gente que asistió. Las dos hermanas llegaron temprano y se sentaron en los puestos de adelante. La que había sido sanada se puso de pie y testificó acerca de lo que Dios había hecho por ella. Estuvo allí todas las noches de culto después de esa, y decía las grandes cosas que Dios había hecho por ella.

Tres meses después, yo estaba llevando cultos en Pomona, California, y esta misma hermana estaba allí visitando a su abuela.

CAPÍTULO X

Los cultos en Taft duraron dos semanas: fue una de las mejores series de cultos en todo mi ministerio. Hubo un número de personas que se pararon firmes por la verdad. Los que “hablaban en lenguas” no pudieron mantenerse alejados. El principal entre ellos, el que “hablaba en lenguas” y balbuceaba más que todos los demás, entró al culto y dijo que si él estaba engañado, deseaba liberación. Le dije que lo íbamos a visitar a su casa. El hno. Seaton y yo impusimos manos sobre él y ordenamos los espíritus inmundos y mentirosos a salir de él en el nombre de Jesús. Dios lo libró, y él dijo: “¡Qué gran alivio, y la carga se fue!” Yo le dije: “Ahora está en su sentido cabal, y ahora puede confesar sus errores y pecados pasados y pedirle a Dios que lo perdone. Crea en su corazón que Cristo derramó su sangre para

salvarlo, y en el momento en que crea, recibirá la salvación. Es para los que creen.”

Fuimos a Bakersfield y comenzamos los cultos. Habíamos estado allí tres o cuatro noches, cuando cuatro carros llenos de gente vinieron de la congregación de Taft y testificaron de los cultos maravillosos que habían tenido allá. ¡Alaben a nuestro Dios! ¡Toda gloria y alabanza sea al Padre de todos nosotros!

Durante mi estadía en Kansas City, de la cual ya escribí--fue en el invierno, y había mucho hielo y nieve. Se me había pedido que hablase en una misión grande en la cual atendían a los marginados, a cientos de ellos (*vagabundos, personas que viven en las calles*). Después de los cultos, solían darles un plato de sopa y un pedazo de pan viejo. La gente llenaba los pasillos, y estaban de pie alrededor de las paredes. Tuvimos cultos maravillosos. Unos días más tarde, el hombre que dirigía la misión me telefoneó. Quería saber si yo estaría dispuesto a volver cierta noche a predicar allí. Prometí que lo haría.

Cuando llegué, en la plataforma grande que había detrás del púlpito estaban sentadas unas veinte parejas de personas bien vestidas. Nuevamente el lugar quedó repleto de gente, incluyendo los pasillos y alrededor de las paredes. Después que hube comenzado a hablar, noté a un hombre bien vestido abriéndose paso por el centro del edificio. Llegó como a una tercera parte de la distancia, y se detuvo. Comenzó a lamentarse y a gemir al punto que estaba ocasionando un disturbio en el culto. Un obrero del evangelio se abrió paso hasta llegar adonde él estaba, lo tomó por el brazo, lo llevó por la entrada principal, y subió con él por unas escaleras hacia el frente del edificio. Hablé durante unas dos horas, y cuando

hube terminado, los pobres hombres, jóvenes y ancianos, comenzaron a pasar al frente hasta que llenaron un altar que iba de un canto al otro del edificio.

Podía oír los gemidos y quejidos del hombre al cual habían llevado aparte. Noté una lucecita roja que indicaba una salida a un costado de la plataforma. Salí por allí y subí unas escaleras estrechas. Llegué al piso principal y logré llegar hasta la parte de adelante con la ayuda de unas luces tenues. Allí, al principio de las escaleras del frente había un recinto grande, bien iluminado. Había una alfombra en el piso y dos sillas pequeñas. El obrero del evangelio estaba sentado en una de ellas, y el pobre hombre atormentado estaba tendido en el suelo halándose los cabellos por encima del rostro, babeándose y echando espuma por la boca, gimiendo y quejándose.

Me detuve por un momento a la puerta, y el Espíritu de Dios dijo claramente: “Está poseído por espíritus inmundos.” Dije: “Venga, joven, impongámosle manos y echemos fuera los espíritus inmundos.” El obrero nunca se movió—era algo nuevo para él. Dios me dio todo el santo desnudo que necesitaba. Fui adonde estaba el poseído, le impuse mis manos, reprendí al diablo y a todo espíritu inmundo que estuviera tras de él, y en el nombre de Jesús les ordené salir del hombre y del edificio. Dios lo libró. Se sentó y comenzó a acomodarse el cabello y a limpiarse la espuma. Se puso de pie, y me agarró por los brazos, buscando ayuda.

Le dije: “Dios ha sido bueno con usted. Ahora lo ha librado, y ahora está en su sano juicio. Si se vuelve a Dios con todo su corazón, él lo salvará.” Él me agarraba los brazos, buscando su ayuda en mí. Le dije: “Yo soy un hombre igual que usted.

Quite la mirada de mí y fíjela en el Señor Jesús que está sentado a la diestra de Dios, para que Cristo interceda por usted. Confíese todo el pasado y pídale a Dios que lo perdone. Crea que Jesús sufrió en su lugar, y Dios traerá paz a su alma.” Entonces dije: “Vamos a orar.”

Nos arrodillamos ante la silla. Le pedí a Dios que lo atrajera y que lo salvase. Él volvió su rostro hinchado hacia mí (jamás olvidaré ese rostro) y dijo: “He cometido cuatro homicidios-- ¿querrá Dios perdonarme?” Yo dije: “Ayúdame, oh mi Dios.” Le dije: “Jesús dijo: ‘Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere’ (*Juan 6:44*). No importa cuál haya sido la vida pasada de un hombre en el pecado. Si usted tiene un verdadero deseo de volverse a Dios, ése es Dios atrayéndole.” En mi interior, oraba: “Señor, tú has prometido darnos palabras de sabiduría que no puedan resistir ni contradecir todos los que se opondrán” (*Lucas 21:15*).

Dios me ungió con su Espíritu, y dije: “Jovencito, Moisés era un homicida. No sólo mató a este hombre, sino que también lo escondió en la arena, y cuando se enteró de que el asunto se había sabido, huyó al desierto; pero Dios lo perdonó y le habló desde una zarza ardiente, y lo envió de vuelta para librar a los hijos de Israel de la esclavitud de Egipto. El rey David mató muchas veces.

“David era rico, tenía muchos rebaños y manadas. Se enamoró de la esposa de un hombre joven. Hizo que el jefe de su ejército enviase a este joven con otros a atacar una ciudad fortificada, y que lo colocase (al joven) donde de seguro lo matarían. Entonces mandó a buscar a la esposa joven y la tomó por esposa suya. En ese tiempo Dios le habló a sus profetas, y envió al profeta Natán adonde David con el

siguiente mensaje: ‘Había un hombre rico que tenía muchos rebaños y manadas, y había otro hombre pobre que tan sólo tenía una ovejita a la cual él quería mucho. Pero el hombre rico tomó la ovejita del hombre pobre, la degolló, y la aderezó para un viajero que lo había venido a visitar.’ El rey David dijo: ‘Ciertamente el hombre que ha hecho esto es digno de muerte.’ Natán dijo: ‘Tú eres aquel hombre’ (*2 Samuel 11 y 12*). La Palabra nos dice que David se despojó de sus vestiduras reales y se arrepintió. El gran Dios de amor y misericordia lo escuchó y lo perdonó, y dijo que David era un hombre conforme a su corazón (*Hechos 13:22*).

“Saulo era un homicida. Él guardaba las ropas de los que apedrearon a Esteban hasta matarlo. Pero Dios lo derribó y lo salvó. Dios le cambió el nombre a Pablo y lo escogió para reemplazar a Judas Iscariote, que había caído por transgresión y por incredulidad, y había negado a su Señor.

“William Hall era un homicida. Yo tomé aquello que no podía devolver, pero el gran Dios de misericordia me derribó, me perdonó, y me pasó por una de sus grandes escuelas. Me dio un mensaje para el mundo de afuera, y ahora estoy andando y hablando con Él con victoria sobre el mundo, sobre la carne y sobre el diablo. ¡Gloria sea a su nombre! El Señor Jesús derramó su sangre por sus propios asesinos, y te digo, hijo, si estás arrepentido de todos tus pecados pasados y se los confiesas a Dios con un corazón sincero, y crees que Jesús sufrió en tu lugar, basado en la autoridad de la Palabra de Dios, Él te perdonará y dará paz a tu alma. Nacerás a la iglesia y a la familia de Dios, y tu nombre será inscrito en el libro de la vida del Cordero allá en el cielo.”

Volvimos a arrodillarnos para orar. Yo presenté una oración corta, pidiéndole a Dios que lo salvara, lo atrajera, y le abriera el entendimiento espiritual de manera que pudiese ver y conocer la verdad. Yo hubiera querido que usted hubiese podido escuchar la oración de ese hombre. Seguro estoy que no estuvo de rodillas por más de dos minutos, cuando quedó de pie, con manos alzadas, su rostro resplandeciente como el de un ángel, diciendo: “¡Lo tengo! ¡Lo tengo!” Me mostró una carta que acababa de recibir de su padre. Era un hombre que viajaba mucho (debido a su trabajo), y vivía en la Ciudad de Nueva York. La carta tenía unas seis líneas escritas a máquina. Decía algo así: “Hijo, ¿qué piensas hacer, desperdiciar toda tu vida? Quiero que sepas que tu madre está orando por ti noche y día.” Fueron las oraciones de una madre las que llevaron a ese muchacho a entrar en esa misión aquella noche. ¡Oh, que haya más madres que oran! El obrero del evangelio le dio un librito que contenía el Evangelio según el Apóstol Juan.

Yo me apresuré a bajar las escaleras. Encontré aún a unos cuantos en el altar. Algunos eran recaídos, atados por Satanás. Les dije: “Si un tiempo atrás fueron salvos, recuerden que Dios aún los ama.” Susurré una oración, pidiendo sabiduría y entendimiento para lidiar con esas almas preciosas. Dije: “Espíritu Santo de Dios, hálbales a estos hombres a través de esta vasija de barro.” “¿Habían ustedes sido salvos, pero se salieron del orden de Dios, y sucumbieron? Sí, sí, sí, éste es su problema. Muchas veces han venido a Dios y lo han confesado todo, y todavía están atados. Sí. Ahora tienen que resistir al diablo. Él es un mentiroso, y padre de mentira. Acérquense a Dios, y Él se acercará a ustedes. La palabra de Dios dice: ‘Convertíos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras

rebeliones.’ Confiesen sus rebeliones y sus pecados, y Dios dice que los perdonará. El diablo dice: ‘Tú sabes que eres indigno, no estás perdonado,’ y ustedes escuchan y le creen al diablo en vez de a Dios. Oh, recaído, reprende al diablo y párate en las promesas de Dios que no pueden ser quebrantadas. Manténte bajo la sangre, créele a Dios, y Él dará paz a tu alma. Ama a Dios y guarda sus mandamientos, y tu alma tendrá paz, gozo y felicidad inefables.” Dios me ha utilizado maravillosamente para guiar a recaídos de vuelta a Él. Toda la gloria sea a Su precioso nombre.

El obrero del evangelio y el hombre que había sido salvo en el cuarto aparte habían bajado las escaleras detrás de mí, y estaban sentados en la primera banca del frente. Yo estaba ocupado tratando de ayudar a los que estaban en el altar, y no sabía que ellos estaban allí. Él saltó detrás de mí, y dijo: “Yo no sabía que eso estaba en la Biblia. Eso lo pusieron allí para mí.” Estaba leyendo el evangelio de Juan. El obrero del evangelio le había dicho al encargado de la misión que el recién convertido era un asesino. Este hombre dijo: “Bueno, tan sólo hay una cosa que él puede hacer, y ésa es ir a entregarse.”

Nuevamente dije: “Oh, Señor, necesito Su ayuda.” Dije: “A quién se va a entregar?” El encargado respondió: “A la Ley.” Yo dije: “Él no le ha hecho mal a la Ley. La Palabra de Dios dice que vayamos a aquellos a quienes hemos hecho mal. Él no le ha hecho mal a la Ley aquí. Él ya me dijo que cuando era un muchacho, le dieron \$1,000⁰⁰ para ‘quitar a un hombre del paso’, y él ‘quitó del paso’ a cuatro en total, le dieron \$1,000⁰⁰ por cada uno. Dos hombres lo llevaron en un auto hasta donde estaban los sujetos, y después de haberles

disparado, se alejaron en el auto, y él nunca supo quiénes eran.”

Yo le dije al hermano recién convertido: “Tú ama a Dios y guarda sus mandamientos. Ora en cuanto a todo este asunto, y haz cualquier cosa que el Señor te muestre que hagas.” Él respondió: “Voy a tomar el siguiente tren, y me voy derecho para donde mi madre.”

Tres meses más tarde, yo realizaba cultos en Muskogee, Oklahoma, y una noche sentí la dirección de mencionar la experiencia que había tenido con este hombre. Cuando hube terminado, un anciano levantó su mano, y yo le dije: “Adelante.” Él dijo: “Mi esposa, que está aquí a mi lado, y yo, acabamos de venir de Kansas City. Y exactamente hace una semana, estábamos en esa misión, y escuchamos a ese hombre relatar esa misma experiencia tal como usted lo acaba de hacer. Él está en esa misión haciendo obra de evangelista. Supongo que sintió dirección de volver al lugar donde encontró al Señor para ayudar a otros.”

Recuerde, querido lector, Cristo derramó su sangre por sus propios asesinos y por los pecados de todo el mundo. Eso incluye los de usted y los míos. Cristo está sentado a la diestra de Dios para interceder por nosotros, y mientras más sencillamente vengamos a Él, mejor. Estoy parado en su Palabra, bajo la sangre, sigo sus pisadas, me dirijo a Dios de todo corazón, por medio de Cristo, y Él inunda mi alma. Hay un camino verdadero de santidad que lleva de la tierra al cielo. Ninguna cosa inmunda puede entrar allí, y el que anduviere por este camino, por torpe que sea, no se extraviará. ¡Alabado sea Él! ¡Alabado sea Él! (*Isaías 35:8*).

La Palabra de Dios y Su Espíritu concuerdan, y Él no lo(a) va a dirigir a usted a creer una cosa, y a otra persona a creer algo distinto. “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.” (1 Corintios 1:10) “Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos.” (Romanos 16:17-18)

Si usted sigue al hno. Hall, y yo estoy equivocado, usted también estará equivocado(a). Si usted sigue a cierto predicador y él está perdido, usted también estará perdido(a). Pero si usted obtiene una experiencia de salvación conforme a la Biblia y sigue a Jesús, usted entrará directamente al reino de los cielos. Se nos manda a ser cuidadosos, porque hay muchos falsos profetas y falsos espíritus que engañarán, de ser posible, aun a los escogidos en estos últimos días (*Marcos 13:22*). El mundo profesante del cristianismo ha abandonado a Dios, ha negado su nombre; reinos están destruyendo a otros reinos, naciones están destruyendo naciones. Miles aquí mismo en nuestro país están siendo lanzados a la eternidad sin estar preparados para presentarse ante Dios. Lo que yo tengo, Dios me lo enseñó mientras estaba a solas con Él en su gran escuela-prisión. Y puedo decir junto con el bendito Apóstol Pablo: “Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni

lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.” (Gálatas 1:11-12). Dios es amor.

Hablé en el pasado mes de agosto de 1946, sobre las montañas Blue Ridge en Carolina del Norte, en dos partes distintas el mismo día. Después de haber terminado en cada culto, una madre anciana se me acercó, y dijo: “Hno. Hall, tengo un hijo en la cárcel, y deseo que usted esté de acuerdo conmigo en oración por él.” Les dije a ambas: “Sí, yo oraré por él. Pero escuche, madre, deseo que usted le prometa al Dios a quien yo sirvo que a partir de este día, usted dejará de estarse preocupando por ese muchacho. Preocuparse tan sólo le hace la carga más pesada, y no cambia las cosas en absoluto. Deje de estar cruzando los puentes antes de llegar a ellos, preocupándose por cosas que nunca suceden. Consagre a su hijo enteramente en las manos de nuestro amante Salvador, y déjelo allí. Lo más probable es que si usted lograra sacarlo de la cárcel, él caería en algo peor. Recuerde, mamá, él está en una de las grandes escuelas de Dios, y si usted lo consagra al Señor, lo más probable es que salga siendo un hombre nuevo en Cristo Jesús. Algunos de los más grandes hombres a quienes Dios ha escogido tuvieron que atravesar Su gran escuela. Vivimos en una época en la cual Dios está mirando a la Tierra y llamando a hombres y mujeres de todos los andares de la vida, aquellos a quienes puede confiar este evangelio de la luz del atardecer en toda su belleza y pureza.”

Ambas prometieron que lo harían, y oro que Dios selle estas verdades sobre los corazones de todas las madres que son como ellas. ¡Oh, Padre de luz, en el nombre de Jesús, danos más madres que oran! Fue una madre que oraba la que ayudó

a traer la mano de convicción de Dios sobre mi alma. Bien se ha dicho: “Oramos o perecemos.” La oración ha apagado fuegos, cerrado las bocas de leones, convertido a incrédulos, detenido guerras, echado fuera demonios, sanado de enfermedades, evitado fraudes, rescatado ciudades, detenido el sol, calmado los vientos, resucitado muertos, realizado milagros, uno de los más grandes, cuando salvó mi alma preciosa. La oración es la llave que abre el gran depósito del Padre, donde están todas las bendiciones para los pequeños santos que luchan, y para las congregaciones débiles de este mundo. Amén.

CAPÍTULO XI

Debo relatar mis experiencias con dos de los principales incrédulos de los Estados Unidos. William McGinnis, un bandido, obtuvo permiso para ir a verme. Lo encerraron conmigo en la celda. Me encontró estudiando mi Biblia. Dijo que estaba sorprendido de encontrarme leyendo la Biblia, que no valía la pena, que se contradecía a sí misma. Yo le dije que no estaba de acuerdo con eso. Él dijo que pasara a Filipenses 3:12—“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto...”—Dijo: “ahora pasa al versículo 15—‘Así que, todos los que somos perfectos...’--¿y tú dices que no se contradice?” Yo le dije: “McGinnis, yo creo que la Biblia es veraz. El problema está en nosotros; nosotros somos los que no entendemos.” Pasó dos horas conmigo tratando de ponerme en contra de mi Biblia. Yo era un recién nacido en Cristo, y él sacó a colación muchas cosas demasiado

profundas para mí. Marqué Filipenses 3:12,15. Leí, estudié y oré acerca de estas escrituras hasta que Dios tuvo a bien abrir mi entendimiento espiritual para hacerme ver la verdad. Pablo, en el versículo doce, habla de una perfección que alcanzamos después de la resurrección. En el versículo quince, Pablo está hablando de una perfección que podemos tener en esta vida. No el ser perfectos como Dios, o en conocimiento, pero ser perfectos en amor y perfectos de corazón. Un amor perfecto que echa fuera el temor, y que nos capacita para amar a nuestros enemigos.

Mientras estaba en Indiana, una hermana me escuchó hablar, y viajó cuarenta millas para decirle a mi esposa que tenía una tía que era inválida, y que ella deseaba que yo visitase a esa tía suya. Su tía vivía en Piqua, Ohio. Mi esposa le respondió que de parte de ella estaría bien, si yo sentía la dirección de ir. Camino hacia allá, la hermana me dijo que su tío era un incrédulo, uno de los peores, pero que no le prestase atención. Él nos recogió en la estación de tren justo al anochecer. Ayudó a su sobrina a preparar la cena mientras yo conversaba con su esposa. Él ayudó a su sobrina a lavar los platos, y luego entró, buscó su vieja Biblia familiar, y la abrió al borde de la cama de su esposa; sus ojos brillaban. Comenzó con: “¿Quién puede conocer a Dios?” Recorrió por su Biblia, y leyó en diferentes lugares que tenía marcados. Se esforzó en gran manera, tratando de hacerme contender con él. Yo dije: “Sr. Brown, usted es un hombre educado (*estudiado*); yo tuve muy poca educación, y no creo que a Dios le agradecería que yo comenzara a disputar con usted.” Finalmente, me miró con una sonrisa y cerró su Biblia.

Le dije: “Sr. Brown, yo lo he escuchado por más de una hora. No lo he interrumpido, y ahora yo tengo algo que decirle, y no deseo que usted me interrumpa.” Le hablé de cómo Dios me había llamado, salvado, capacitado, ordenado, librado, y enviado con un mensaje desde su trono. Entonces le pregunté: “¿Qué hizo este cambio tan maravilloso en mi vida?”

Él dijo: “Oh, Sr. Hall, es hora de ir a dormir.” Me dirigió hacia la recámara del frente, y me dijo: “Buenas noches.” Yo fui de rodillas y oré fervientemente por este hombre. Obtuve un buen descanso, y al día siguiente me levanté al alba. Fui a la sala. Vi a su esposa allí, y le pregunté por el Sr. Brown. Ella dijo que él no había salido de su habitación todavía. Después de un breve momento, su puerta se abrió, y él salió en bata y en chancletas. Se me acercó, y dándome un abrazo, dijo: “Sr. Hall, he pasado esta noche a solas con Dios, y en esta mañana tengo lo que usted tiene.” Bueno, ¡gloria al buen Señor! Él tenía los retratos de Ingersoll y sus familiares colgados por toda la casa (*Ingersoll enseñaba, entre otras cosas, que la mente humana no puede saber si existe un Dios*). Regresé a Anderson, y le envié todos los libros, tratados y folletos que habían sido publicados en ese tiempo. Él sacó a Ingersoll de su casa y estableció una biblioteca verdadera en su hogar.

Como unos tres meses más tarde, fui a Columbus, Ohio, para hablar en la prisión estatal. Regresé a Piqua esa noche, y entré al templo de la iglesia de Dios justo a tiempo para el culto. El pastor señaló el púlpito, y yo prediqué el mensaje, y allí estaba sentado ese anciano, el buen hno. Brown, Biblia en mano, sonriente y feliz en el Señor. Sí, “Dios es amor.”

Debo relatarles mi experiencia con mi primer convertido. Poco tiempo después de haber sido salvo (yo era tan sólo un bebé en Cristo) arrestaron a tres muchachos en un vagón de carga y los acusaron de haber dañado el sello, y los metieron presos. A los dos mayores los enviaron a trabajar en las carreteras, pero al menor, que era bajo de estatura para su edad, lo dejaron encarcelado y trataron de convertirlo en un custodio. Él decía que el vagón estaba vacío, que ellos no habían dañado el sello, y que él no les debía nada. Bueno, castigaron a ese muchacho de un modo nada razonable. Lo subieron al cuarto piso, a dos puertas de mi celda. Lo amarraron por los pulgares con hilo de caña de pescar, de manera que tenía que permanecer de puntillas, y lo dejaron allí durante toda la noche. ¡Qué noche! Él se pasó toda la noche quejándose, lamentándose y llorando. Al día siguiente, él gritaba y maldecía a cualquier persona que llegaba cerca de donde él estaba.

Finalmente, el capitán de las celdas subió, lo miró de arriba a abajo, y entonces siguió adelante y se detuvo frente a mi celda. Vi que ya no daba más. Le pedí que abriese mi puerta, y que me dejara hablarle al muchacho. Él me preguntó: “Hall, si te dejo hacerlo, ¿me prometes que regresarás y que no me darás problemas?” Se lo prometí. Abrió mi puerta, y cuando me dirigí hacia donde el muchacho, éste me comenzó a maldecir. Le dije que era su amigo y que yo era el condenado a morir en la horca. Me miró. Le dije: “Estás cometiendo un error. Estos mejicanos te van a matar. Manda a decirles que si te dejan bajar, tú les vas a hacer caso. Este capitán es un buen hombre; él te ayudará.” El capitán le dijo que si se comportaba, haría todo lo posible por ayudarlo. Le dije al

muchacho: “El capitán te va a dar permiso para venir a verme.” El capitán le dijo que lo haría.

El muchacho le dijo al capitán que diera el aviso. Subieron, y lo bajaron. Tenía los pulgares hinchados al triple de su tamaño normal y estaban completamente negros. Lo llevaron al hospital, y dos días más tarde vino a verme, con los pulgares vendados. Se sentó afuera de mi puerta, y yo comencé a hablarle del Salvador maravilloso al cual había hallado, y de lo que estaba haciendo por mí. El jovencito quedó bajo convicción y le entregó su corazón a Dios, y el Señor habló paz a su alma. Le di un Nuevo Testamento, y le dije que lo leyera y que se asegurase de hacer lo que allí decía. La noticia se regó por toda la prisión; nunca antes habían visto un cambio tan marcado en un muchacho. Se convirtió en un preso modelo. Le daban permiso para venir a verme. Siempre traía su Nuevo Testamento y me hacía preguntas.

Un domingo, él le dijo al capitán de celdas que deseaba subir y pasar dos horas conmigo. El capitán lo subió, y lo metió allí conmigo. Yo dije: “Willie (su nombre era Willie Sweeney, de Kansas), leeremos un capítulo y oraremos. Adoraremos a Dios de la mejor manera conforme a lo que sabemos.” Nos sentamos en mi pequeño camastro, y, no sé por qué, pero el Señor lo sabe, leí el capítulo 13 del Evangelio según San Juan. Cuando hube terminado, Willie me miró a los ojos, y dijo: “Dios espera que hagamos eso, ¿verdad?” Yo dije: “Eso qué, Willie?” Él dijo: “Lavarnos los pies los unos a los otros.” Le dije: “Leámoslo de nuevo, oremos al respecto y estudiémoslo.” Así lo hicimos. Yo dije: “Eso es lo que dice.” Él dijo: “Si tú me lavas los pies, yo lavaré los tuyos.” Yo respondí: “Está bien, Willie. Adoraremos a Dios de la mejor

manera conforme a lo que sabemos.” Yo tenía una pequeña cubeta, y una toallita de unas doce pulgadas de largo. Eché agua en la cubeta, él se quitó los zapatos, y yo le lavé los pies. Boté esa agua y eché más. Me quité los zapatos, y cuando Willie empezó a lavarme los pies, Dios abrió las ventanas de los cielos y derramó lluvias de bendiciones sobre nosotros. Percibimos la presencia de Dios con nosotros. Espero encontrarme con Willie en el cielo.

Más adelante, cuando estaba en el “Camp Meeting” de Anderson, asistí a un culto de ordenanzas. Tenían una tienda de campaña que podía acomodar a dos mil personas (sentadas), y estaba llena más allá de esa capacidad. Los hermanos varones estaban lavándose los pies en el templo, y las hermanas en la tienda. Tenían platones con agua, y toallas largas que se podían ceñir. Mientras se lavaban los pies los unos a los otros, sentí la impresión de compartir la experiencia que había tenido cuando estaba en la gran escuela de Dios con mi primer convertido. Mientras relataba nuestra experiencia, Dios nuevamente abrió las ventanas de los cielos y derramó lluvias de bendiciones sobre nosotros, y se elevaron aclamaciones y alabanzas, y ese espíritu contagió, por así decirlo, a las hermanas, de modo que lo mismo ocurrió en la tienda de campaña. Un domingo en la tarde, mientras estaba en Kansas City, llegué a la Iglesia en Calle 11^a y Topping, y estaban realizando el lavatorio de pies. Los hermanos estaban en los salones de Escuela Dominical y las hermanas en el templo. Nuevamente, relaté esta experiencia, y una vez más se elevaron alabanzas y aclamaciones, con la dulce aprobación de Dios sobre todos nosotros. Sí, “si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.” “Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.”

Jesús. ¡Alabadle! ¡Alabadle! La manera más sencilla de venir es la mejor. La obediencia traerá las bendiciones.

Preferiría estar con los verdaderos hijos de Dios antes que en cualquier otro lugar sobre la tierra. Muy amados santos del Dios Altísimo, cuando ustedes piensen en William Hall, susurren una oración por que Dios me bendiga y me haga una fuente de bendiciones, y nos daremos cuenta cuando nos encontremos más allá, que hemos sido colaboradores con Él. Amén y Amén (*claro, ya no es necesario que oremos por él en este sentido*).

Amado lector, ¿está usted consciente de que es nuestro privilegio en esta vida el poder andar y hablar con Dios? Él no hace acepción de personas. Muchas veces en mi vida, Dios me ha hablado. Una vez, mientras mi esposa y yo vivíamos en el cuartito en Louisville, Kentucky, nevó bastante una noche, como diez pulgadas. Me vino la impresión: “Vé.” Me puse un par de galochas de tres hebillas (*las galochas son zuecos de madera o de hierro que se usan para andar por la nieve*), me abrigué bien y salí. Caminé dos cuadras hasta llegar a la línea del tranvía. Allí percibí la impresión de cruzar la calle donde un camino para carretas rodeaba la ladera de un cerro e iba a dar a las riberas del río Ohio. Una persona había pasado por ahí antes que yo, y andando en sus pisadas me abrí paso en la nieve profunda. Cuando llegué al río, giré por una calle que iba a lo largo de la ribera, donde había unas casas deshabitadas del lado más alejado del río. Bajé por unas aceras de tabla como unas dos cuadras, y llegué a otra acera pequeña que daba la vuelta cerca de un edificio que estaba desocupado, y algo me detuvo (*más bien, alguien*). Vino la impresión: “Gira aquí.”

Caminé hacia la parte trasera del viejo edificio, y llegué a una vieja choza que estaba en la parte de atrás. Estaba allí sentada una madre con cinco niños pequeños, el menor de ellos, un bebé, alrededor de una vieja estufa que trabajaba con carbón, y ni una migaja de pan en la casa. Se habían sentado allí toda la noche, alrededor de la vieja estufa, tratando de mantener el calor del cuerpo. La madre había metido la última paladita de carbón en la estufa. Partía el corazón verlos; todos los niñitos halándole el vestido a la mamá (*pegaditos a ella, no la querían soltar*). Ella dijo que su esposo se había ido a la casa del papá, unas doce millas campo adentro, y que estaba allá, enfermo y en cama. Habían quedado solos, y no tenían qué comer, y ella no podía dejar solos a sus hijitos descalzos. Le dije que orara. Me dijo que había pasado toda la noche orando. Le pregunté si había alguna tienda de víveres cerca. Me dijo que había un anciano a unas dos cuadras de allí que tenía una tiendita.

Me abrí paso en medio de la nieve, y mandé a llevarle un poco de carbón y una caja de madera llena de víveres. Sólo tenía unos cuantos dólares, pero Dios me bendijo al gastarlos. Entraron dos muchachos, y les pregunté si sabían dónde vivía ella. Dijeron que llevarían la cajeta hasta allá si les pagaba diez centavos. El anciano dijo: “¿Eso es lo que usted va a hacer con esos víveres?” Yo le dije: “Sí.” Él dijo que no les daría ni un molde de pan si se estuvieran muriendo de hambre; que ese hombre era el más malo que había existido sobre la tierra, y que nunca pagaba sus deudas. Yo le dije que él podría lamentar el haber adoptado esa actitud, que los niñitos inocentes no tenían la culpa, y que de los tales es el reino de los cielos. Volví a casa sintiéndome ligero como una pluma, y Dios derramó lluvias de bendiciones sobre mí. Dios sigue

bendiciéndome y supliendo todas mis necesidades. Dios conoce mi corazón; sólo comparto esta experiencia y todas las demás para la gloria de Dios. ¡Oh, ayúdenme a alabar su santo nombre! ¡Alábenlo!

Querido(a) lector(a), hay tres que dan testimonio en el cielo—el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno (1 Juan 5:7). “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:1,14). “Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS” (Apocalipsis 19:13). “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35). “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Hebreos 11:3). El Nuevo Testamento es un pase para ir de la tierra al cielo. Fue escrito por hombres, pero inspirado por Dios: 2 Timoteo 3:16,17; 2 Pedro 1:19-21. Los que rechacen serán juzgados por la Palabra de Dios: Juan 12:48; Hebreos 2:1-4.

Si usted tiene una experiencia de salvación conforme al Nuevo Testamento, usted amará la Palabra de Dios y encontrará un verdadero deleite en obedecer todas sus enseñanzas. Hay pepitas de oro en la superficie, listas para ser recogidas, y el Señor me ha ayudado a encontrar algunas de ellas. Lector(a), ¿por qué no andar y hablar con Dios? Él no hace acepción de personas. Lo que ha hecho por otros, lo hará por usted si usted está bajo la sangre y en el centro de Su voluntad, con la dulce aprobación de Él sobre su vida. Él dijo: “pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7). Si

usted quiere estar en paz con Dios, el primer paso es contar el precio. ¿Qué me va a costar el ser un(a) verdadero(a) seguidor(a) del Señor? Le va a costar todo lo que usted sepa que es pecaminoso e incorrecto. Si usted viene a Dios con un corazón sincero (Dios mira el corazón), dígame que usted está cansado(a) y enfermo(a) del asunto del pecado, que ya acabó con aquello, y confiese todos los errores y pecados pasados, creyendo que Cristo sufrió en su lugar, y pídale a Dios que le perdone; Él hablará dulce paz a su alma. Si usted reúne las condiciones que aparecen en el Nuevo Testamento, “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). Si usted sabe que ha nacido a la iglesia o familia de Dios, a usted le toca mostrar los frutos de un creyente justificado. A Dios le toca seguirle guiando hasta el punto en el cual el mismo Dios de paz le va a santificar por completo (1 Tesalonicenses 5:23). Recuerde, si usted es justificado(a), “la voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Tesalonicenses 4:3). Somos santificados por fe (Hechos 26:18). Somos santificados por su propia sangre (Hebreos 13:12). Somos santificados por el Espíritu Santo (Romanos 15:16). Por la Palabra (el Verbo) (Efesios 5:26-27; 2 Timoteo 2:21; Hebreos 2:11; 1 Pedro 4:8-11; Hebreos 10:9,10,14-17; Juan 17:16-20). Jesús dice: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor” (Juan 15:9). Mi Salvador y Rey, si tú me amas como mi Padre celestial te ama a ti, por la gracia de Dios, yo seré un hijo obediente, y te seguiré. ¡Amén!

Justo antes de sacarme de su gran escuela (la cárcel), Dios me mostró claramente que el evangelio de Cristo es un evangelio de amor y que debe ser tan gratuito como el aire que respiramos, y que Él no quería que yo saliera a cobrarle a la

gente por él. No; él me dijo: “Sal, oh, hombre de poca fe, ámame y guarda mis mandamientos, entrega los mensajes que yo te daré, y yo te alimentaré y te vestiré, y haré más por ti de lo que cualquier padre terrenal podría hacer, con la condición de que te mantengas en el centro de mi voluntad, con mi dulce aprobación sobre ti, y de que entregues los mensajes que te dé.” Yo soy un testigo viviente; he estado por todas partes, y el Señor jamás me ha fallado. ¡¡Aleluya!!

En el Nuevo Testamento, que es nuestra única guía, usted encontrará “Predicad el Reino” ocho veces; “Predicad la Palabra” diecisiete veces; “Predicad a Cristo” veintitrés veces, y “Predicad el Evangelio” cincuenta veces. ¿Qué es el Evangelio? Todas las enseñanzas del Nuevo Testamento en toda su pureza y belleza. Léalo, créalo y obedézcalo, y le traerá paz, gozo y felicidad inefables y llenos de gloria aquí en esta misma vida.

CAPÍTULO XII

La Biblia es la Palabra de Dios dada al hombre. Nadie debería ser ignorante acerca de las buenas cosas que este gran depósito contiene. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de las profecías, y guardan las cosas allí escritas. La Biblia, hablando en sentido general, es vista como un solo libro. Éste es un error; es una biblioteca—dos volúmenes, sesenta y seis libros. Esta biblioteca de sesenta y seis libros fue escrita por aproximadamente cuarenta personas. Fue inspirada por Dios: 2 Timoteo 3:16-17; 2 Pedro 1:19-21. Los que rechacen serán juzgados por la Palabra: Juan 12:48;

Hebreos 2:1-4. Si usted tiene una experiencia de salvación conforme al Nuevo Testamento, usted amaré la Palabra de Dios y encontrará verdadero placer en obedecer todas sus enseñanzas. Lector(a), ¿por qué no andar y hablar con Dios? Él no hace acepción de personas. Lo que ha hecho por otros, lo hará también por usted si usted está bajo la sangre y en el centro de Su voluntad.

La palabra “Biblia” viene del griego, y significa “los libros”; ese nombre lo recibimos alrededor del siglo quinto. Antes de esto, la Biblia era conocida como “las Escrituras”. Algunos de los hombres más maravillosos que el mundo ha conocido se mencionan en la Biblia. Familiarícese con ellos, y Dios le bendecirá. Usted se dará cuenta que Jesús los guía a todos, y Él es quien encabeza la lista. Él a menudo habla de sí mismo, pero si nosotros hacemos eso, quedaremos tan pequeños ante los ojos de Dios, que no nos podrá utilizar. Si nos mantenemos escondidos tras la cruz, entonces podremos exaltar a Cristo para que otros lo vean.

La Biblia tiene la distinción de ser el primer libro que fue impreso. La versión “King James”, o Versión Autorizada de la Biblia (*parecida a la versión Reina-Valera en español*) es el libro más vendido en el mundo. Lo encontrará en casi todos los hogares del país. Es el Pan de Vida. Yo estuve matando de hambre mi alma hambrienta durante veintiocho años, pero ahora me alimento de la Biblia todos los días, y cada vez se pone mejor. Cuando recién fui salvo, me la pasaba mirando atrás y a otros, y quedé vagando en oscuridad espiritual. El Espíritu Santo me habló. Me dijo: “Quita tu mirada de tus hermanos y hermanas, de predicadores, iglesias y todo lo demás, y no pongas cuidado a lo que ellos están haciendo.

¿Qué estás haciendo **tú**? ¿Me estás siguiendo **tú a Mí**?
¿**Amándome**? ¿Guardando mis mandamientos y andando en
toda la luz que hago brillar en tu camino?

Lector(a), aprendí por experiencia que siempre y cuando yo fuese directamente a Dios de mi propio corazón por medio de Cristo Jesús, que está sentado a la diestra del Padre para interceder por mí, con mi vista fija en Dios y en su gloria, la luz brillaba y yo empezaba a adquirir conocimiento, sabiduría y entendimiento de la verdadera luz espiritual; pero en el momento que quitaba la mirada de mi Salvador y empezaba a escuchar a otros, cortaba la avenida a través de la cual me llegaba la luz verdadera, y nuevamente me encontraba andando a tientas en tinieblas espirituales. Había contristado a la Tercera Persona de la Trinidad. Le dije al Señor: “Estoy confundido—hay tantos caminos. Tu Palabra me enseña que hay un solo camino. Voy a tomar el Nuevo Testamento como mi guía, pararme sobre tus promesas y seguir a Jesús.” Dios abrió las ventanas de los cielos y derramó lluvias de bendiciones sobre mí. Abrió mi entendimiento espiritual para hacerme ver la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento, la esposa de Cristo.

Si los santos siguen a Jesús, sus hijos e hijas serán salvos, y podrán ser familias unidas que estén de pie ante el trono de gracia en aquel gran día, sin que quede uno solo por fuera. Para lograr esto, cada uno de nosotros debe estar dispuesto a ser el menor de todos en la congregación por amor de Jesús, y darle oportunidad al Espíritu Santo de Dios de hacer su trabajo. A nosotros nos toca contender por la fe que fue una vez dada a los santos en la mañana de este día del evangelio (Judas 3). Si usted hace esto, Dios ha prometido (Jeremías

3:15) ponerle bajo el cuidado de un verdadero hombre de Dios, y estoy seguro que ese hombre de Dios jamás le dirigirá a usted a más nada que a Jesús y a la Palabra de Dios. Nicodemo era un principal entre los judíos, y un estudioso del Antiguo Testamento; enseñaba acerca del lavamiento del agua, que era un tipo de la sangre limpiadora de Jesús. Note unos cuántos textos que utilizan el agua como un símbolo: “A todos los sedientos: Venid a las aguas...” (Isaías 55:1); “Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación” (Isaías 12:3); “En las alturas abriré ríos, y fuentes en medio de los valles; abriré en el desierto estanques de aguas, y manantiales de aguas en la tierra seca” (Isaías 41:18). “Porque...me dejaron a mí, fuente de agua viva...” (Jeremías 2:13). También Jeremías 17:13.

Nicodemo entendía los textos arriba mencionados, y ellos son pruebas de que el agua es un símbolo que muestra la sangre limpiadora del Cordero. Ahora bien, cuando Nicodemo vino a Jesús de noche, el Señor le dijo: “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (*Juan 3:3*). Nicodemo no entendía; se le había enseñado que el agua era necesaria para ser limpiado. Entonces Jesús dijo: “el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (*Juan 3:5*). Las palabras: “nacido del agua” eran para los santos del Antiguo Testamento. Su primera expresión: “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” es para los santos del Nuevo Testamento. Pablo habló del evangelio como agua. Dijo: “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Corintios 3:6). Si usted quiere quedar bajo esclavitud espiritual, vaya al Antiguo Testamento, “nacido del agua”. Si usted desea que su entendimiento espiritual sea abierto para comprender las

Escrituras, vaya al Nuevo Testamento y “nazca del evangelio de la verdad”.

El bautismo es para los creyentes. Vea Marcos 16:16. No habrá ningún beneficio en tomar a un pecador seco y meterlo al agua, y sacar un pecador mojado. Dios tenga misericordia de las personas que son bautizadas sin haberse arrepentido. El bautismo es sólo para personas convertidas. Lo primero que nuestro Salvador dijo fue: “Arrepentíos.” Mateo 4:17: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.” Vea Hechos 2:38; Hechos 3:19; Hechos 10:47-48. Uno debe ser convertido para poder ser un candidato apto para el bautismo. Lea el capítulo diez de Hechos de Los Apóstoles. Cornelio era un hombre justo, Hechos 10:1,2. Recibió al Espíritu Santo, versículos 44, 45, y entonces fue bautizado, versículos 47, 48. Otro texto que utilizan aquellos que piensan que el bautismo en agua nos salva es Hechos 22:16. Aquí Ananías le dijo a Pablo: “Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.” Ahora pase a Hechos 9:17-18, y se dará cuenta que Pablo fue sanado y recibió el Espíritu Santo antes que se le dijese que fuera bautizado.

La única esperanza que tenemos de poder llegar al cielo está en la sangre limpiadora de Jesús. 1 Juan 1:7: “pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su hijo nos limpia de todo pecado.” Vea también Apocalipsis 1:5.

Jesús, después de haber pasado tres años con sus discípulos, que eran creyentes justificados, les dijo que después de haberse ido, él enviaría al Consolador. Lea Juan 14:15-18,26; Juan 15:26; Juan 16:7-14; Juan 17:20; Hechos 2:17; Hechos

1:4,8; y Lucas 24:44-49. Él dijo que nos daría poder para vivir una vida semejante a la de Cristo. Y no para hacernos impotentes, como algunos enseñan. No busque una demostración de lenguas, ni sentimientos, como testimonio de la presencia interna del Espíritu de Dios, ya que el Espíritu Santo es un testigo de sí mismo, es su propio testigo: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). Si usted busca las lenguas antes de ser salvo(a), justificado(a), el diablo le va a dar un don de lenguas falso por su espíritu. Hay muchas almas engañadas, y algunas de ellas están poseídas por el diablo. Asegúrese de ser justificado(a) antes de buscar al Espíritu Santo, y cuando lo haya recibido, mantenga una mente lista y un corazón dispuesto a recibir cualquiera de los dones del Espíritu que Dios tenga a bien darle. El Espíritu de Dios hará que usted se comporte debidamente en la casa de Dios. Lea 1 Corintios 12:1-13; 1 Corintios 14:1,40; 1 Timoteo 3:15. “Las lenguas” son dones, y sólo se utilizan como lenguajes conocidos. El don de lenguas bíblico no es una jeringonza sin sentido. Las personas que escucharon a los ciento veinte galileos que hablaron en el día de Pentecostés entendieron lo que decían (Hechos 2:1-7). Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar EN SU PROPIA LENGUA (*Hechos 2:6*).

Jesús pidió en oración que todos fuésemos uno (Juan 17:1-26). La aprobación de Dios no está sobre un pueblo que está dividido, separado o conteniendo por “un Dios”, “Jesús sólo”, y por las doctrinas y mandamientos de hombres (Mateo 24:24,25). Me he encontrado con gente que dice: “No tenemos tiempo para las doctrinas. Nosotros ‘lo tenemos’. Tenemos manifestaciones bíblicas; hablamos en lenguas; nos

caemos al suelo bajo el poder; gritamos tan fuerte que se nos escucha a cinco cuadras de distancia; nos sacudimos todos cuando ‘lo conseguimos’; actuamos como si estuviésemos ebrios.” Hay muchas otras manifestaciones, pero Jesús dijo: “Por sus frutos los conoceréis” (*Mateo 7:16,20*). Y otra vez: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (*Juan 13:35*).

Dios tiene una sola familia, un rebaño, una iglesia, que es la esposa de Cristo (*Apocalipsis 19:7*). Sólo hay un Camino de Santidad (*Isaías 35:8*). Es un camino que lleva al cielo; ningún inmundo puede pasar por él. Lea *Apocalipsis 21:27*; *1 Juan 2:26-29*; *1 Corintios 6:19,20*; *1 Corintios 3:16-21*. Para disfrutar de esta bendición, usted necesita tener una segunda obra de gracia en su corazón: “pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor” (*1 Tesalonicenses 4:3,4*).

Lector(a), asegúrese de estar justificado(a), lleve los frutos de un creyente justificado y el Señor le guiará paso a paso adonde el mismo Dios de paz le santificará por completo (*1 Tesalonicenses 5:23*). La santificación consiste de dos partes. Al ser humano le toca consagrar su todo en las manos del Señor, con una perfecta disposición de que Él haga todo lo que quiera con usted y con todo lo pertinente a su vida, y hacer Su voluntad. La parte de Dios consiste en purificarle y en hacerle santo(a). Los ciento veinte en el aposento alto no estaban orando para que Dios les enviase el Espíritu Santo; no; ellos estaban esperando la promesa.

La gente “que habla en lenguas” de estos días tienen un espíritu, cierto es, pero no es el Espíritu Santo de la Biblia. El

Espíritu de Dios y su Palabra concuerdan, y Su Espíritu no va a llevarle a usted a creer una cosa, y a otra persona a creer otra cosa distinta. Existen cientos de diferentes espíritus en el mundo, y los de “lenguas modernas” son los más divididos de todos. Dios bendiga este mensaje para el bien de algunas almas sinceras. La única liberación viene por la sangre preciosa de Jesús.

CAPÍTULO XIII

EL PACTO ANTIGUO Y EL NUEVO PACTO

Dios les dio a los hijos de Israel, a los judíos, la Ley, tal como está registrado en el Antiguo Testamento, y dijo: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno.” (Deuteronomio 4:2) El sumo sacerdote interpretaba la ley, y era conocido a nivel nacional como el representante de Jehová, con autoridad suprema, respaldado por un concilio de ancianos.

La historia deja un espacio de cuatrocientos años entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Cuatrocientos años pasaron después que Malaquías nos dio el final del Viejo, hasta cuando nos comenzaron a dar el Nuevo Testamento. Durante ese tiempo, los Docotres e Intérpretes de la Ley se levantaron y llevaron al pueblo a muchas sectas: Saduceos, Fariseos, etc.-- un tipo del mundo cristiano profesante de hoy--y cuando vino el Redentor, lo crucificaron. No es maravilla que el Señor

haya dicho: “¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley! (Lucas 11:46,52).

El Antiguo Testamento fue escrito en hebreo (*y arameo*), y el Nuevo Testamento fue escrito en griego. La palabra “testamento” significa “pacto”; el Antiguo y el Nuevo, Juan 1:17; Romanos 6:14. Moisés era humano, Cristo era (*y es*) divino. Los dos pactos son distintos: Jeremías 31:31-34; Gálatas 4:21-28. Primero y segundo, viejo y nuevo (Hebreos 8:7,13). Moisés fue el mediador del viejo (Deuteronomio 5:1-10). Y Cristo era (*y es*) el mediador del nuevo (1 Timoteo 2:5; Hebreos 8:6,9; Hebreos 12:21-29). Dónde y cuándo fueron escritos: el antiguo, Éxodo 34:1,28; el nuevo, 2 Corintios 3:3,6. Por qué los pactos fueron dados: el antiguo, Gálatas 3:19, 23-25; el nuevo, Hebreos 10:7-10, 14,15; 2 Corintios 3:14-18. Jesús es el mediador del Nuevo Testamento, Hebreos 9:15,24. Recuerde Romanos 6:14-18.

“Sábado” significa un día de reposo o descanso (Éxodo 31:15). El antiguo, descanso para el cuerpo, Éxodo 35:1-2; el nuevo, descanso para vuestras almas, Mateo 11:28,29; Hebreos 4:1. Nadie os juzgue respecto del “sábado” (Colosenses 2:14, 16-17; Efesios 2:11-15). Jesús vino a quitar el velo, 2 Corintios 3:13-18. Jesús, el Hijo del hombre, es señor del día de reposo (“sábado”), Lucas 6:5. La Ley y los Diez Mandamientos fueron dados y escritos por Moisés, dos mil quinientos años después de la creación (Éxodo 34:28; Deuteronomio 5:1-3). En Mateo 22:35-40, Cristo dijo: “De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.” Lea Romanos 10:4.

Las últimas palabras de nuestro Salvador cuando estaba en la cruz fueron: “Consumado es” (*Juan 19:30*). ¿Qué fue

consumado? El Viejo Testamento fue consumado (*en este contexto, "consumado" significa dado por terminado, extinto*). Jesús vino a establecer el Nuevo Testamento o el nuevo pacto. Lo destruyeron por quebrantar el día de reposo (Mateo 12:8-14). Sí, el Hijo del hombre es Señor del día de reposo. Nuestro Salvador resucitó un domingo (*el primer día de la semana*), el día del Señor. Él se encontró con María Magdalena el domingo en la mañana y la envió con el primer mensaje a los hombres, Marcos 16:9; Mateo 28:1-10. Él se encontró con otras dos mujeres el domingo en la mañana, y con dos discípulos en el camino a Emaús el domingo por la tarde. Jesús y sus discípulos se reunieron el primer día de la semana, el domingo, Juan 20:19. San Juan lo llamó el día DEL SEÑOR (Apocalipsis 1:9-10).

Después de la conversión de Pablo, el Señor envió a Ananías adonde Pablo, y Ananías dijo: “ El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad...” (Hechos 22:12-14). ¿Cuál era la voluntad de Dios para Pablo? Él honraba el día del Señor, y Pablo y sus discípulos se reunían el primer día de la semana, el domingo (Hechos 20:6,7). Nuevamente, Pablo dijo: “En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas.”(1 Corintios 16:1-2).

Muy amados hermanos y amigos, Jesús nos dio el domingo y lo estableció como el día del Señor, en honor a su resurrección, y al derramamiento de su Espíritu Santo en el día de Pentecostés alrededor del año 30 A. D.; no lo hizo el

hombre ni la iglesia católica como algunos vanamente se imaginan. Recuerde, si usted trata de guardar la ley y ofende en un punto, es culpable de haberla incumplido toda (Santiago 2:10; 2 Corintios 3:6). Gloria a Dios por el dulce reposo del que ahora disfrutamos, y por tener abiertos nuestros ojos espirituales, de modo que podemos ver y conocer la verdad.

Recuerde, hemos pasado a través de la reforma del evangelio de la luz del atardecer; estamos parados al borde de la medianoche, por así decirlo. La sexta plaga se ha vertido, y la séptima se está vertiendo ahora. Naciones destruyen a naciones, reinos destruyen reinos, y cientos y miles aquí mismo en nuestro país son conducidos a la eternidad, y sólo unos cuantos están listos para presentarse ante Dios. El mundo profesante del cristianismo nuevamente se ha unido a Babilonia, y la Palabra de Dios les dice a todos los Suyos: “Salid de ella, pueblo mío” (*Apocalipsis 18:4*). ¿Es usted uno(a) de los Suyos? Si lo es, Él dice: “no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas” (*2 Corintios 6:17-18*). La antigua Babilonia literal que fue destruída en los tiempos del Antiguo Testamento, para nunca volverse a levantar, era un tipo de la Babilonia de hoy. ¿Qué es la Babilonia de hoy? La Babilonia de hoy es la Babilonia espiritual—confusión, cientos de caminos distintos. Dios tiene un solo camino, y Él dice que sólo unos pocos lo hallarán. Jesús dijo: “Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas... Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz” (Juan 12:35-36). Padre Santo, bendice este mensaje para unos pocos.

GOBIERNO DIVINO

La iglesia de Dios del Nuevo Testamento, la que Jesús edificó, es diferente de todas las otras iglesias en el mundo. Fue edificada y organizada por el Hijo de Dios. Algún hombre o grupo de hombres organizaron e iniciaron todas las iglesias y movimientos de este mundo, y algún hombre es la cabeza de cada uno de ellos. Cristo es la cabeza de su iglesia. Él es una puerta abierta que nadie puede cerrar. Yo les decía a las personas, cuando hablaba en las iglesias más grandes en la Ciudad de Nueva York: “Esta noche, a la hora muerta de la medianoche, cuando todas sus iglesias hechas por hombres estén trancadas y a oscuras, el viejo borracho, sucio y asqueroso, puede salir arrastrándose de la zanja, y si confiesa y abandona sus pecados, y comienza a tocar la única puerta verdadera (Jesús), la encontrará abierta, y Dios hablará paz a su alma.” No ha habido hombre que haya tratado de “mejorar” el sencillo plan de salvación de Dios, que ho haya más bien echado el asunto a perder.

Dios ha puesto el fundamento de la iglesia de Dios del Nuevo Testamento (Isaías 28:16-18). Pablo dijo en 1 Corintios 3:11: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.” Lea Efesios 4:4-6; Efesios 3:14,15. Dios puso todo sobre los hombros de Cristo, y encargará el gobierno en sus manos (Isaías 9:6). Algunos parecen creer que el Señor traspasó todo a las manos de los hombres para que ellos gobernasen, pero el Señor les prometió a sus pocos escogidos, y a todos los que creyesen por medio de su palabra (Juan 17:20), que Él enviaría un Consolador que nos guiaría a toda verdad: Juan 14:16-17,26;

Juan 16:7-14; Juan 17:20-23; 1 Juan 2:24-29; ¡Oh, alabado sea Dios por la verdad!

Yo nunca elegí a Dios—no—Él me eligió a mí (Juan 15:16), y Él me ha estado siguiendo, protegiéndome desde cuando yo era un chiquillo descalzo hasta ahora. Dios me eligió y me salvó, sacándome de la misma boca del infierno; me calificó, me ordenó y me libró en alma y cuerpo, y me envió con mensajes de Su trono. Yo le dije que no podía ir, que no tenía educación. Él insistió, y yo comencé a orar y a pedirle ayuda. Abrí mi Biblia, y mis ojos fueron a dar en 1 Corintios 1:26-29. Yo dije: “Sí, Señor, soy aborrecido y menospreciado, rechazado por los hombres. Tú tendrás que ayudarme.” Nuevamente abrí mi Biblia, y esta vez mis ojos cayeron en 1 Juan 2:27: “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.” Me aferré al Señor hasta cuando Él me dijo, tan claramente como cuando le hablaba a Moisés: “Tú sal y abre tu boca, y yo la llenaré” (*Salmo 81:10*). El primer mensaje que Dios me dio se encuentra en Hechos 3:19: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”. Mi primera oportunidad fue en un culto de “Esfuerzo Cristiano”. Ellos estaban testificando, y me dijeron que testificara. Yo me levanté, y si me permiten la expresión, “me envalentoné,” y finalmente dije: “Soy salvo.” Las lágrimas me corrían por las mejillas. El diablo dijo: “Hiciste un gran ridículo.” Y yo dije: “Sí, así es.” Dejé todo en manos del Señor. Dos semanas más tarde, me volví a reunir con ellos. Me llamaron, y yo me levanté. Ungido por Dios,

dije la primera parte de mi mensaje: “Así que, arrepentíos”, y empezaron a cantar para callarme la boca.

Cuando el culto hubo terminado, un hombre que estaba allí, un herrero, que era conocido por ser el hombre más malvado de esa tierra, se me acercó, estrechó mi mano, y dijo: “Hall, tú tienes la verdad; quédate con ella.” Eso me alentó. Desde entonces, les he hablado a más de veinte mil personas en un momento dado; mejor dicho, Dios ha hablado a través de mí. Aún sigo alabando a Dios con todo mi corazón por la sangre derramada de Jesús, la Palabra de Dios y su Espíritu Santo que nos guiará a toda verdad y nos hará libres, a menos que permitamos que algún comité de hombres nos sea de estorbo. Es peligroso seguir a los hombres, especialmente a aquellos que creen ser sabios (1 Corintios 1:18-21). Nuestro Salvador dijo que existen muchos, muchos caminos falsos, y nos ordenó ser cuidadosos, pues de lo contrario, aún los escogidos serían engañados. Él le dice a todo aquel a quien salva: "Tú sígueme; Yo soy el camino, la verdad, la luz."

CAPÍTULO XIV

PROFECÍA DE LA VENIDA DE NUESTRO SALVADOR

Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo;

porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad." (Isaías 35:4-6).

"Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados." (Isaías 53:5).

"Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación ("*salud*" en versión antigua)" (Malaquías 4:2).

Esta profecía se cumple en Mateo 4:23-25. Otras sanidades que él realizó se encuentran en Mateo 8:1-3, 5-13, 14-17; Mateo 9:1-7, 18-35.

"Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia." (Mateo 10:1).

A estos doce discípulos Jesús mandó a predicar, sanar a los enfermos, limpiar leprosos, resucitar muertos, echar fuera demonios, "de gracia recibisteis, dad de gracia"...ser'eis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mi nombre, para testimonio a ellos (Mateo 10:5,7-8,18; Mateo 11:1-6; Mateo 12:9-13,22,25; Mateo 14:14,35-36; Mateo 15:21-31; Mateo 17:14-21; Mateo 19:1-2; Mateo 20:29-34; Mateo 28:18-20; Marcos 1:23-34,39-42; Marcos 2:1-12; Marcos 3:1-5,9-15; Marcos 16:15-18; Lucas 9:1-2; Lucas 10:1-3,8-9,17).

La conversión de Pablo: "El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad." ¿Cuál era la voluntad de Dios para Pablo? Él predicó exactamente lo mismo que nuestro Salvador predicó, exactamente lo mismo que los doce discípulos predicaron, exactamente lo que predicaron los setenta (Hechos 22:6-15; Hechos 14:7-10;

Hechos 19:11-12). Dios reparte los diferentes dones en la congregación como él quiere (1Corintios 12:27-28). Santiago nos dice qué hacer en caso de enfermedad (Santiago 5:14,15). Lea también Lucas 5:17; Hebreos 13:8; Malaquías 3:6.

El pecado más grande que se menciona en el Nuevo Testamento es el pecado de la incredulidad, y es el pecado del hombre, la incredulidad, lo que ha cambiado el plan sencillo de la salvación de Dios (Isaías 29:11-14; 1 Corintios 1:18-21; 1 Juan 2:25-29).

Dios me enseñó muchas lecciones maravillosas durante los diez años que pasé en Su gran escuela a solas con Él. Él abrió mis ojos espirituales para que yo pudiese ver y conocer la verdad, y es la verdad lo que nos hace libres. Verdaderamente puedo decir, junto con el apóstol Pablo: "...el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo." (Gálatas 1:11-12).

La primera vez que leí el Nuevo Testamento completo, me sorprendí por la claridad y la sencillez de sus enseñanzas, y me pregunté por qué el mundo profesante del cristianismo podía estar en la condición en la cual se encuentra. He aprendido por experiencia que hay muchas razones diferentes, pero el pecado de incredulidad es el motivo principal. Nuestro Salvador dijo: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (*Mateo 4:4*). Nuevamente dice: "¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?" (*Lucas 6:46*). He aprendido por experiencia que la obediencia a Su Palabra traerá las bendiciones. Es la oración de fe la que salva a los enfermos. La sangre es la que limpia, y si Dios ha hecho de tu cuerpo un

templo de Su Espíritu Santo, el Espíritu te guiará, te enseñará y te llevará a toda la verdad, y si somos guiados por Su Espíritu, veremos y creeremos lo mismo (1 Corintios 1:10). La Palabra de Dios y Su Espíritu concuerdan. No me llevará a mí a creer una cosa, y a usted a creer algo distinto. Nuestro amado Señor nos advierte a los que Él ha ordenado para la vida eterna que tengamos cuidado, porque hay muchos espíritus falsos que han salido por el mundo para engañar, de ser posible, aun a los elegidos.

¿Cómo los vamos a reconocer? Por la Palabra y el Espíritu de nuestro Dios. Por sus frutos los conoceréis. La mayoría de ellos están conteniendo a favor del pecado. Sólo hay dos clases de personas sobre esta tierra: Los santos y los pecadores. “Él salvará a su pueblo **de** sus pecados, no **en** sus pecados. Jesús le dijo al hombre que había sido paralítico: “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor.” Vea Juan 5:5-14. Jesús le dijo a la mujer que fue sorprendida en adulterio: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más.” Vea Juan 8:3-11. El problema consiste en que los ciegos están guiando a los ciegos. Seamos honestos con nuestro Dios y con nuestras almas. ¿Qué es el pecado? El pecado es que usted haga algo que usted sabe que es malo. Si usted lo hace, usted ha pecado. Y el pecado lo separa a usted de Dios. Si usted no lo hace, usted no ha pecado. Vea 1 Juan 3:4-8.

Después de haber pasado diez años en una de las grandes escuelas de Dios, el Señor me libró en cuerpo y alma, y volví a casa. Les dije a mis seres queridos que el Señor me había salvado de todos mis pecados. La esposa de mi hermano dijo: “Oh, no, Hno. Will. Pablo dice: ‘No hay justo, ni aun uno.’”

Le dije: “Hermana, ¿sabes dónde se encuentra esa escritura?” Ella dijo: “No, pero yo he escuchado a nuestro pastor citarla directamente de la Biblia.” Le dije: “Te la voy a buscar. Aquí está—Romanos 3:10.” Ella dijo: “Ahora fíjate en lo que dice.” Yo le pregunté: “Hermana, ¿pertenecees tú a esa clase de personas?” Ella dijo: “Seguro que sí.” Comencé a leer: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura.”

Ella me interrumpió: “Oh, no, Hno. Will, yo no pertenezco a esa clase de personas.”

Le dije: “Vamos a terminar de leer el pasaje: “Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Romanos 3:10-18).

Ella dijo: “No, Hno. Will, yo no pertenezco a esa clase de personas.”

Le dije: “Ahora volvamos al versículo diez. Aquí puedes ver que Pablo dice: ‘Como está escrito’; Pablo no estaba diciendo esto—él estaba citando lo que otra persona había dicho. Aprende a usar tus referencias. Pasemos al Salmo 14:1-3, y una vez más lo encontrarás en Salmos 53:1-3. Pablo estaba citando lo que David había dicho bajo el régimen antiguo de la ley. La sangre de toros y machos cabríos no podía hacer a nadie perfecto, pero la llegada de una mejor esperanza sí lo hizo, siendo esta la sangre preciosa de Jesús.”

Otros usan Eclesiastés 7:20 para tratar de justificarse a sí mismos por vivir en pecado. Esto se escribió novecientos setenta y siete años antes de Cristo. Nada podía perfeccionarse bajo la ley. Pero la venida de una mejor esperanza sí pudo hacerlo—la sangre preciosa de Jesús. Ninguna ley se enseñorea de un hombre más allá de la duración de la vida de ese hombre. Pablo, en el capítulo siete de Romanos, presenta su experiencia cuando vivía bajo la ley. En el capítulo ocho, él dice: “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (versículo 2). Otra vez Pablo dice: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”(Romanos 6:1-2). Vea Gálatas 3:23-25; Hebreos 10:9-10; Santiago 4:7-10.

Sí, “pero aquel que dice que vive y no peca, es un mentiroso y la verdad no está en él.” Triste es saber que existen hombres por todo lo largo y ancho del país, haciendo el papel de predicadores, que citan esto desde un púlpito tratando de justificarse a sí mismos con la doctrina de “pecado tienes y tienes que pecar”. No existe tal escritura en la Biblia. He aquí la escritura que ellos tuercen: “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:4). De igual manera utilizan 1 Juan 1:8—“Si decimos que no tenemos pecado (pecado, la antigua naturaleza adámica), nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.” Pero el versículo nueve dice: “Si confesamos nuestros pecados (todos los pecados que hemos cometido desde cuando fuimos suficientemente grandes para saber lo bueno y lo malo) él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” Lea los

versículos seis y siete. Sí--(*diría alguno*)--pero ¿no pecamos en pensamiento, palabra y hechos? “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.” (Colosenses 3:17). ¿Puede usted cometer pecado en el nombre del Señor Jesús? Recuerde: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo...” (1 Juan 2:1-5). “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado...” (1 Juan 5:18-20). Los errores honestos no son pecado. Dios sólo requiere de nosotros que andemos en la luz que hemos recibido. Las tentaciones no son pecado: Hebreos 4:15; 1 Pedro 1:3-8; 1 Corintios 15:34; 2 Pedro 2:9.

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” (Mateo 5:48). ¿Nos daría nuestro Salvador un mandamiento que no pudiésemos cumplir? Oré mucho respecto de esta escritura. Se enseñan dos perfecciones en el Nuevo Testamento. Dios nunca tuvo la intención de que fuésemos perfectos en conocimiento; perfectos como Dios. No, ésa es la parte de Dios. Pero podemos ser perfectos de corazón, perfectos en amor. Sí, podemos tener el perfecto amor que echa fuera el temor, que nos capacitará para amar a nuestros enemigos.

Cuando yo estuve en Ohio, allí vivía un hombre de negocios que viajaba constantemente por motivos de trabajo; vivía con su esposa y con su hijita de dos años y medio de edad. Él solía partir los lunes en la mañana, y regresaba los sábados para pasar el domingo con ellas. Un sábado le envió a su esposa un telegrama para avisarle que iba a llegar temprano.

La madre buscó sus tijeras y le dijo a la pequeña: “Papá estará aquí muy pronto, y mamá va a salir a conseguirle un bello ramo de rosas.” Mientras que la madre seleccionaba las mejores rosas, la pequeñuela también juntaba algunas flores para su papá. Pero las de la niña tenían algunas espinas. El padre llegó, y la madre presentó las suyas perfectas, y la pequeñuela le entregó las que ella había recogido. Se dice que él abrazó a su niñita, y para él fueron perfectas, porque ella había hecho su mejor. Eso es todo lo que nuestro Padre celestial espera de nosotros. Recuerde, pecar es hacer algo que sabemos es malo. 1 Juan 3:4.

CAPÍTULO XV

EL RECAÍDO

“Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse” (Proverbios 24:16). Vea Miqueas 7:8-9. Recaer—apartarse de Dios. Muchos no tienen ningún lugar de donde caer. Todo lo que tienen es una tarjeta firmada, o el haber estrechado las manos de un predicador. Se enyugaron con un poco de incrédulos—2 Corintios 6:14. Vea Romanos 14:11-12; Hechos 3:19. Recuerde, Jeremías 2:19: “Tu maldad te castigará, y tus rebeldías te condenarán; sabe, pues, y ve cuán malo y amargo es el haber dejado tú a Jehová tu Dios, y faltar mi temor en ti, dice el Señor, Jehová de los ejércitos.” Lea Jeremías 3:12-15, 22. Pablo nos dice: “Porque hay aún muchos contumaces, habladores de vanidades y engañadores, mayormente los de la circuncisión (que profesan ser

cristianos); a los cuales es preciso tapar la boca; que trastornan casas enteras, enseñando por ganancia deshonesto lo que no conviene...Este testimonio es verdadero; por tanto, repréndelos duramente, para que sean sanos en la fe, no atendiendo a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad” (Tito 1:10-14). Si usted logra encontrar un versículo de la Biblia que dice que nos unamos a algo, yo iré con usted. No; Jesús le dice a todo aquel a quien salva: “Tú sígueme a mí; yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí.”

Tendré que contarle acerca de mi experiencia con un recaído cuando era superintendente del Hogar de Ancianos en Anderson, Indiana. Durante el “Camp Meeting,” yo era un hombre muy ocupado. Había miles de personas allí, y Dios estaba bendiciendo en ese tiempo. Después del culto de la noche, sacaba tiempo para ir y ver cuántos estaban orando en el altar. Los ministros de mayor liderazgo en los Estados Unidos y otros estaban allí, y sentía que ellos estaban mejor calificados que yo para instruir a las almas preciosas, y todo lo que yo podía hacer era orar. Una noche estaban todos alineados al frente, y a lo largo de uno de los costados del tabernáculo—personas de todas las edades. Esa noche noté a un hombre que había ido al altar todas las noches. Las primeras noches, distintos ministros habían tratado de instruirle. Las últimas noches, se arrodillaba solo.

La mañana después del último culto, el cual se había llevado a cabo la noche anterior, fui a ver una pava vieja y sus polluelos, que teníamos en un gallinero hacia el centro del terreno del Campamento. Había gente moviéndose de aquí para allá, en todas las direcciones, preparándose para volver a

sus hogares. Noté que este hombre iba pasando por ahí, y le dije: “¿Camino a casa feliz en el Señor?”

Él se detuvo, me miró y dijo: “Todo menos felicidad. Supongo que pequé tanto que ya perdí mi día de gracia.”

Yo dije: “Algo anda mal. ¿Ha sido usted salvo alguna vez?”

Él respondió: “Sí, yo tuve una experiencia maravillosa, y la perdí, y sólo el Señor sabe lo que he sufrido.”

Le pregunté: “¿Tiene usted un deseo genuino de amar y servir al Señor?”

Respondió: “Me llamo John Brown. Vivo en el estado de Kansas. Soy un granjero, y ¿no cree usted que un hombre que dejaría a su esposa e hijos pequeños, para venir hasta acá a estos cultos con la esperanza de reconciliarse con el Señor, tendría un deseo?”

Oré: “Oh, Señor, ayúdame.” Por la unción del Espíritu de Dios, dije: “Muchas veces usted ha venido al Señor y ha confesado su recaimiento y sus pecados.”

“Sí—dijo él—muchas veces. He estado en esta condición por unos tres años.”

El buen Dios me reveló cuál era su problema. Le dije: “Amigo mío, en esto radica su problema: La Palabra de Dios dice que Él ama al recaído, y que si usted está dispuesto a confesar y abandonar sus pecados, Él lo perdonará. El diablo le dice a usted que usted no es digno, y que ha pecado tanto que ya no queda un día de gracia para usted. Usted está escuchando y creyéndole al diablo en vez de creerle a Dios. Ahora se le manda resistir al diablo. Él es mentiroso y padre de mentira. Acérquese a Dios y Él se acercará a usted. No

espere a sentirse igual que la primera vez que fue salvo, porque no se nos promete nada con base en sentimientos. Dios quiere que lo tomemos por fe, y que le creamos a Él y a Su Palabra, y que no escuchemos al diablo.” El Espíritu de Dios le reveló la verdad, y dijo: “Eso es lo que he estado haciendo.” Dije: “Vamos a orar.” Ofrecí una oración corta y reprendí al diablo mentiroso en el nombre de Jesús, y le pedí a Dios que le diese la victoria al hermano. Lector(a), me hubiera gustado que usted hubiese escuchado a ese hombre orar. Se levantó con el rostro radiante y con victoria en su alma, y se fue, feliz en el Señor. Dios me ha utilizado maravillosamente para ayudar a recaídos desde cuando tuve esa experiencia. ¡Alábelo!

Cuando estaba en el “Camp Meeting” en Altapass, Carolina del Norte el verano pasado, sobre las Montañas Blue Ridge (el Camp Meeting más grande al cual he asistido--y he ido a muchos), entré al carro del hermano Foster para descansar. Un hombre y su esposa se acercaron y dijeron: “Hno. Hall, queremos conversar con usted.” La gente llenaba el altar en todos los cultos, gente de todas las edades. El hombre dijo: “Mi esposa y yo hemos decidido que nos vamos a casa, vamos a dejar todos nuestros malos hábitos, y entonces seremos salvos.” Les dije: “No; ese es un truco del diablo para robarles sus almas. No se vayan de estos predios sin haber ido al altar para entregarle sus corazones a Dios, y entonces pídanle que remueva los malos hábitos.” Pasé más de una hora con ellos. Después del mensaje esa noche, el hombre pasó al altar. Su esposa fue después de él, y se arrodilló, con unas cuatro personas de por medio. Percibí la impresión de ir hacia él, y me paré a su lado hasta cuando el altar se llenó. Me arrodillé a su lado y le dije que le entregara su corazón a Dios.

Él estaba allí de rodillas, sumido en tristeza, y parecía que no podía orar. Le pregunté si había sido salvo anteriormente, y dijo que había tenido una experiencia maravillosa, pero la había perdido. Dios me ayudó a decirle su error, que estaba creyéndole al diablo en lugar de creerle a Dios. Él lo captó, y me gustaría que usted lo hubiera escuchado orar. Se levantó, con el rostro reluciente, y me dio un abrazo fraternal. Entonces nos sentamos en la primera fila. Algunos hermanos amados estaban tratando de ayudar a su esposa. Le pregunté si su esposa había sido salva antes, y él dijo: “Sí, ella había tenido una experiencia maravillosa.” Me abrí paso hasta donde ella se encontraba. Había dos o tres hermanos amados tratando de ayudarla. Ella también estaba de rodillas, y al parecer, atada. Dije: “Hermana, usted una vez tuvo una experiencia maravillosa, y ahora la ha perdido.” Ella dijo: “Sí”. Le dije: “He aquí su problema: “Dios aún ama al recaído y Él dice que si usted confiesa sus pecados y los abandona, Él la perdonará. El diablo le dice a usted que usted sabe que no es digna, que Dios no la perdona, y usted le está creyendo al diablo en vez de creele a Dios. Resista al diablo y él huirá; acérquese a Dios, y Él se acercará a usted.” El Espíritu Santo de Dios le reveló a ella la verdad, y ella comenzó a orar. Dios le habló paz a su alma, y pronto estuvo de pie, con el rostro radiante. Caminó hacia los brazos de la hna. Faith Stewart, y de allí, se dirigió adonde estaba su esposo, y ambos se abrazaron. Me hicieron una visita al día siguiente, y se fueron a casa, habiendo derrotado al diablo, felices en el Señor. Si pudiésemos llegar al cielo por hacer el bien y por ser buenos, nuestro Salvador no habría tenido que venir a este mundo a derramar su preciosa sangre en la cruz para salvarnos. No; sólo tenemos una esperanza para llegar al

cielo, y ésta es la sangre preciosa de Jesús. ¡Alábelo!
¡Alábelo!

Dios nos ha prometido a los pequeñitos que la unción del Santo nos guiará, y no que nosotros lo guiaremos a Él. Él quiere enseñarnos, guiarnos y adentrarnos en las profundidades de Dios. Él ha prometido hacernos columnas en la casa de Dios. Oh, estemos quietos y escuchemos esa voz apacible y delicada, que dice: “Este es el camino, hijo mío; anda por él.” Si tan sólo somos obedientes a la Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo de Dios escogerá a sus administradores y hermanos santos, llenos del Espíritu Santo, para encargarse de las cosas temporales, y nosotros a quienes Él ha dotado de dones nos daremos continuamente a la oración y al ministerio de la Palabra. Hay tres que dan testimonio o llevan el registro en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Los gentiles glorificaron la Palabra, todos los que estaban ordenados para vida eterna. Hermanos, si nos adelantamos al Señor, y tenemos el deseo de dirigir los negocios de Dios, entonces no contaremos con su aprobación, y no podremos creer de todo corazón.

Éste no es otro movimiento. Todos los movimientos son dirigidos por hombres. Cristo es la cabeza de su iglesia. Estamos viviendo en la dispensación del Espíritu Santo. Nuestro mundo se encuentra en la condición en que está porque los hombres quieren mandar a nuestro “comité de púlpito”, y al hacerlo contristan a la Tercera Persona de la Trinidad, y hacen que se aleje. Dios nos ayude a honrar a Dios, el Padre, a Cristo, el Hijo, y al Espíritu Santo como nuestro comité de púlpito. Si usted desea “ser alguien” y

hacer algo grande en esta vida, tan sólo póngase detrás de la cruz y pídale a Dios con un corazón sincero (Dios mira el corazón) que señales y prodigios sigan su predicación. Los milagros y sanidades en la mañana del evangelio fueron los que atrajeron a la gente, y éso es lo que se necesita en nuestro tiempo presente (Hechos 4:29-31).

Jesús ha estado preparando mansiones para sus pequeñitos durante más de mil novecientos años. ¿Es usted uno de los suyos? “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:1-3). Si perdemos el cielo, lo hemos perdido todo.

Cuando pasamos de esta vida, no podemos llevarnos nada. El único lugar en el cual almacenar tesoros es el cielo. Dios ama al dador alegre. La Palabra dice: “Es más bienaventurado dar que recibir.” Si tan sólo pudiésemos permitir que fuesen abiertos nuestros ojos espirituales para ver lo que Dios está preparando para aquellos que lo aman y le sirven, todos abandonaríamos gustosamente este viejo mundo lleno de pecado y los llamados placeres de esta vida, y trataríamos de apurarnos a entrar en el reino de Dios. Yo he podido vislumbrarlo por el ojo de la fe. ¡Es maravilloso! El Señor ha prometido que si damos conforme Él nos ha prosperado, Él abrirá las ventanas de los cielos y derramará bendiciones sobre nosotros. Hablo por experiencia. Es el privilegio de todo hijo de Dios el vivir tan íntimamente ligado a Él que Él pueda mostrarle, y en efecto le muestre cuándo y

dónde Él quiere que dé, y aún cuánto quiere que dé. ¿Quiere usted saber dónde dar--guardar tesoros en el cielo? Recuerde las palabras de nuestro Salvador: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). El oro y la plata, y los millares de animales en los collados son suyos. La Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo de Dios, quiere que nosotros financemos Su trabajo. Si usted ha hecho donaciones y promesas (*monetarias*) y usted quiere mandar en cuanto a quién debería usar esos fondos, mejor retírelos, porque la aprobación de Dios no está sobre ellos.

CAPÍTULO XVI

DEBEMOS PREDICAR LA VERDAD

Muy amados santos del Dios Altísimo dispersos por doquier: saludos en el nombre precioso de Jesús. Mi alma magnifica a Dios en esta mañana. La gran familia de Dios en el cielo y en el tierra viene a mi mente constantemente. ¡Oh, cómo alabo a Dios por ustedes! Acabo de recibir una carta de un ministro a quien amo; parece estar tan ansioso de que yo asista a la Reunión Ministerial Estatal, que he orado, meditado, y me he preguntado a mí mismo: ¿No se dan cuenta del tiempo en el cual vivimos? En la mañana de este día del evangelio todo era luz y claridad, espiritualmente hablando. Cristo era (*y aún es*) la luz. “Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va.

Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz” (Juan 12:35-36). Los santos, sus hijos, y los hijos de sus hijos eran obedientes, y todos seguían a Jesús. La orden era: “Sígueme. Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

Aproximadamente trescientos años después de la llegada de la luz de la mañana, se manifestó ese hombre de pecado. 2 Tesalonicenses 2:3-4: “Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.” Entonces vino el día oscuro, el catolicismo—Amós 8:9-11. Después de esto vino el día nublado, el protestantismo—un poco de luz, un poco de tinieblas; un poco de verdad, un poco de error—Zacarías 14:6-7. “...pero sucederá que al caer la tarde habrá luz”—Zacarías 14:7. “Entonces nacerá tu luz como el alba” (Isaías 58:8). En 1,880 Dios tuvo a bien abrir los ojos espirituales del hno. D. S. Warner y de otros para ver la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento en toda su pureza y belleza, y se oyó la voz del cielo: “Salid de ella, pueblo mío” (Apocalipsis 18:4). ¡Gloria a Dios! Salieron en todas partes del mundo. ¡Fue algo maravilloso! Dios ha prometido: “He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré...y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad” (Ezequiel 34:11-12).

Siempre y cuando los santos mantuvieron su vista alejada del brazo de carne--el hombre--y fueron obedientes, y creyeron que el camino de Dios era “por fe, y por mi Espíritu, dice el

Señor,” fue maravilloso lo que se logró; pero cuando un “hombre de negocios sabio” tomó la batuta, y se contristó al Espíritu de Dios de manera que Él se tuvo que ir, todos sabemos lo que ha sucedido. 1 Corintios 3:18-19; 1 Corintios 1:19-21; 1 Corintios 1:26-29; 1 Juan 2:27-29; 1 Timoteo 6:5. Cuando los “sabios” tomaron el control y empezaron a “educar” a nuestros jóvenes para convertirlos en reverendos (neófitos, 1 Timoteo 3:6, y muchos de ellos firman su propio nombre: “Rev. Tal y Tal”), todo el cielo fue contristado. Usted sólo encontrará la palabra “reverendo” una vez en la Biblia—en el Salmo 111:9 (*aparece en las Biblias en inglés, no así en español*)—y allí se refiere a Dios. Es un nombre que debemos temer. Los católicos les enseñan a su gente y a sus niños a temer al sacerdote. A nosotros se nos ordena temer a Dios. Nuestro Salvador dijo: “El menor de todos aquí será el mayor en el cielo.” Que Dios nos dé una disposición de ser los menores aquí, y que nunca seamos culpables de predicarnos a nosotros mismos, ni a otra persona, ni a otra cosa, sino que siempre levantemos a nuestro Salvador ante un mundo perdido y moribundo. Nuestra comisión es la de predicar y publicar el evangelio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin.

Cuando “los sabios” tomaron la batuta y comenzaron a darnos el régimen del hombre, comenzaron a establecer las juntas ministeriales en los diferentes estados. Algunos de ellos me dijeron que si yo no daba mi aprobación en lo referente a la escuela y a lo que ellos estaban haciendo, yo sería echado a un lado, y quedaría en nada. Yo les dije que no me podían mostrar una sola escritura que justificase lo que ellos estaban haciendo. En ese tiempo se llamaban a sí mismos “La Junta Consultiva”. Decían que su entendimiento

era para aconsejar al pueblo. Yo les dije que yo creía que mejor sería llamarlos una “Junta Adversativa”, y éso es lo que ha probado ser. En ese tiempo ellos sabían que su trabajo era poner a un lado a todos los hermanos pioneros que no se querían alinear con ellos, y colocar a los muchachos recién salidos de la escuela, neófitos, como pastores sobre las congregaciones de mayor influencia. Predican un poco de verdad, pero no tiene el amor ni el Espíritu ni la aprobación de Dios. Están convirtiendo las iglesias en teatros, entreteniéndolo al pueblo y enseñándoles juegos a los jóvenes. Están manteniendo comunión con Babilonia, y se han convertido en una iglesia más en medio de las otras iglesias. Puede haber unas cuantas excepciones. A nosotros, los hermanos de antaño, que nos mantenemos parados sobre la Palabra y predicamos la verdad, tal como lo hacían el Hno. Warner y el Hno. Byrum, se nos acusa de haber dejado la Iglesia de Dios. La verdad es que ellos se han comprometido con Babilonia, han dejado de predicar y publicar la verdad, y todo lo que les queda hoy día es un nombre. Juan 10:1-5. Hoy día sólo los espirituales pueden ver, saber y entender lo que ha sucedido en los diferentes estados. El Señor sabía que ocurriría, y prometió: “Jehová alzaré otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo que aún quede” (Isaías 11:11). Esta escritura se está cumpliendo entre nosotros hoy. Dios está separando a las ovejas de los cabritos, y preparando a la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento, la esposa de Cristo, para la venida del Señor. Dios ha escogido a aquellos que han de darnos a nosotros, el remanente de su pueblo, el camino de verdad que nos guiará a la Palabra. Y la obediencia a la Palabra traerá las bendiciones y Su dulce aprobación sobre nosotros. ¡Alabadle!

Recuerde, son las ideas, opiniones y creencias de hombres las que han arruinado al mundo moralmente, física y económicamente, política y espiritualmente. Dios nos ayude a cada uno de nosotros a ser el menor de todos, a mantenernos escondidos detrás de la cruz, y a nunca ser culpables de querer dar órdenes al Padre, el Hijo o el Espíritu Santo. Esperemos humildemente en el comité de púlpito (*el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*). Si hacemos esto, Dios escogerá a los que administren, a los mensajeros y el mensaje, y el amor, la misericordia y el poder de Dios serán derramados sobre nosotros, y se elevarán aclamaciones de alabanza dentro del campamento. ¡Aleluya!

Los ministros de iglesias y los profesantes del cristianismo que le hacen la venia al mundo para salvar sus vidas aquí, están cumpliendo las palabras del Señor—Marcos 8:35: “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará.” Hermanos y hermanas, se requiere del amor y la gracia de Dios ahora al igual que en el tiempo de la mañana (*cuando se estableció la iglesia originalmente*) para entregar nuestras vidas por el Señor y por el evangelio. Si el Señor lo(a) llamare, ¿está usted listo(a) para decir: “Amén, Señor”? Si tenemos la dulce aprobación de Dios sobre nuestras almas, Su gracia probará ser suficiente para nosotros, y salvaremos nuestras vidas por la eternidad.

Una vez conocí a un hombre que dijo: “Nosotros los cristianos no creemos que hay nada en un nombre.” Yo le dije que no podía estar de acuerdo con ellos. La Biblia nos dice que Dios es un Dios celoso, y Él nos ha mandado a honrar su nombre. Nuevamente, la Biblia nos muestra claramente que

nuestro Salvador honró a su Padre al darle a la iglesia el nombre de su Padre. Trece veces usted verá que se menciona a la Iglesia de Dios en el Nuevo Testamento. Pablo dijo: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:14-15).

Cuando nuestro Salvador regrese por su esposa, si Él lo(a) encuentra a usted con la marca de la bestia (catolicismo) en su frente o en su mano, usted no estará listo(a) para recibirlo. O si tiene la marca de la imagen de la bestia (protestantismo), o cualquier otro “ismo”, usted no estará listo(a) para recibirlo. Sólo aquellos que tienen el nombre del Padre como un sello sobre su frente estarán listos para recibirlo. Vea Apocalipsis 13:14-16; Apocalipsis 14:7-13; Apocalipsis 17:1-3; Apocalipsis 22:1-4.

Santos muy amados, bien se ha dicho que nos encontramos en la hora undécima del evangelio de la luz del atardecer, y si usted cree que aún queda algo de bueno en el sectarismo, le convendría mejor honrar a Dios y Su Palabra, y andar en la luz. Que vean que tenemos la verdad, y el sello del Padre en nuestras frentes. ¡Alábelo! ¡Alábelo! La Palabra de Dios dice: “Salid de ella (el sectarismo, Babilonia y la confusión), pueblo mío.” ¿Es usted uno de los suyos? Apocalipsis 18:1-5.

TESTIMONIOS

Querido Hno. Marquiss:

Saludos en el nombre del Señor. Esta es la primera carta que escribo al **“Camino de Verdad”** (**“Way of Truth”**); sentí la impresión de escribirle mi testimonio de cómo el Señor me sanó maravillosamente. Yo sufría de una condición nerviosa tanto física como mental. El 1 de marzo de 1947 me mandaron al hospital para estar allí por siete semanas, y cuando volví a casa, mi condición empeoró. Mi esposa estaba leyendo en el periódico **“Camino de Verdad”** (**“Way of Truth”**) acerca de las experiencias del Hno. W. B. Hall referentes a la sanidad. Ella sintió la dirección de escribirle y pedirle que viniese aquí a orar por mí. Él fue a Hagerstown, Maryland, y le informaron acerca de mi petición. Así que el hno. Hall buscó al Hno. Marquiss para que viniese con él. Cuando llegaron aquí, ambos impusieron manos y me ungieron y oraron la oración de fe. Sentí el poder sanador a través de mi cuerpo. Fui maravillosamente librado de esa condición. Subí de peso, y recuperé suficientes fuerzas para poder volver al trabajo en un mes. Ahora gozo de buena salud, y no he faltado al trabajo ni un solo día este invierno. Le doy a Dios toda la alabanza. Disfruto mucho la lectura del periódico **“Camino de Verdad”** (**“Way of Truth”**), también las cartas y testimonios de los santos de Dios, y **Un Bosquejo de Mi Vida (A Sketch of My Life)** escrito por el Hno. W. B. Hall. Es mi oración que el Señor lo bendiga a usted y a todos en su trabajo, y que supla todas sus necesidades. Su hermano en Cristo, J. C. Baker, Ruta 2, Cambria, Virginia. 1 de septiembre de 1948.

El 4 de abril de 1948 recibí una carta por correo aéreo, entrega especial, de parte de la Srta. L. Baker, de Salem, Virginia, que dice lo siguiente: “Hno. Hall, no lo conozco personalmente, pero he oído hablar tanto acerca de usted... Usted vino de tan lejos para orar por mi hermano, J. C. Baker, el año pasado, y fue sanado instantáneamente. Ahora tengo a una amiga muy querida, una niñita, en el hospital, desahuciada por los mejores médicos, y empeorando cada vez más. ¿Orará usted por ella?”

En el nombre de Jesús, reprendí las aflicciones, les ordené que la dejaran, y humildemente le pedí a Dios que la sanara para Su propia gloria. Unos cuantos días más tarde, recibí una carta de la madre de la niña, en la cual me daba las gracias, y decía: “Dios ciertamente escuchó la oración y sanó a la niña. Salió del hospital, y está jugando dentro y fuera de la casa.” También recibí carta de la Srta. Baker, donde me decía: “Dios oyó y respondió a la oración y sanó a la niña, y le estamos dando a Él toda la gloria y la alabanza. Dios lo bendiga, Hno. Hall, y supla todas sus necesidades.”

El año pasado, después de cubrir diecisiete diferentes estados visitando y orando por los enfermos, cuando volví a casa recibí una carta de una madre en West Virginia, que decía: “Hno. Hall, tengo una hija, una “buena muchacha”, poseída por malos espíritus. No puede dormir por la noche, y pasa todo el día atormentada. Ni siquiera puede orar, ni ir a la iglesia. Cada vez que sale, regresa corriendo a casa. Ha estado sentada aquí en casa, llorando de día y de noche durante dos años. ¿Podría usted orar fervientemente por ella?”

Tomé el peso, y en el Espíritu reprendí al diablo del infierno y a todo espíritu inmundo al cual él respalda, en el nombre de

Jesús, les ordené salir de ella y abandonar el edificio, y humildemente le pedí a Dios que enviase liberación, y que la restaurase a la normalidad en todo sentido, para Su propia gloria.

La madre me escribió, dándome las gracias y alabando a Dios, diciendo: “Ella es tan feliz; va a la iglesia y sirve al Dios de su Madre.” Toda alabanza sea a Su Santo Nombre. 1 Corintios 12:1-11; Santiago 5:14,15; Hebreos 13:8.

La primera mañana del Camp Meeting en Manassas, Virginia, en 1948, un hombre vino corriendo hacia mí y dijo: “Hno. Hall, hay una mujer al otro lado del terreno del campamento a la cual le está faltando la respiración, y ella desea que usted vaya a orar por ella.” Vi que no estaba en condición para recibir instrucción alguna. Estaba cubierta de joyas, lo cual la Biblia condena (1 Timoteo 2:9; 1 Pedro 3:3,4). Cada vez que ella respiraba parecía ser su último suspiro. Metí mi mano en el vehículo, la ungué con aceite (el emblema del Espíritu Santo), impuse mis manos consagradas, reprendí la aflicción y en el nombre de Jesús le ordené que la dejase, y ella comenzó a respirar normalmente. Me miró y sonrió. Le dije que se convirtiera a Dios con todo su corazón. Mientras nos alejábamos, el Hno. Snow dijo: “Ella necesita mucha más ayuda.” Yo dije: “Ella está en las manos de un Dios vivo.”

A las doce, ella se me acercó sonriente en el comedor, y dijo: “Hno. Hall, Dios me sanó. Había estado en esa condición durante dos semanas.” Yo dije: “Déle a Dios la alabanza y vuélvase a Él con todo su corazón.” Esa noche, ella se despojó de sus diamantes y de sus joyas, fue al altar, y me hubiera gustado que usted la hubiese oído orar. Se levantó

con un rostro resplandeciente, alabando a Dios. Se paró con el coro, cantando en el Espíritu durante el resto de los cultos. ¡Sí, lo alabaremos! Amén y amén.

La primera mañana del Camp Meeting del Sur de Alabama, del 16 al 25 de julio de 1948, el Hno. J. C. Weaver de Sylacauga, Alabama, se acercó a mí, y dijo: “Hno. Hall, estoy enfermo; mi cuerpo está afligido. Deseo que usted ore por mí.” Lo ungué con aceite en el nombre de Jesús, impuse manos, y reprendí la aflicción. En el nombre de Jesús, le ordené a la condición que dejase al hermano, y Dios bendijo mi propia alma maravillosamente. El hermano Weaver se me acercó como una hora más tarde, me rodeó con su brazo, y dijo: “Hno. Hall, Dios me sanó. Lo sentí atravesar mi cuerpo (*el poder sanador de Dios*).” ¡Sí! Alabaremos a nuestro Médico, nuestro Sanador y nuestro Rey.

El cartero acaba de entregarme esta carta: “Querido Hermano Hall: Recibo el **“Camino de Verdad”**, ¡y me ha sido de tanta ayuda! ¡El **“Bosquejo de Mi Vida”** significa tanto para mí! Le dije a mi sobrina que le enviase a usted una petición para la sanidad de un cáncer muy malo, y gracias a nuestro Dios, Él la sanó. ¡Aleluya! ¡Ella ha subido tanto de peso, y es tan feliz! ¡Alabado sea Dios por siempre! Dios también sanó mi cuerpo. ¡Él es tan maravilloso! Por favor, envíeme su libro, **Un Bosquejo de Mi Vida**. Sra. L. M. F., Oklahoma.”

La oración de fe salvará al enfermo, y es Jesús quien está sanando a la gente. Él puede decir la Palabra, y la obra será hecha. Es para los que creen. Yo sencillamente le pedí a Dios, en el nombre de Jesús, que matara el cáncer, y que la restaurase a buena salud para Su propia gloria. Juan 14:12-15,

Juan 16:23,24. 1Juan 5:14-15. Santiago 5:13-16. Hebreos 13:8. ¡Amén y amén!

Dios está usando y bendiciendo mi experiencia, “**Un Bosquejo de Mi Vida**”, motivando a muchos a buscar un andar más íntimo con Jesús. ¡A Él sea toda la alabanza, la honra y la gloria! Mi libro está dedicado al Señor y a Su obra, y no habrá comisiones por tomar pedidos.

¡No! Todos seremos colaboradores con Él para enviarlo a los corazones y hogares donde el Señor quiere que entre. Seguiré viviendo y viviendo después que yo haya partido. Yo quiero guardar mis tesoros, limosnas y oraciones más allá, en el cielo.